UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993543 8

TEATRO

TOMO OCTAVO

B456

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO OCTAVO

Los favoritos.—El hombrecito.—Mademoiselle de Belle-Isle.—Porqué se ama.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

108330
13/3/11

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS FAVORITOS

COMEDIA EN UN ACTO

Basada en un episodio de *Much ado about nothing*, comedia de Shakespeare.

Estrenada en el Teatro de San Fernando, de Sevilla.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA CELIA. . .	Srta. Arévalo.
BEATRIZ.	» Abad.
EL DUQUE OCTAVIO. .	Sr. Calvo (D. Ricardo).
BENEDICTO.	» Fuentes.

En un ducado de Italia, durante el Renacimiento.

LOS FAVORITOS

ACTO ÚNICO

Jardín en el Palacio ducal. Bancos de piedra, estatuas, etc.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, sentada y leyendo, y después CELIA

CELIA

Ya me figuraba dónde había de encontrarte. ¿No pensabas venir á verme en toda la mañana?

BEATRIZ

Creí que estarías con el Duque.

CELIA

No. Ha salido de caza muy temprano. Ordené que te buscaran por todo palacio, y nadie logró encontrarte; tú, aquí, engolfada en tu lectura, sin acordarte de mí. Apenas te veo en todo el día.

BEATRIZ

No me culpes, querida Celia. En la corte de tu buen padre podíamos vernos á todas horas. Pero una vez

casada y en la corte de tu esposo, debes rodearte de otras damas, granjearte su confianza, aun cuando yo sea la primera siempre en tu estimación.

CELIA

Querida Beatriz, no lo dudes; tú eres mi única amiga, mi hermana; como que juntas hemos vivido siempre, y si hubiera de renunciar á tenerte conmigo, créelo, antes renunciaría de buen grado el honor de ceñirme la corona ducal. Pero no te valen argucias. Bien sabes que soy la misma para ti, y que los deberes de mi nuevo estado no me obligan á sacrificar tu compañía. El Duque y su corte están encantados contigo. Ya ves que nuestra calidad de extranjeras no despierta tanto recelo en la corte. Antes conquistan un reino dos mujeres hermosas que un ejército formidable. Bien lo hemos visto. Mi padre y el que hoy es mi esposo habían pasado su vida batallando, hasta que un alma compasiva presentó mi retrato á los ojos del Duque y acabaron las guerras. Confieso mi mal corazón; cuando supe que trataban hacer de mí la prenda de sus paces, me afligí sobremanera. ¡Un matrimonio sin amor! A los dieciocho años es cosa que asusta. Luego, aquel perillán de Camilo, el paje favorito de mi padre, expresaba su pasión de tal modo en sus ojos negros y ardientes, en sus palabras y en sus canciones... pero la política no tiene entrañas, como dice mi padre; debía sacrificarme, y me sacrifiqué. Confieso que un retrato del Duque que me presentaron, contribuyó bastante á disminuir la intensidad del sacrificio, y luego el esplendor de una corona deslumbra tanto á los dieciocho años... En fin, me casé, y soy feliz, muy feliz, y cada día me alegro más de que mi padre no consintiera en dejar venir á Camilo en mi comitiva. ¿Pero no me atiendes? ¡Lo ves, si no pien-

sas más que en tus libros! Por eso te escondes de mí, para engolfarte en ellos á tus anchas. (*Mirando el libro.*) Latín nada menos. Vamos, ciérrale; si ya sabes bastante; si puedes dar envidia á todos los doctores de Italia, y eres la admiración de toda la corte; si por eso has sido siempre mi dama favorita, porque con tu ciencia me sacas de mil apuros á cada momento. Siempre he sido enemiga de calentarme la cabeza con lecturas. ¿Y no hice bien? ¿Puedes decirme el provecho que sacas de tu sabiduría?

BEATRIZ

Una defensa contra los arrebatos del corazón, una atalaya desde donde dominar con mi superioridad á ese tirano que se llama hombre y se cree superior á nosotras, porque en el reparto de la Naturaleza se ha reservado todo lo que brilla, triunfos militares, glorias del arte, conquistas de la ciencia, todo es suyo, para venir después á deslumbrarnos con ello y arrebatar nuestro corazón amante, por admiración ó por vanidad. Es preciso equilibrar la partida, fuerza contra fuerza. Para ellos las armas, la lucha; para nosotras el estudio, las ciencias. Que mi amor nazca del entendimiento para ser feliz; eso quiero, y mientras él encuentra su ideal, sírvame para burlar á los necios que pretenden rendir mi corazon.

CELIA

Qué extraño entonces que á tantos sacrifiquen tus desdenes. Algún día el amor te hará desencarecer el precio en que te ha estimado el orgullo.

BEATRIZ

Orgullo, sí. El orgullo de poseer un corazón que no sabe querer más que una vez y para siempre, del cual depende la felicidad ó la desventura de toda mi vida.

Ya ves, lo que tanto vale bien merece la pena de defenderse.

CELIA

¿Acaso me reprochas por mi casamiento? No tienes razón. Si sus propósitos no fueron los mejores, el fin no ha sido tan desgraciado. El Duque es un cumplido galán y me adora con toda su alma. No lo crees así, porque delante de la corte parece frío y reservado; pues te aseguro, amiga, que á solas es todo lo contrario. Y de su talento ¿qué me dices? Nadie mejor que tú puede ser su juez; conoce los poetas del Lacio y los modernos de toda Europa.

BEATRIZ

Pero confunde lastimosamente las citas. Ayer, en la arenga que dirigió á los embajadores venecianos, dejó escapar dos solecismos, uno de ellos imperdonable; como que hablando de los tiempos bárbaros pasados, construyó la frase de tal modo, que no se entendía si los bárbaros eran los tiempos ó los embajadores. Si eres imparcial has de confesarme que la discreción no es patrimonio de la corte de tu excelso esposo, y buena prueba de ello es su doncel favorito.

CELIA

Mal le quieres.

BEATRIZ

Es un necio muy pagado de su persona. Por alardear de chistoso, maldeciría de su padre. En fin, como bufón, prefiero al enano del Duque y como caballero también.

CELIA

Eres injusta. Mi esposo le tiene en gran estimación.

BEATRIZ

Como tú al espejo, que siempre que á él acudes te muestra tus facciones hermosas. Benedicto no cesa de adular al Duque entre la hojarasca de sus frases pulidas. Vierte el veneno en copa de oro cincelado, el Duque admira la labor, y bebe sonriendo el veneno.

CELIA

Silencio ¡por Dios! Benedicto se acerca.

BEATRIZ

Repara en él. ¡Qué afectada compostura en su traje! ¡Qué aire de presunción en toda su persona!

CELIA

Sentiría participar de tu opinión, porque es el doncel favorito de mi esposo.

ESCENA II

CELIA, BEATRIZ y BENEDICTO

BENEDICTO

¡Tan joven el día, y ya el sol deslumbra! Huyendo de sus ardores, acudía á cobijarme bajo esta enramada, y tendré que volverme, si no quiero abrasarme en sus rayos.

BEATRIZ

(*Aparte á Celia.*) Todos los soles, ardores y rayos de su discurso, no bastan á fundir la frialdad del cumplimiento.

CELIA

(*Aparte á Beatriz.*) Le escuchas con prevención desfavorable. A mí me ha parecido ingenioso en extremo.

BENEDICTO

(*Saludando.*) Salud, gentil Duquesa. ¿Distraéis en este retiro la pena de una corta viudez? No tardará en volver el Duque. Vuestro amor tiene sujeto su corazón, como el cazador el ave cetrera, y no le permite volar lejos de vos mucho tiempo. Y vos, discretísima Beatriz, ¿en qué entendéis retirada de la corte? (*Acercándose á leer en el libro.*) Latín, ¿qué autor?

BEATRIZ

Juvenal. Busco un epigrama contra los necios, y no acierto á encontrarlo.

BENEDICTO

Si fuera contra las sabias , yo podría proporcionaros uno, bien que en lengua vulgar, única que alcanza mi desvalido cacumen.

BEATRIZ

¿Es obra vuestra, por ventura?

BENEDICTO

Yo no sé hacer epigramas. Los epigramas se hacen contra nuestros enemigos, y contra los míos llevo aquí (*empuñando la espada*) arma más noble que un epigrama.

BEATRIZ

Si embargo, gozáis más fama de chistoso que de duelista, y se cuentan más heridos de vuestra lengua que de vuestra espada.

BENEDICTO

(Ofendido.) ¿Nunca habéis oído hablar de mí como guerrero?

CELIA

(Con viveza, deseando calmarle.) ¡Sin duda! ¿Quién desconoce vuestro valor?

BENEDICTO

Preguntad al Duque cómo supe vencer á la morisma?

BEATRIZ

Habláis con propiedad. La morisma: singular y femenino; esas deben de haber sido todas vuestras hazañas. ¿Qué pensáis de mí? Con franqueza. Sé que no os merezco muy buena opinión. Pensad que si pudiéramos trocar mi abanico por vuestra espada, el mundo tendría una imperfección menos.

BENEDICTO

(Ofendido.) ¿No comprendéis que si vos llevárais espada, aun sin más armas que vuestro abanico, tendría que desafiaros?

BEATRIZ

¿Os han ofendido mis palabras?

BENEDICTO

(Con desprecio.) No, por cierto.

BEATRIZ

Porque no podría daros otra satisfacción que ofrececeros mi mano.

BENEDICTO

Si creéis que es esa la satisfacción que nos debe una

dama cuando nos ofende, prefiero el duelo de hombre á hombre.

CELIA

¿En tanto horror tenéis el matrimonio?

BENEDICTO

Soy tan extravagante, que pienso no he de hallar nunca mi media naranja.

BEATRIZ

Ahora bien, ¿no sabéis que, cuando nace un tonto, nace una tonta inmediatamente?

BENEDICTO

Pero cuando nace un discreto se queda soltero.

CELIA

¿Y si nace una discreta?

BENEDICTO

Entre ella y el discreto engañan á un tonto, y entonces una tonta se queda soltera y se dedica al estudio ó á murmurar del prójimo.

BEATRIZ

Y entre los dos extremos, ¿no será más laudable la que se dedique al estudio?

BENEDICTO

Hay alguna que, abrazando los dos extremos, afila su ingenio en el estudio para hacer más agudas las saetas de sus murmuraciones.

BEATRIZ

¿Luego confesáis que el saber es un arma en nosotras? ¿Conocéis, por ventura, alguna de mis obras?

BENEDICTO

He oído hablar de unas novelas amorosas que habéis compuesto, donde los amantes exhalan su pasión por medio de silogismos y razonamientos filosóficos; lo que prueba que no habéis amado nunca.

BEATRIZ

¿Así, no sois capaz de comprender el amor que solo por las almas se comunica?

BENEDICTO

Creedme: estudiad el amor en textos vivos; y cuando queráis expresar el sumo grado de la pasión amorosa en vuestras obras, comprenderéis que sobran metafísicos razonamientos, y en su lugar pondréis una larga línea de puntos, y cuantas doncellas enamoradas lean vuestro libro sentirán colorearse sus mejillas.

BEATRIZ

¡Noble arte el que tales efectos produjera!

BENEDICTO

Los perfumistas de Italia aseguran que venden menos carmín desde que se escriben ciertas novelas. Las damas emplean como afeite el rubor natural que les produce su lectura. No hay nada que revele mejor el carácter de una dama que su manera de leer.

BEATRIZ

Queréis decir, según la predilección que muestra en

sus lecturas, ya sean amorosas, ya satíricas, ya, en fin, de graves y morales materias.

BENEDICTO

¡Linda ciencia fuera tal adivinación! Me refiero solamente al modo de leer.

CELIA

¿Cómo puede ser eso?

BENEDICTO

Figuráos una novela interesante en manos de diferentes damas. Tal habrá que, interesada desde luego en su lectura, siga con avidez hasta el final paso á paso. Mujer de juicio recto, que con método igual se interesará en sus amores y hará feliz á un hombre. Tal otra, apenas ojeada la primera página, arroja pronto un libro para tomar otro. Mujer mudable y frívola, que encuentra á todos los hombres y todos los libros iguales, una vez satisfecha la curiosidad de lo que tratan. Esta otra lee anhelosa las primeras páginas, y no pudiendo dominar su interés pasa de un salto al desenlace. Mujer arrebatada y fogosa, que en materias de amor hará lo mismo, pasará desde luego al desenlace.

BEATRIZ

¿Y qué dirá vuestra sátira de la que, leyendo un pasaje conmovedor, baña sus ojos en dulces lágrimas?

BENEDICTO

Esa es feliz, porque lee al lado de su amante.

CELIA

Explicáos.

BENEDICTO

Los hombres lloramos solos casi siempre; las mujeres no lloran sino cuando tienen á su lado una persona amiga que puede enjugar su llanto.

BEATRIZ

¿Qué extraño, si tenéis en esa opinión á las mujeres, hayáis visto con pena el matrimonio de nuestro noble señor el Duque?

BENEDICTO

(*Airado.*) Miente quien tal afirme. Yo fuí el primero en proponerle ese medio de terminar las guerras. No me han engañado los que afirman que tratáis de malquistarme con la Duquesa para que influya á su vez con el Duque y privarme de su gracia.

BEATRIZ

¿Tal decís? ¡Sois un mal caballero!

CELIA

(*Conteniéndola.*) ¡Beatriz!

BEATRIZ

Vos sois el que propala en la corte todo género de epigramas contra mi persona.

CELIA

Reportáos, señores. No convirtáis en desagradable disputa nuestra apacible conversación. En verdad que he gozado un buen rato con vuestras agudas razones.

BENEDICTO

(*Con arrogancia.*) No estoy hecho á ser tratado tan

duramente. Considerad que solo por vos he tolerado en calma los insultos de esa dama, y aconsejadla que se reporte. Debéis comprender que, si soy favorito del Duque, es hacerle muy poco honor considerarme exento de algún mérito.

BEATRIZ

Perdonad; debieron de advertirme que no érais su bufón solamente.

BENEDICTO

(*Arrojando un guante.*) Señora, si tenéis en la corte quien me responda de vuestros insultos, á él arrojo este guante.

BEATRIZ

(*Recogiéndole.*) No faltará quien os pida razón de vuestras palabras.

CELIA

¡Por Dios, señores!

BENEDICTO

Prometo no parecer por la corte mientras esa dama ocupe un lugar en ella. (*Saluda á la Duquesa.*)

ESCENA III

CELIA y BEATRIZ

BEATRIZ

No volveré á mostrarme en la corte mientras Benedicto sea favorito del Duque. Volveré con tu padre.

CELIA

(*Abrazándola.*) No, Beatriz. Antes exigiría yo á mi

esposo el sacrificio de esa amistad. ¡Funesta antipatía! Temo que ha de ser causa de algún disgusto.

BEATRIZ

Nadie le disputaba la privanza del Duque; por fuerza ha de envidiarnos, no puede ofenderte y se desquita conmigo. *(Suenan dentro trompas de caza.)*

CELIA

Mi esposo. Aquí se acerca.

BEATRIZ

No he de volver á encontrarme con Benedicto, no; ¡por mi nombre! *(Sale, después de saludar al Duque.)*

ESCENA IV

CELIA y OCTAVIO

OCTAVIO

¡Hermosa Celia!

CELIA

¡Esposo mío! Me admira no hallaros la tez arrugada, los cabellos encanecidos y el cuerpo encorvado, porque, en verdad, me ha parecido un siglo el poco tiempo que no os he visto.

OCTAVIO

Podéis creer que he vuelto á vos presuroso, como vuelve el ave á su nido después del primer vuelo.

CELIA

Me parece escuchar á dos amantes de las novelas de

Beatriz. No más razones ingeniosas. Poned unos puntos suspensivos, como diría Benedicto. Dadme un beso. (*Presentándole el rostro.*)

OCTAVIO

(*Después de besarla.*) A propósito. ¿Dónde está ese bergante? No quiso acompañarme esta mañana.

CELIA

(*Aparte.*) Bien dice Beatriz. El Duque le quiere demasiado. (*Alto.*) Hace un instante se hallaba con Beatriz y conmigo.

OCTAVIO

Eso me agrada. Es preciso que los nobles sigan mi ejemplo. En la corte de un soberano casado hacen desairada figura los solteros, y peligra la tranquilidad matrimonial. Además, las últimas guerras han disminuído el número de mis súbditos. Necesito soldados. Si Beatriz y Benedicto... (*La Duquesa se ríe.*) ¿Porqué os reís?

CELIA

Porque os ocurre á tiempo esa idea. Justamente acaban de separarse, prometiéndose un odio eterno.

OCTAVIO

¿Qué decís?

CELIA

Beatriz asegura que no permanecerá en la corte si Benedicto sigue ocupando un lugar en ella.

OCTAVIO

¿Y crees que yo pueda separarme de Benedicto? No, por toda mi corona.

CELIA

(Con intención.) ¿Y por mi amor?

OCTAVIO

¿Os separaríais de Beatriz por el mío?

CELIA

(Ofendida.) No, ciertamente.

OCTAVIO

Sois más franca que yo.

CELIA

Es preciso reconciliarlos. De otro modo, su enemistad pudiera ser causa de disturbios en nuestro matrimonio y trascender á la paz del Estado. Ni uno ni otro estamos dispuestos á sacrificar nuestros favoritos. Debéis comprender que, extranjera y sola en vuestra corte, la compañía de Beatriz me es de gran precio.

OCTAVIO

Ni yo podría prescindir de Benedicto. El resuelve todos los asuntos difíciles de gobierno.

CELIA

No sabéis mi disgusto. Discurramos; dadme una idea...

OCTAVIO

Si yo pudiera consultar con Benedicto, de seguro encontraría...

CELIA

Como si yo consultara con Beatriz. Pero no es cosa de ponerles en autos de lo que deben ignorar.

OCTAVIO

Vamos á ver, pensemos.

CELIA

Si no hallo modo. A ver si entre los dos...

OCTAVIO

¡Qué demonio! ¿No soy su soberano? Doy una orden y los caso...

CELIA

¡Qué atrocidad!

OCTAVIO

¿He dicho una tontería?

CELIA

No, pero... ¡Ah! Ya he encontrado...

OCTAVIO

¿Una idea?...

CELIA

Sí, una idea excelente. Ya veréis...

OCTAVIO

Decid.

CELIA

Ya lo sabréis. Os reservo el placer de la sorpresa. Ahora necesito de vuestra ayuda. Buscad á Benedicto, traedle aquí con cualquier pretexto, y procurad que nos escuche escondido entre esos árboles.

OCTAVIO

Explicadme bien. ¿Qué debo decirle?

CELIA

(Impaciente.) Lo que se os ocurra.

OCTAVIO

No, decidme. No quisiera echarlo á perder.

CELIA

Le diréis que os espero aquí para hablaros á solas de un asunto de Estado; y como no sabéis hacer nada sin su consejo, desearíais que escuchase escondido nuestra conversación.

OCTAVIO

Tenéis mucho talento. ¿De veras es idea vuestra todo eso?

CELIA

(Llamando.) ¡Beatriz! *(al Duque.)* Buscad á Benedicto... ¡Beatriz!

OCTAVIO

Voy muerto de curiosidad.

ESCENA V

CELIA y BEATRIZ

BEATRIZ

(Entrando.) ¿Me llamabas?

CELIA

Sí, sentémonos. Tengo que hablarte.

BEATRIZ

Me pones en cuidado. ¿Has dicho al Duque algo de lo ocurrido?

CELIA

Sí. Y no sé como decirte... Quién había de suponer...

BEATRIZ

Acaba.

CELIA

He suplicado al Duque que destierre á Benedicto de la corte.

BEATRIZ

Y se ha negado á ello, naturalmente. Yo soy quien debe partir.

CELIA

De ningún modo. No quieras ser causa de una catástrofe... Sábelo, Benedicto te ama.

BEATRIZ

¿A mí?

CELIA

El Duque acaba de decírmelo.

BEATRIZ

¿Cómo puede ser eso?

CELIA

Comprende ahora cómo su aparente enemiga contigo no es sino el despecho de sentirse desconocido por ti y abrumado despiadadamente con tus desprecios, cuando te adora con toda su alma.

BEATRIZ

¡Extraño amor que reviste apariencias de odio! ¿No

fué él quien empezó, desde luego, por hacerme blanco de sus burlas?

CELIA

No, Beatriz. Recuerda que fuiste quien desde el primer día empezó á molestarle con intencionadas sátiras. ¡Y cuánto no debe de haber sufrido viendo que tan poco aprecio hacías de su persona, y mostrándote así imposible á su amor! El Duque asegura que teme por su salud, si no halla correspondencia en tu cariño; que la idea de que le aborreces atormenta su razón de tal modo, que incurre en mil extravagancias á cada momento.

BEATRIZ

(Pensativa.) Siempre pensé que las antipatías y simpatías eran recíprocas.

CELIA

Por eso tu odio no podrá subsistir. Y si por desdicha de todos no pudieras vencerle, enciérrale en lo más hondo de tu pecho y haga la piedad oficio de amor no hiriendo con nuevas ofensas un alma dolorida. El Duque llega. Deseo tratar con él nuevamente este asunto. Puedes creer que el amor de ese noble joven ha hecho profunda sensación en mí. *(Aparte.)* Y aun en ti, á lo que veo. Quiera Dios se logre mis propósitos.

ESCENA VI

CELIA y OCTAVIO

OCTAVIO

(Bajo á Celia.) Benedicto nos escucha entre aquellos sauces.

CELIA

(Bajo al Duque.) Preguntadme en voz alta qué asuntos deseo tratar con vos á solas.

OCTAVIO

(Alto.) Amada esposa. ¿Qué asunto de Estado deseáis tratar á solas conmigo?

CELIA

No me habléis ahora de asuntos de Estado; mi cabeza no está para ocuparse en ellos.

OCTAVIO

(Bajo.) ¿Qué digo entonces?

CELIA

Nada. *(Aparte.)* Temo que ha de echarlo á perder. *(Alto.)* Cierto, deseaba tratar con vos un asunto de Estado, acerca de unas cartas de mi buen padre... mas fuerza será diferirlo para mejor ocasión, porque os aseguro que estoy de tal modo trastornada, que no podría coordinar una idea.

OCTAVIO

¿Qué os ocurre? *(Bajo.)* ¿Voy bien? *(Alto.)* ¿Habéis recibido alguna noticia desagradable?

CELIA

La peor para mí. Figuráos que Beatriz se niega á permanecer á mi lado, y todas mis súplicas no bastan á disuadirla de su empeño por volver á la corte de mi padre. Nunca podré acostumbrarme á vivir lejos de ella; era mi hermana, mi leal confidente. Jamás encontraré quien pueda sustituirla en mi afecto. ¿Dónde hallar corazón tan abnegado por mí como el suyo? De tal suerte

identificado con el mío, que unos eran nuestros propósitos, unos nuestros afectos, al punto que muchas veces, al ir á discurrir sobre un asunto, unas mismas palabras salían á un tiempo de nuestros labios.

OCTAVIO

(Alto.) ¿Y á qué obedece su designio de abandonarte? Gran ingratitud me parece, cuando la mostráis tantas pruebas de afecto.

CELIA

No, no la culpéis. La obligan motivos muy poderosos: la crueldad de su destino, la... *(llorando.)* ¡Infeliz amiga!

OCTAVIO

(Acercándose sorprendido.) No os aflijáis *(bajo.)* ¿Lloráis de veras?

CELIA

(Mostrando sus ojos.) ¿No lo veis?

OCTAVIO

(Aparte.) Pues todo es verdad, ó las mujeres son el diablo. *(Alto.)* Decid, ¿qué puedo poner de mi parte para evitaros ese disgusto?

CELIA

Nada. Vuestro poder no llega á mandar en los corazones. Beatriz ama, y su amor ha ido á encontrarse con el odio. Beatriz... sabedlo ya, ama á Benedicto.

OCTAVIO

Pues no deseábamos otra cosa. He ahí resuelto el conflicto; se les casa, y en paz; voy á llamarle...

CELIA

(Deteniéndole.) Esperad. *(Alto.)* ¿No sabéis que Benedicto la detesta? Desde que llegamos á vuestra corte no ha cesado de mortificarla con picantes epigramas. ¡Figuráos cuánto no habrá sufrido esa infeliz, viendo desconocidos sus sentimientos, abrumada con los desprecios de quien ella adora con toda su alma!

OCTAVIO

No tiene perdón ese Benedicto.

CELIA

Por cuanto pueda conmoverte, consigue interesar su corazón en favor de mi triste amiga. Y si no pudiera vencer su antipatía, que á lo menos la encierre en lo profundo de su pecho, y haciendo la piedad oficio de amor, no atormente con nuevas ofensas un alma dolorida. Apenas puedo contener el llanto. *(Aparte.)* Beatriz se acerca. *(Alto).* Acompañadme á palacio.

OCTAVIO

(Ofreciendo el brazo á la Duquesa y aparte.) Pues señor, no veo claro en todo esto.

ESCENA VII

BEATRIZ leyendo y después BENEDICTO

BENEDICTO

No me hubiera sorprendido tanto, al lidiar en la guerra cuerpo á cuerpo con algún feroz musulmán, verle, depuesto su furor, pasar á mi lado en lo más

recio de la pelea y combatir en mi favor, como me ha sorprendido lo que acabo de oir. ¡La que yo juzgué mi implacable enemiga, tales sentimientos alienta por mí!...

BEATRIZ

(Aparte, observándole.) Su paso es vacilante y parece poseído de mortal pesadumbre... Sus ojos se dirigen á mí furtivamente, y en ellos se descubren señales de llanto... ¿Cómo pude equivocar de tal suerte el verdadero afecto que le ocupa el ánimo? Mucho debe de haber sufrido. . Nunca podrá perdonarme.

BENEDICTO

(Aparte, observándola.) Sus ojos, al recorrer distraídos las líneas del libro, pasan de su límite y llegan hasta mí, y en mí se fijan más que en el libro... Mucho me engaño... ó han llorado por mí...

BEATRIZ

(Aparte.) Se acerca á mí y desea hablarme. Riñen en él amor y orgullo. Si después de ofenderle como le he ofendido vence el amor, no hay duda que su pasión excede á todo lo imaginable.

BENEDICTO

Beatriz... *(Aparte).* Apenas puede ocultar su emoción.

BEATRIZ

(Aparte.) Él siempre tan osado, tiembla ahora en mi presencia como un niño.

BENEDICTO

¿Seréis capaz de guardarme rencor por la conducta

descortés que con vos he observado? ¿Qué podría yo hacer para merecer vuestra gracia?

BEATRIZ

(Aparte.) Soy yo quien le ha ofendido, y aun demanda humilde perdón. *(Alto.)* No habéis menester de merecimiento alguno: podéis creer que no quisiera acordarme de nada de lo ocurrido.

BENEDICTO

¿Cómo pude faltar á una consideración de cortesía, que el hombre más rudo hubiera sabido guardar con una dama? No puedo creer sino que algún fatal influjo me privaba de sentido en aquel momento; y si fué así, el verdadero Benedicto os demanda perdón para aquel otro descortés é insolente cuya culpa no me hace responsable, porque no puedo concebir tuviera de común conmigo más que el nombre.

BEATRIZ

(Aparte.) ¡Cuán diferente es su lenguaje ahora que en posesión de sí mismo deja hablar á su corazón! *(Alto.)* No extrañéis nada de lo ocurrido, noble Benedicto. Es tan fácil juzgar erradamente de la naturaleza de un sentimiento... Creed que, si desde un principio os hubiérais mostrado como ahora, yo hubiera sabido apreciaros en vuestro verdadero valor.

BENEDICTO

¿Porqué convertimos en liza de ingenio nuestras relaciones, cuando una sola palabra salida del corazón hubiera bastado para entendernos? ¿Porqué no pronunciásteis esa palabra, aun cuando hubiera sido en latín ó en griego?

BEATRIZ

Comprended que no era yo quien debía decirla...

BENEDICTO

Aun cuando sintiérais que desbordaba en vuestro corazón y abrasaba en vuestro pecho... ¡Triste condición la de la mujer! Mostrar indiferencia cuando más interés la domina... ¡Quién sabe! Aparentar que juega con lo mismo que se está abrasando... y abrasarse y callar... ¿Me perdonáis, Beatriz?

BEATRIZ

¿Cómo no perdonaros? ¿Porqué no dejáis siempre hablar á vuestro corazón? ¿No os parece que un suspiro vale más que un epigrama, y arrancar una lágrima vale más que arrancar una carcajada?

BENEDICTO

¡Ah, no me recordéis las necedades que dije hace un momento! Tuvísteis razón en llamarme bufón y mal caballero... ¿Qué habéis hecho del guante que os arrojé?

BEATRIZ

Lo que dijísteis: le guardo para mi paladín...

BENEDICTO

¡Que será vuestro amado!... ¿Y creéis que yo pudiera exponerme ahora á darle muerte, cuando á toda costa quisiera lograr vuestro perdón?... Devolvedme ese guante.

BEATRIZ

¿Y mi venganza?

BENEDICTO

¿Vuestra venganza?... ¿Queréis más que verme rendido á vuestros pies, pidiéndoos cobardemente esa prenda de desafío, por no exponerme á tener que luchar con el elegido de vuestro corazón?

BEATRIZ

¿Teméis encontraros frente á frente con él?

BENEDICTO

Sí, Beatriz. Si por mi indigna conducta el amor ha podido convertirse en odio; si no podéis estimarme porque no he sabido hacerme digno de vuestra estimación si amáis á otro, temo encontrarme con él... porque entonces sabré lo que son celos; porque él podrá llamar suyo ese corazón que debió ser mío. ¡Oh, no! Antes que hallarme frente á frente con mi rival... ¡devolvedme ese guante, por misericordia!

BEATRIZ

¡Ja, ja!... Tomad.

BENEDICTO

Los Duques se acercan. No me dejéis así, Beatriz. ¡Quisiera deciros tantas cosas!... ¿Permitís que os acompañe por esa arboleda que nos brinda tan grata sombra?

BEATRIZ

Salidme al encuentro.

BENEDICTO

Hasta ahora. (*Por distinto lado.*)

ESCENA ULTIMA

CELIA y OCTAVIO

CELIA

¡Ja, ja!... ¿Creerán que no les vimos? ¡Ja, ja!... ¡Se aman, se aman! Hemos logrado nuestro propósito.

OCTAVIO

¿Pero de veras ha sido idea vuestra? Tenéis un gran talento. Orgulloso estoy de haberos hecho mi esposa. He de referir la aventura á toda la corte para que comprendan lo que valéis.

CELIA

Sí, podéis referirla, puesto que, una vez emprendido el camino del amor, no han de volver atrás.

OCTAVIO

Ahora bien; yo quisiera adornar mi relato con alguna reflexión filosófica, resumirla en una moraleja. ¿No podéis indicarme una?

CELIA

Ciertamente... Si os dirigís á las damas, decidles así: «Nunca, señoras mías, por alardear de vano ingenio, tratéis de burlaros de los hombres; ni en nombre de una idea que perseguís en vuestros ensueños, despreciéis por sus apariencias al que pensáis no pueda realizarla. Hacéos amar de todos, aun cuando no améis á ninguno. Encastillarse en una fortaleza que creéis inexpugnable, porque el ingenio, la hermosura y la fortu-

na la defienden, es hacer más vergonzosa la derrota el día del vencimiento. Los mismos muros, cerrojos y rastrillos que deben franquear los que atacan, tendréis que franquear para entregaros.»

OCTAVIO

Buenas reflexiones, pero harto complicadas para mi memoria. Decidme una más sencilla que se pueda aplicar á todo el mundo, puesto que no solo á las damas he de referirme.

CELIA

Decid entonces á todos que seamos amables si queremos ser amados. He ahí á los que antes se odiaban cordialmente, porque pusieron empeño en odiarse, enlazados del brazo, los rostros juntos de tal modo, que los rizos de Beatriz acarician la frente de Benedicto.

OCTAVIO

Se alejan demasiado. Beatriz no conoce bien los jardines y pudiera perderse... ¡Un beso! Me parece que faltan á toda ceremonia.

CELIA

Están solos. Venid, esposo mío; sigamos sus pasos; perdámonos, como ellos, entre los árboles. Ved qué apacible sombra: parece que invita á penetrar en ella; los pájaros gorjean y nos llaman; dicen que la sombra se ha hecho para el amor. ¡Qué felices son los pájaros! Yo quisiera serlo ahora y tener mi nido entre esas ramas que apenas besa el sol y columpia el aire. Iría volando á la orilla del lago, y, trayendo en mi pico el plumón blanco y suave de los cisnes, mulliría con él un dulce nido de plumas y de flores. ¡Venid!

OCTAVIO

Tened en cuenta que nos esperan en Palacio los embajadores de Francia.

CELIA

¡Enfadosa ceremonia! ¡Venid! Quiero olvidarme de todo, y, como una aldeana sencilla, que pasea orgullosa del brazo de un valiente soldado, quiero disfrutar de esa sombra y dormir recostada en tus brazos sobre la hierba, y enmarañar con flores mis cabellos. ¡Hermoso día! ¡Si el mundo se detuviera en este instante!... ¡Ser siempre jóvenes, amantes y felices!... ¡No morir nunca!... ¡La vida es muy hermosa!

FIN DE LA COMEDIA

EL HOMBRECITO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro de la Comedia la noche
del 23 de Marzo de 1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NENÉ.	Sra. Pino.
PEPITA.	Srta. Bremón.
CASILDA.	» Catalá.
LA MARQUESA DE CAÑAVERALES.	Sra. Caro.
BEATRIZ.	Srta. Santiago.
MARÍA TERESA.	» Toscano.
ENRIQUE..	Sr. García Ortega.
CARLOS.	» Tallaví.
DON JUAN MANUEL. . .	» Rubio.
EL MARQUÉS DE CASTROJERIZ.	» Gonzálvez.
EL MARQUÉS DE CAÑAVERALES.	» Mora.
TURITO..	» Mendiguchía.
ALBERTO.	» Mata.
JAIME.	» López Alonso.
ROMUALDO.	» Castro.
UN CRIADO.	» Granda.

En Madrid.

EL HOMBRECITO

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante, al fondo una «serre»

ESCENA PRIMERA

NENÉ, PEPITA, CASILDA, MARÍA TERESA, BEATRIZ, en la «serre» toman tć, tocan el piano y charlan muy animadas. CARLOS, TURITO, ALBERTO y JAIME asoman despućs á una puerta del gabinete. Profusión de corbeilles, ramos de flores, bibelots, etc., sobre todos los muebles.

CARLOS

Sí, están solas las muchachas...

ALBERTO

¿Quién hay?

CARLOS

Ya sabes, Pepita.

JAIME

Ta fiancée. Casilda, Beatriz y no sé si alguna más. Todas de confianza.

TURITO

Si pudiéramos oir desde aquí lo que charlan sin que nos vieran, nos divertiríamos.

CARLOS

No es posible. Nos verán en seguida. Bueno, ¿qué hacemos? Anunciamos que una comisión de jóvenes distinguidos solicita audiencia extraordinaria para ofrecer sus respetos en tan señalado día á la... ¡suprimidos los adjetivos porque se trata de mi hermana!

ALBERTO

¡Encantadora!

JAIME

¡Ideal!

TURITO

Yo diría sugestiva.

CARLOS

Anúncianos, tú que tienes gracia para estas cosas.

TURITO

Lo mejor es que improvisemos una murga.

JAIME

Sí; sí...

TURITO

Prevenidos... Un paso doble... Yo me encargo del trombón. ¡A una, á dos, á tres! *(Rompen á cantar imitando una murga. Las muchachas se asoman á la puerta de la «serre» y pasan al saloncito riendo y gritando.)*

CASILDA

¡Qué graciosos!

PEPITA

Vosotros habíais de ser...

TURITO

¿Hay algo para los murguistas? Felicidades, señorita...

CASILDA

Una peseta para los cuatro y vais bien pagados.

JAIME

¿Como murguistas?

CASILDA

Y como personas. No valéis más.

TURITO

En serio, encantadora Nené...

ALBERTO

Quedamos en que era sugestiva.

TURITO

Calla ahora; felicidades y que cumplas muchos años.

NENÉ

Muchos años... pero no me lleven ustedes la cuenta.

ALBERTO

Felicidades, Nené.

JAIME

Felicidades... Son cuarenta, ¿verdad?

NENÉ

Son cincuenta y dos. ¿No me llevas tú veinte?

JAIME

En la cara está la edad...

CASILDA

La tuya está en esa calva indecorosa... ¿No sabes que hacen unos bisoñés preciosos?

BEATRIZ

¿No has visto el de Pepe Trujillo?

CASILDA

Está tan bien hecho que cuando Pilar Arenales le dejó plantado, hasta pudo tirarse de los pelos...

JAIME

Los acreedores sí que se tirarían del suyo.

MARÍA TERESA

La calva de Jaime es fruto de las meditaciones y del estudio.

CASILDA

Pues ya vemos el fruto, ¡una calabaza!

JAIME

¡Qué bonito chiste!

CASILDA

No dirás que está traído por los cabellos...

JAIME

¡Uy! El paraguas. No, si en Madrid hay poco dinero, ¡pero gracia! ¡Lo que se puede uno reir!

PEPITA

Bueno, caballeros; la serenata ha sido muy agradable, la felicitación muy sentida; pero vamos á lo práctico. A ver, ¿dónde están esos regalitos?

NENÉ

¡Por Dios, Pepita!

PEPITA

¡Nada, nada! No he visto por aquí sus tarjetas. Ya sé que ellos no se contentan con enviar una cesta de flores; son más prácticos.

TURITO

Sí, *trop de fleurs.*

PEPITA

Ni unos bombones. Tienen bastante confianza contigo para ofrecerte algo más valioso... alguna alhajita.

ALBERTO

Para eso nunca hay confianza. Una alhaja compromete mucho.

JAIME

Primeramente compromete... á pagarla.

TURITO

Nené sabe que somos hijos de familia...

CASILDA

De familia rica.

TURITO

Pero honrada. Nené sabe lo que cuesta la vida de un hijo de familia. ¿No es verdad, Carlos?

PEPITA

Carlos hará un buen regalo á su hermana, si no reñimos.

CARLOS

¡Para regalos estoy yo, en vísperas de boda, próximo á constituir una familia!

TURITO

Yo había jugado á la lotería con la intención de expresar á Nené, de un modo tangible, el cariño que la profeso.

CARLOS

Dice á la lotería para que no se sepa por él que en Madrid se juega á otra cosa.

CASILDA

Nos lo figurábamos.

ALBERTO

Nené no necesita pruebas materiales, cuanto groseras, de nuestro incondicional afecto.

PEPITA

Sois muy galantes; con vuestras amigas y vuestras hermanas, siempre estáis cumplidos; luego os entrampáis, mejor dicho, entrampáis á vuestros papás, y algunas veces nos sacáis los ahorrillos á las pobres hermanitas para obsequiar á cualquier... virtud.

ALBERTO

Niego lo del obsequio.

TURITO

Yo niego lo de la virtud.

JAIME

Somos buenos chicos.

TURITO

Vosotras creéis que los hombres no podemos gastar el dinero más que con las mujeres.

CASILDA

¡Pues no sé en qué! Porque en vestir... vosotros, ¿qué necesitáis? Media docena de trajes que no valen nada.

TURITO

¿Nada? ¡Y solo en trajes interiores me he gastado yo este año más de tres mil pesetas, y eso no lo ve nadie!

CASILDA

¡No te achiques, Turito!

JAIME

No, es que si quiere lucirlos le cuesta mucho más.

ALBERTO

Yo acabo de arruinarme con la compra del *poney* para el Polo. Eso sí, no hay otro en Madrid. He recibido el *pedigree* en regla.

JAIME

Ya verás el que trae ahora Luís Montero.

ALBERTO

Pero no lo he visto todavía. ¡Y ya veremos! No tengamos lo del *fox terrier*. También se traía el mejor de Madrid, y ya lo vísteis, cuando apostamos: el suyo se

asustaba de las ratas, y el mío ¡veintidós en doce minutos! ¡Y qué ratas! Me las habían mandado de Londres.

NENÉ

¿No queréis una taza de té?

TURITO

Y algo más sólido.

NENÉ

Venid; os serviremos.

ALBERTO

¿Y tú, María Teresa, tienes todavía la perra?

MARÍA TERESA

Esperando que me mandes el perro...

BEATRIZ

Tenéis que darme uno.

MARÍA TERESA

No puede ser; están todos pedidos.

TURITO

¿No vienes, Carlos?

CARLOS

Ahora voy. Estoy viendo los regalos. (*Entran en la «serre» Nené, Casilda, María Teresa, Beatriz, Turito, Jaime y Alberto.*)

PEPITA

Este es de muy buen gusto.

CARLOS

¿De quién? ¡Ah! Vuestro...

PEPITA

No, se han cambiado las tarjetas. ¡Qué cosas tienes! ¡Siendo nuestro te iba yo á decir que era de buen gusto!

CARLOS

Yo, siempre que regalo algo, creo que es de buen gusto.

PEPITA

Pues para regalar debe uno atender más al gusto de la persona á quien se regala que al propio. Este es nuestro regalo.

CARLOS

Muy bonito.

PEPITA

A tu hermana se la puede regalar á gusto propio, seguro de acertar con el suyo. Hoy está elegantísima. Es muy mona, Nené, y muy buena. Tú la quieres mucho, ¿verdad?

CARLOS

Si la quiero. Siempre que tengo algún disgusto con papá es mi intercesora.

PEPITA

Supongo que ya no le darás disgustos.

CARLOS

Ya no; eran chiquilladas.

PEPITA

Es muy buena Nené; estoy muy contenta; creo que hemos de querernos siempre como hermanas. ¡Yo hubiera deseado tanto una hermana! A Turito le quiero

mucho; pero no puedo tener confianza con él. El es algo envidioso. Ahora, porque ve que en casa no se habla más que de los preparativos de nuestra boda, no dice nada, pero conozco que está disgustado. Le parece que se gasta demasiado conmigo. ¡Ya ves, como si á él le escatimaran nada! Y eso que te quiere mucho.

CARLOS

Como yo á él. Antes íbamos juntos á todas partes.

PEPITA

Y sabe guardar secretos.

CARLOS

¿Secretos?... ¿Qué secretos?

PEPITA

Los tuyos, los de tu vidita de soltero.

CARLOS

¡Vaya una vida! La más tonta del mundo.

PEPITA

¡Sí, sí!... ¡No sé qué querías! Relaciones de todas clases...

CARLOS

No hablemos de eso, Pepita; es de mal gusto. Te ha contagiado Nené; es su gran defecto, ese afán por averiguar la vida de los muchachos que la pretenden. Si quiso á Fulana, si dejó á Mengana... Si soltera, si casada... Ya se supone, algo habrá habido antes. Yo se lo digo: con ese sistema no se casará nunca.

PEPITA

La verdad es que nunca ha tenido novio formal.

CARLOS

¡Cualquiera le conviene!

PEPITA

A Turito le dió las calabazas más rotundas y más irrevocables.

CARLOS

Ya lo sé.

PEPITA

Pues mi hermano no digo que sea un santo, pero me parece que no era mal marido. En teniendo dinero, siempre está de buen humor.

CARLOS

Es que á ella no le basta saber cómo son: quiere presumir cómo serán. Y figúrate si eso es difícil.

PEPITA

Sin embargo, hay uno que me parece que sí le interesa.

CARLOS

Ya sé quién dices: Enrique.

PEPITA

Sí. ¿Lo habías notado?

CARLOS

¡Ya lo creo! Pero ese... ¡ni pensarlo!

PEPITA

¿Porqué?

CARLOS

Por cosas... ¡No te importa!

PEPITA

Pues me ha entrado curiosidad.

CARLOS

Pues no puedo satisfacerla, porque es un secreto que no es mío. Y te ruego que no digas nada á Nené.

PEPITA

Descuida; pero á mí podías decírmelo.

CARLOS

No seas tonta. ¡Si no es nada de particular!... Y lo sabrás muy pronto.

PEPITA

Yo me figuro algo.

CARLOS

Pues conténtante por ahora con las figuraciones y no pienses más en ello. Vamos con esa gente. *(Entran Pepita y Carlos en la «serre».)*

ESCENA II

Dichos, el MARQUÉS de CASTROJERIZ, don JUAN MANUEL, sostenido por ROMUALDO, y otro criado.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, aquí está con sus amiguitas. Cuidado, sentadle aquí. Nené, mira quién ha venido.

NENÉ

¿Quién? ¡Ah! ¡Abuelito! ¡Mi abuelito! ¡Qué bueno! ¡Ha venido por mí! ¿Pero porqué has salido de casa? Ya sabes que tienes que cuidarte mucho. ¿Crees tú que iba á pasar el día sin que yo fuera á verte y á que me felicitaras? Está muy bien. No has cogido frío, ¿verdad?

ROMUALDO

¡Cualquiera puede con él! La señorita Carolina no quería dejarle venir; pero se echó á llorar como un niño, y por no oirle...

NENÉ

¡Pobre! ¡Otro beso, abuelito! ¡Muchos besos!...

JUAN MANUEL

Tu madre, desde el cielo, nos ve á todos. A ti, tan hermosa; á mí, tan viejecito. Y ella se fué antes...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Nos dará un mal rato.

NENÉ

Abuelito, no; yo no quiero que recuerdes cosas tristes. ¡Pobre mamá! Yo también me acuerdo mucho, y más en estos días; pero no quiero verte triste. Vaya, ¿qué regalo me traes? Porque no creas que si yo iba á verte era solo por verte... es porque yo sé que el abuelito siempre guarda alguna sorpresa para su Nené, la preferida entre todos tus nietos, ¿verdad? Ahora que no me oyen los otros para que no tengan envidia.

JUAN MANUEL

Espera, sí; traigo un regalito.

NENÉ

A ver, á ver...

JUAN MANUEL

¡Ay, Romualdo! Lo he perdido, lo he perdido.

ROMUALDO

¡Señor!

NENÉ

No te aflijas.

JUAN MANUEL

¡Lo he perdido! El regalo de mi Nené. Tú tienes la culpa, al vestirme ó al subirme al coche. Nadie cuida de mí,

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Vamos, papá Manuel...

ROMUALDO

No haga caso el señor Marqués. Es que guarda tanto las cosas que luego él mismo no sabe dónde las pone. Espere vuecencia, yo daré con ello.

JUAN MANUEL

Desde anoche tenía yo todo arregladito en un paquetito con un papel encima... Para Nené, por si me moría de pronto.

NENÉ

¡Qué cosas dices!

ROMUALDO

¡Ea, aquí está! ¿Lo ve el señor?

JUAN MANUEL

Yo no lo había guardado ahí. Has sido tú, para hacerme rabiar. Trae acá. Toma, Nené, para tus alfileres.

NENÉ

¿Alfileres? De brillantes. Mira, papá, monedas de oro. ¡Cuántas! Está feo contarlas, ¿verdad? Estas no las cambio, las guardo así. Comprendo que cuando había oro la gente fuera más ahorrativa. ¡Goza uno solo con verlo! No puedo quejarme del día. Papá también ha estado espléndido. Me ha pagado todas mis trampas.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

El día ha sido para mí. Contigo y con la boda de tu hermano... ¡Qué añito! Y las cosas están cada vez mejor. Hoy se me ha desalquilado un principal de la casa de la calle de Serrano.

NENÉ

¡Qué fatalidad!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, nada; un pellizco. ¡Dichosas fincas! No sé cómo hay quien desee tener fincas.

NENÉ

Pues anuncia que las regalas...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

(Por don Juan Manuel.) Se duerme... ¡Claro! Si no está para salir de casa.

NENÉ

Abuelito, ¿quieres tomar algo? ¿Chocolate? ¿Un dulce?

JUAN MANUEL

Dulces, sí; dulces...

NENÉ

Unos bombones, aquí hay.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No vayan á hacerle daño.

JUAN MANUEL

Muy ricos.

NENÉ

No, tantos no.

JUAN MANUEL

No me hace daño. Allí no me dejan comer nada, me matan de hambre. Así estoy tan débil. Ese, ese bribón, ayer me quitó unos merengues que yo mandé comprar.

ROMUALDO

Señorita, diga usted que se comió una docena.

JUAN MANUEL

Eran así... riquísimos.

NENÉ

¡Qué disparate! Tengan ustedes cuidado.

ROMUALDO

No hay cuidado que valga. La señorita, por no verle llorar, le deja siempre salirse con su gusto.

NENÉ

La verdad que da pena contrariarle.

ROMUALDO

La señorita me encargó que volviéramos pronto...

JUAN MANUEL

¿Lo ves? No me deja, no me deja; el mejor día me escapo con vosotros... Estaría mejor...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Y Carolina creería que éramos nosotros los que te aconsejábamos... Vaya, papá Manuel, ya has visto á tu nieta, debes volver á casa antes de que sea de noche...

JUAN MANUEL

¿Y Carlitos? ¿No está? Nunca le veo.

NENÉ

Es un descastado. El, que podía ir á verte todos los días. Voy á llamarle. ¡Carlos! ¡Pepita! Está el abuelo, quiere veros. *(Entran Carlos y Pepita.)*

CARLOS

¡El abuelo aquí! ¡Qué ocurrencia! ¡Y está tan famoso! ¡Abuelito!

JUAN MANUEL

Tú no me quieres como Nené... no, no...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡No ha de quererte! Es que ahora como está para casarse...

JUAN MANUEL

Ya lo sé. *(Por Pepita.)* ¿Es la novia?

PEPITA

Don Juan Manuel... ¿No se acuerda usted de mí?

JUAN MANUEL

Sí, sí, Pepita... Tu madre tan guapa... Tu abuela también fué muy guapa... A mí me gustaba mucho...

NENÉ

Y la nieta, ¿qué te parece?

JUAN MANUEL

Muy bien. ¿Os queréis mucho, verdad? Si no os queréis mucho, pensadlo bien antes... ¡He visto tantos matrimonios desgraciados!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Si se quieren...

JUAN MANUEL

¿Y tú, Nené? ¿No tienes novio? ¿No hay por aquí ninguno que?...

NENÉ

¿De esos? ¡Pobre de mi! No vale la pena de escoger... Todos son iguales... Visten lo mismo, piensan lo mismo, hablan lo mismo...

PEPITA

Si deseas un ser extraordinario...

NENÉ

Si es extraordinario ser hombre...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Yo, en esos asuntos, libertad completa... Ella verá... Desde luego, faltando su madre, mi opinión es que no ande tonteando, cuando piense seriamente en casarse; relaciones cortas, lo bastante para estudiarse el carácter, lo que puede estudiarse de novio, que es bien poco,

porque de novio se pierde todo el carácter... Y nada de gastar tiempo.

NENÉ

No dirás que te han preocupado mucho mis noviazgos.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Siempre muy juiciosa...

JUAN MANUEL

Desde chiquitina... Una cabecita muy sentada siempre... La llamábamos el hombrecito...

NENÉ

No: la mujercita, muy mujercita; porque crean ustedes que no me cambiaba por ningún hombre de los que conozco. Yo no sería capaz de casarme con la ligereza, la despreocupación con que veo casarse á muchos hombres, sin que les disculpe ni la pasión ni la necesidad. Yo creo que la vida propia ya es algo muy serio, pero el lazo que une otra vida á la nuestra para siempre, que nos hace responsables de ella, es algo más serio todavía, que bien vale la pena de pensar seriamente.

PEPITA

Todos lo pensamos seriamente. Yo por mi parte...

CARLOS

¡Ya lo creo! Te pedí relaciones bailando el primer vals en casa de Isabel, y no me contestaste hasta que acabó el cotillón...

NENÉ

Sí, tuviste tiempo de pensarlo.

PEPITA

Y eso porque nos conocíamos desde niños... Y tú, que hablas así, el mejor día te enamoras, si no ha sucedido ya repentinamente, explosivamente, de cualquiera, y sin haber bailado siquiera el vals no aguardas al cotillón para decirle que sí.

NENÉ

Es posible, podré enamorarme de un hombre y no saber siquiera si él me quiere, pero sabré seguramente que yo le quiero y cómo le quiero...

JUAN MANUEL

Sí, Nené, mi Nené; no te enamores de cualquiera, vales tú mucho... Si yo pudiera yo te buscaría... un militar. ¿No te gustan los militares? Son muy buenos maridos. Los mejores maridos son los hombres que han andado mucho de una parte á otra y han vivido siempre en fondas y casas de huéspedes... Cogen á gusto la casa propia, la vida de familia. Estos niños de casa grande, mimados, consentidos, quieren correrla luego; verás tu hermanito... Gracias á que la novia parece boba... No me gusta mucho.

NENÉ

Calla, abuelito, pueden oirte.

JUAN MANUEL

No era así su abuela; dió mucho que hablar.

NENÉ

¡Por Dios, abuelo!

JUAN MANUEL

Y de su madre también se decía, pero no sé, ya no es de mi tiempo.

ROMUALDO

Señor, ¿nos vamos?

JUAN MANUEL

Sí, sí; dame otro bombón. Y muchos besos... Puede que sean los últimos. Cada hora de vida es un regalo de Dios. Yo no puedo decir hasta luego ni hasta mañana. Siempre debo decir... adiós... ¡Quién sabe si para siempre!

NENÉ

¡Qué cosas, abuelo! Hasta muy pronto que iré yo á verte, y hasta el año que viene que vendrás tú también como hoy...

JUAN MANUEL

¡El año que viene! ¡Un año más! ¡Adiós, Nené, adiós!

NENÉ

Te acompaño.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Ven también, Carlos...

CARLOS

Voy... ¡Siempre nos da un rato!... *(Salen don Juan Manuel, Romualdo, el Marqués, Nené y Carlos.)*

ESCENA III

PEPITA y CASILDA

CASILDA

¿Ha venido el abuelo de Nené?

PEPITA

Sí; el pobre tan viejecito, ya chochea. No sabe lo que dice. Tiene más de ochenta años.

CASILDA

De ese también tendréis que heredar.

PEPITA

Creo que sí; pero como vive con su otra hija, la tía de Nené y Carlos, aquellos serán los que sacarán partido.

CASILDA

Tampoco os hace falta. Carlos es muy rico y tú...

PEPITA

El dinero no estorba nunca, y eso de que no da la felicidad...

CASILDA

Sí, son voces que hacen correr los ricos para que no les envidien demasiado los pobres.

ESCENA IV

Dichos, NENÉ, el MARQUÉS y CARLOS

NENÉ

¡Pobre abuelito! Siempre que le veo es para llorar.

CARLOS

Es una desgracia vivir tanto.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

(A Casilda.) ¿Os ha dicho Nené que en la semana que viene damos un baile? El primero desde que murió su pobre madre... Y eso en honor de los novios...

CASILDA

Sí, ya lo sabemos.

NENÉ

Por supuesto, de confianza.

CASILDA

(A Pepita.) Y el miércoles bailamos en tu casa.

PEPITA

Y el lunes en casa de tía Lola, que será madrina... y el viernes en casa de Isabel.

CASILDA

¿También Isabel da un baile en vuestro honor?

PEPITA

¡Nos quiere tanto!...

CASILDA

(Bajo á Carlos.) ¿Es el baile de despedida?

CARLOS

No seas mal pensada.

PEPITA

Isabel protegió siempre nuestros amores, siempre nos convidaba juntos á comer, me debe los mejores informes de Carlos.

CASILDA

(Bajo á Carlos.) Vaya, te has portado bien en la casa.

CARLOS

(Bajo á Casilda.) No me hagas reir.

PEPITA

Y lo dice á todo el que quiere oirla: «Si yo hubiera tenido una hija, no la hubiera casado más que con Carlos.»

CASILDA

(Bajo á Carlos.) Era capaz...

NENÉ

¿Queréis qne hagamos un poco de música?

CASILDA

Sí; está haciendo mucha falta, porque la letra se pone imposible.

NENÉ

Casilda tocará los valses de moda.

PEPITA

Como quieras.

CASILDA

(*A Nené.*) Has hecho bien, porque la pobre Pepita, con su bobería, nos había llevado á un terreno... No sé cómo he podido contenerme, porque el tunante de Carlos me decía unas cosas por lo bajo...

NENÉ

Sí; es muy gracioso, muy gracioso. (*Entran Nené, Pepita y Casilda á la «serre».*)

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Oye, Carlos, supongo que eso habrá concluído definitivamente.

CARLOS

¿Y qué es eso, papá?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Demasiado lo sabes... Lo de Isabel y tú.

CARLOS

Claro que sí... ¡Qué tonterías!

MARQUÉS DE CARTROJERIZ

Bueno, ¿y quieres decirme á qué viene lo otro?

CARLOS

¿Y qué es lo otro, papá?, vuelvo á preguntarte. ¡Llama á las cosas por su nombre!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Es que hay cosas que no tienen nombre. Lo otro es el baile en su casa con motivo de vuestra boda. Eso es gana de dar que reir, de ponerse en ridículo.

CARLOS

¿Y á mí que me cuentas?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Y á quién voy á contárselo? ¿A su marido? Me haría menos caso que tú.

CARLOS

Como que ha sido idea suya la del baile.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Idea feliz! Piensa bailar el rigodón de... deshonor... ¡Calla, tu futura suegra!... A ésta le parecerá muy bien lo del baile...

ESCENA V

Dichos y la MARQUESA DE CAÑAVERALES

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Querida Eulalia!

MARQUESA

¿Cómo va? ¡Hola, Carlitos! ¿Y Nené y esos chicos?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Ahí los tienes; no pierden el tiempo tomando fuerzas para la serie de bailes que se preparan.

MARQUESA

¡Ya, ya!; el más lucido será el de Isabel; allí se hacen las cosas en grande, y luego, que ha tomado la boda como cosa suya. ¿Qué regalo le hace á Pepita? Si no sé cómo corresponder, estoy avergonzada.

CARLOS

¿Venís á saludar á Nené, ó queréis que la llame?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No; deja que bailen. Ahora entraré. Tengo que hablar con tu padre.

CARLOS

Entonces... con tu permiso...

MARQUESA

No digas que estoy aquí. *(Entra Carlos en la «serre».)* ¿No ha venido Joaquín por aquí?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, á medio día, tomó el café con nosotros. ¿Ocurre algo?

MARQUESA

¿No ha hablado contigo?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, pero nada importante.

MARQUESA

¡Qué majadero! No se habrá atrevido. ¡Como si tuviera algo de particular! ¡Si los asuntos de familia no se tratan en familia! ¡Esto de que sea yo siempre quien tenga que decirlo todo!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Y qué tiene que decirme?

MARQUESA

Nada, ya hablaremos. Se trata de la dote de Pepita;

nada, cuestión de forma; primeramente se dijo una cosa y luego se pensó otra... más conveniente; porque las fincas unos años rentan más y otros menos, tú lo sabes, y dan muchos cuidados, y para chicos jóvenes que en estos primeros años solo pensarán en divertirse, les conviene más una renta fija segura, que nunca ha de faltarles y que les quite quebraderos de cabeza. Todo han de encontrarlo cuando nosotros faltemos.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Si lo encuentran...

MARQUESA

¿Qué dices? ¿Eres tú de los que creen que nos arruinamos, que en mi casa se gasta más de lo que se puede? Eso es decir que yo soy una loca, una madre sin sentido que no piensa en el porvenir de sus hijos, yo, que vivo esclava del orden y de la economía.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, sí; pero casi todas vuestras fincas están hipotecadas.

MARQUESA

Ha sido una delicadeza el ir á averiguarlo.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Pues fué el mismo día en que tu marido estaba averiguando si lo estaban las mías. Y yo no me ofendo.

MARQUESA

Se hipotecaron para colocar el dinero en condiciones más ventajosas.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Sí, ya lo sé, en el negocio del azúcar; pero esa va de capa caída.

MARQUESA

Eso era cuando se hacía de remolacha; pero ahora no sé qué procedimiento emplean que se gana un dineral.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Buena estará el azúcar!

MARQUESA

No sé... Ahora Joaquín no quiere que se gaste en casa.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Me tranquilizo.

MARQUESA

De modo que tú le dirás á Joaquín que ya te he indicado en principio de lo que se trata, lo demás lo arregláis vosotros... Se trata de la felicidad de nuestros hijos... Nadie puede suponer que nosotros no tengamos tanto interés como tú... ¡Esa hija mía, á lo que está acostumbrada!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Por eso mismo tiene necesidades que la fortuna de mi hijo, por sí sola, no podría satisfacer... Vosotros sabéis como yo lo que cuesta vivir con decencia... nada más que con decencia.

MARQUESA

¡Ya lo creo que cuesta! Ahora que estamos metidos en gastos es cuando lo comprende una... Cuando yo me casé no se gastó en mi casa la cuarta parte de lo que

gastamos ahora con Pepita; y mi *trousseau* hizo época en Madrid. Pero ahora salir del paso nada más, cuesta un sentido... Y todo chucherías que no duran nada... Todavía conservo yo camisas de cuando me casé... Ya te las enseñaré.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No te molestes. Han perdido la actualidad.

MARQUESA

¡Qué gracioso! Como los hombres no tenéis que ocuparos de nada en estos casos... ¡Ah! Se me olvidaba, ahora trato con el casero. La distribución que pensábamos del piso hay que variarla.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Otra vez?

MARQUESA

El comedor está demasiado lejos de la cocina; es una molestia para el servicio. Y Carlos no necesita el despacho para nada; con el cuarto de vestir y el *fumoir* tiene bastante. En cambio, Pepita necesita un buen tocador, que debe de ser el gabinete del chaflán, tirando el tabique del otro gabinetito y abriendo una puerta de escape en el dormitorio, que yo tampoco haría allí dormitorio, como no haría, de ningún modo, cuarto de baño donde está el baño, ni el cuarto ropero donde están los armarios.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Ni la puerta de entrada por donde está la escalera?... ¡Qué revolución!

MARQUESA

En la casa, y donde se vive, si no se procura la comodidad...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Corriente, haced lo que os parezca... ¿Te conviene que las tejas sigan en el tejado?

MARQUESA

¡Qué exageración! Eso quiere decir que yo digo las cosas por capricho, que yo soy una loca... ¡Como si en todo esto me guiara más interés que la felicidad de nuestros hijos!... De tu hijo tanto como de nuestra hija, porque yo sé lo que son los hombres, que si no encuentran en casa todas las comodidades van á buscarlas fuera... Y como tu hijo está acostumbrado... Isabel me lo decía esta mañana.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Otra vez Isabel?

MARQUESA

¿Cómo otra vez?... ¿Qué quieres decir?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Nada, nada... Nené, Nené... Aquí tienes á Eulalia que viene á saludarte. *(Salen Nené y Pepita.)*

NENÉ

¿Cómo estás?

MARQUESA

Muchas felicidades. ¡Qué mona! ¡Qué elegante!

NENÉ

Muchas gracias por tu recuerdo.

MARQUESA

¿Te gusta?

NENÉ

Es precioso.

MARQUESA

Ya veo que pasáis la tarde muy distraídos.

PEPITA

Casilda y Turito están graciosísimos exponiendo sus ideas sobre el matrimonio... Y tú, mamá, ¿por dónde has andado esta tarde?

MARQUESA

¡Qué se yo! Estoy loca. Y tiene una que estar en todo, porque si no se encuentra una con cada adefesio... Las marcas de las mantelerías eran imposibles; si ya decía yo, esas monjitas, ¡qué entienden de cosas del mundo!... Una por favorecer... Los encajes de tu tía Eloísa no van, de ninguna manera, con el traje de boda... Los aprovecharemos para otra cosa... El traje es precioso, pero lo verdaderamente ideal son los saltos de cama de Mme. Tutú... Dos creaciones... Ya sabes que hoy tienes que probártelo todo... Y son las seis.

PEPITA

Cuando quieras, mamá.

MARQUESA

Pues nos despedimos. Despídete de tus amiguitas... ¡Qué bonitos regalos! ¡Qué hermosas flores! ¡Lástima que duren tan poco!... Estarás muy contenta. A ver cuándo te decides, y tenemos que regalarte en grande. ¡Qué chica ésta! No sé en qué piensas... Te faltará dónde elegir.

CASILDA

Yo también me marcho, tengo á doña Rosalía esperándome.

BEATRIZ

Y nosotras... llevamos el mismo camino.

TURITO

Ya decía yo que Casilda y ustedes llevaban el mismo camino.

NENÉ

¡Qué desbandada!

MARÍA TERESA

Después de oir vuestro programa, cualquiera se asusta del matrimonio.

CASILDA

Y eso es lo mejor. Si se casa una enamorada de su marido, claro es que á la primera mala partida se lleva un gran disgusto; pero no importándole á una ni poco ni mucho, ya puede hacer lo que le parezca; con hacer una lo mismo por su parte... en paz y jugando.

MARQUESA

¡Qué cosas dicen estas chicas! Ya sé que habláis por bromear, pero nunca falta gente estúpida que tome en serio lo que decís y os va desacreditando.

PEPITA

Hasta mañana, Nené... muchas felicidades, nadie te las desea más de corazón.

NENÉ

Hasta mañana, Pepita.

PEPITA

Hasta luego, Carlos.

CARLOS

Hasta luego.

TURITO

Nené, siento que no hayas oído mi brillante peroración; hubieras dicho de seguro:—Este es el marido que me conviene.

NENÉ

¡Qué vanidoso! ¿Crees que si me decidiera por un tonto, no los hay más tontos que tú?

TURITO

Se estima.

NENÉ

Eso digo, se estima. Y es bastante. *(Dándole la mano. Saludos, besos, etc. Salen todos menos Nené, Carlos y el Marqués.)*

ESCENA VI

NENÉ, EL MARQUÉS y CARLOS

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Estos Cañaverales! ¡No tienen pizca de formalidad!

CARLOS

¿Qué ocurre?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Nada; ahora salen por el registro de que no les conviene capitalizar la dote; que sí les conviene más una renta fija.

CARLOS

¡Ah! no, no; que se dejen de tonterías; tú les dices que no es eso lo convenido, y si ahora piensan otra cosa, todos podemos pensar otra cosa. No hay nada perdido.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Eso es; á estas alturas, vamos á dar una campanada.

CARLOS

Es que yo no me fío de la renta.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Yo ni siquiera del capital.

CARLOS

Pues tú eres el que debes arreglarlo todo.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Eso es. Demasiado sabes que á mí nunca me entusiasmó esa boda.

CARLOS

Pues lo que es á mí...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Pues tú dirás porqué te casas.

CARLOS

Yo que sé... Ha venido así.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Cosas de Isabel, que tiene ese sistema.

CARLOS

¿Qué sistema?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

El de casar á todos... A todos sus amigos de confianza. No, no to vayas, Nené; no se hable más de este asunto. ¡Dichosa boda! ¡Como si no tuviera uno otras cosas en en qué pensar! Antes de comer voy al Casino, allí estará Joaquín y hablaremos. ¿Insistes en que no aceptas más que el capital?

CARLOS

Claro que no; y levantadas las hipotecas, y nada de acciones de la fábrica de azúcar.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Con Joaquín, estoy seguro de entenderme; pero su mujer... su mujer estoy seguro de que le pega. (*Vase el Marqués.*)

ESCENA VII

NENÉ y CARLOS

NENÉ

¿Y queréis que me case? Para casarme así..

CARLOS

¿Así? ¿Tiene algo de particular que se trate en serio la cuestión de intereses? ¿Te parece poco poético? Menos poético es vivir de cualquier manera; tienes que convencerte; casi todas las faltas de poesía provienen de la falta de dinero.

NENÉ

No me creas simple ni soñadora. Me asusta la po-

breza tanto como á ti, como á cualquiera; sé que faltando lo necesario para vivir, nada hay seguro en la vida; cuando de todo se carece, nadie puede responder de sus afectos, ni de su conducta, ni de la propia conciencia siquiera. Cuando yo sé que hay criaturas humanas que mueren de hambre y de frío, y que ven morir á sus hijos, todo lo disculpo; no me asombra el crimen más espantoso que puedan cometer; pero cuando la suerte ha sido generosa con nosotros, cuando nos permite el lujo de vivir con la conciencia tranquila, sin hacer traición á nuestros sentimientos... entonces no hay disculpas para el que engaña, para el que se vende, como tú vas á hacerlo.

CARLOS

¿Qué dices?

NENÉ

Tú, sí, tú; un hombre, un hombre joven, que solo con nacer ha encontrado la vida asegurada. Y te casas sin cariño, engañando á una mujer sin experiencia de la vida, que no puede dudar de tu lealtad porque no puede comprender que nada te obligue á la mentira, como yo no puedo comprenderlo... por eso te digo con toda la indignación de mi alma lo que ella podrá decirte mañana con más razón: eres un miserable, sí, hermano mío; te lo dice una mujer, eres un miserable.

CARLOS

¡Estás loca! Porque has oído decir que en nada te pareces á las otras muchachas de nuestra sociedad, que tienes ideas propias, que te llaman el hombrecito, ya quieres dártelas de espíritu fuerte, que sabe de la vida más que nosotros. ¿Y qué sabes tú?

NENÉ

Sé, por lo pronto, que tus relaciones con Isabel continúan, y que te casas con Pepita... á pesar de todo.

CARLOS

¿Qué sabes tú? En primer lugar, una muchacha soltera no tiene para qué enterarse de ciertos asuntos, y al enterarse, revela una curiosidad y una malicia que nada le favorece.

NENÉ

Favorece más la hipocresía de fingir que no se ha enterado de nada... y sobre hipócrita, sería cómplice de todos... de ti y de los que saben lo que yo sé y consienten esa infamia.

CARLOS

¡Infamia! Tú lo dices; eso sería si hubiera alguien engañado. ¿Pero quién es el engañado?

NENÉ

¡Ah! ¿Tú crees que Pepita lo sabe? ¿Y que nada le importa? Entonces eres tú quien debe despreciarla. ¿Qué puedes esperar de una mujer que se une á ti sin la ilusión de tu cariño? Pero estoy segura de que nada sabe.

CARLOS

Díselo tú si tanto te interesa salvar tu responsabilidad. Acaso te lleves chasco y su indignación no responda á la tuya, menos justificada...

NENÉ

No, no quiero saberlo. Voy creyendo que todos sois iguales.

CARLOS

Menos uno, ¿verdad? Hay otros seres excepcionales como tu Enrique, ¿no es así?

NENÉ

¿Porqué hablas de Enrique?

CARLOS

Porque debo hablarte y quiero que hablemos formalmente para que veas que me intereso por tu felicidad... mejor que tú por la de tu hermano, que no es rencoroso... ¿No ha venido á felicitarte?

NENÉ

No, ha mandado una tarjeta nada más.

CARLOS

Es que huye de ti... desea verte lo menos posible... Es que ha notado que estás enamorada de él.

NENÉ

Y él... sí, tienes razón, parece que huye de mí... y me quiere, me quiere, no hay duda... su posición modesta, él no pertenecer á nuestra clase, le acobarda sin duda, pero estoy segura de que me quiere... ¿Te habla de mí alguna vez?

CARLOS

Muchas.

NENÉ

¿Y me quiere, verdad, me quiere?

CARLOS

Y tú le quieres también.

NENÉ

¿Te ha preguntado él? Tú no sabrás... Si vuelve á preguntarte... puedes decírselo.

CARLOS

Y le quieres porque te parece también un ser superior, digno de ti, distinto á todos. ¿No es eso?

NENÉ

¡Tan distinto! Basta oirle, basta verle.

CARLOS

Muy distinto; por eso no es capaz de las infamias como tú dices que cometemos los demás. ¿Y no sabes tú si queriéndote mucho, si comprendiendo que tú le quieres, otras relaciones anteriores de esas que ya no ligan por cariño, sino por consideración, ó por lástima, ó por cortesía... le obligan á renunciar á tu cariño, á no volver á verte?...

NENÉ

¿Qué dices?

CARLOS

Lo que él me encargó que te dijera. Sí; en la vida de Enrique hay otra mujer, ignoro sus relaciones, pero sé que sin quererla; odiándola acaso, no puede romper esa cadena... Ya lo sabes. No extrañes que acaso no vuelva á verte, y admira la grandeza de alma de un hombre que sacrifica un gran cariño, una esperanza de su corazón, á escrúpulos de conciencia no sé hasta qué punto respetables...

NENÉ

Lo será cuando él cree que debe respetarlos...

CARLOS

¡Calla, su voz!... Y dijo que no vendría...

ESCENA VIII

Dichos y ENRIQUE

NENÉ

¡Enrique!

ENRIQUE

¿Cómo está usted? ¿Y tú, Carlos?...

CARLOS

No te esperábamos... como enviaste una tarjeta...

ENRIQUE

No pensaba... no quería venir... Carlos lo sabe...

NENÉ

Sí, me ha dicho...

ENRIQUE

¿Le ha dicho á usted?...

NENÉ

Sí.

ENRIQUE

Entonces, comprenderá usted que no debo jugar con mi corazón, mucho menos con el de usted. Hablo delante de su hermano y por primera vez le hablo á usted de mi cariño, que ojalá hubiera sido mío solo. Yo hubiera preferido que usted nunca hubiera llegado á comprenderlo, ser á usted indiferente... yo la hubiera á usted querido sin decírselo nunca... Pero he comprendido que era demasiado dichoso, que su corazón podía

llegar á corresponderme. Sé que no puede usted juzgar ridícula pretensión de mi parte este convencimiento... que su corazón es leal como el mío, y el mío no me ha engañado.

NENÉ

No le ha engañado, Enrique.

ENRIQUE

Gracias. Un solo día más que hubiera alentado en mi corazón la esperanza de su cariño, hubiera sido una infamia que no soy capaz de cometer, que nunca me hubiera perdonado. No dije á Carlos toda la verdad. Ni cariño, ni respeto, ni odio, que une también á su manera, me unen á otra mujer, desprecio solo, el desprecio que merece la traición más infame...

NENÉ

Entonces...

ENRIQUE

Estoy casado.

CARLOS

¿Casado? Ahora entiendo; antes, la verdad, el sacrificio por otra clase de relaciones, me parecía exagerado.

NENÉ

A ti, claro está...

ENRIQUE

Y ahora, adiós, Nené. Si ha de ser triste como mi recuerdo, no quisiera dejar recuerdo alguno en usted...

NENÉ

Recuerdo triste... sí... pero la tristeza, sin remordimiento vale por muchas alegrías, ennoblece el alma... Adiós, Enrique... *(Salen Carlos y Enrique.)*

ESCENA IX

NENÉ y después el MARQUÉS DE CASTROJERIZ
Ha ido anocheciendo; la escena á obsuras.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Nené, Nené...

NENÉ

Aquí estoy.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Qué haces á obscuras? Voy á dar luz.

NENÉ

No, no des luz; descansaba aquí... Tanta gente toda la tarde me ha mareado.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Acuéstate. ¿Estás mala? ¿Qué es eso? ¿Estás llorando? ¿Porqué lloras?

NENÉ

Estos días no debieran llegar nunca: todo son recuerdos.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Ya. Tu pobre madre... La visita del abuelito...

NENÉ

¡Mi madre! ¡Madre mía!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Qué es eso? ¿Porqué lloras así? Algo te pasa. No son recuerdos... No se llora así... Es algo triste. ¿Qué te sucede?

NENÉ

Nada, nada... Te digo que son recuerdos nada más... recuerdos. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

CASILDA, TURITO, ALBERTO y JAIME

TURITO

¡Pero Casilda!...

ALBERTO

¡Casildita!...

JAIME

¡Sildita!

CASILDA

No os canséis, no bailo más. Si creéis que estoy aquí para divertiros...

TURITO

Que se expliquen esas palabras.

CASILDA

Todos tenéis la pretensión de que yo os apunte en mi *carnet* para el primer vals, y de seguir apuntados indefinidamente...

ALBERTO

¿Para qué?

CASILDA

Para el primer desliz cuando esté casada.

JAIME

¡Qué cosas dices!

TURITO

Yo me contentaría con el segundo.

CASILDA

Pues esperad sentados. ¿No os parezco tan guapa, tan graciosa, tan?...

TURITO

Sugestiva...

CASILDA

¿Pero á que ninguno quiere casarse conmigo? Porque no soy rica, hablemos claro...

JAIME

¡Qué idea! Nosotros sí que no nos consideramos bastante ricos, ni con bastantes méritos para ofrecerte todo lo que mereces...

CASILDA

Nos conocemos. Y creéis que cuando encuentre á un hombre distinto á vosotros... Ya le basta para ser persona decente...

JAIME

¿Es alusión?

TURITO

No interrumpas.

CASILDA

¿Voy á corresponder á su confianza engañándole con cualquiera de vosotros? Soy más seria de lo que parezco; lo que hay es que con vosotros no voy á gastar el juicio ni mucho menos á perderlo; lo guardo para mí y para el que sepa aprèciarlo.

ALBERTO

Ya lo sabéis. Casilda reserva su juicio hasta el final de la obra, como se suplica al público en los estrenos.

TURITO

De modo que es... el juicio final...

CASILDA

¡Por Dios, Turito, que me muero de risa!... Pero habéis creído que Nené es la única muchacha formal.

JAIME

¡Ejem, ejem!

ALBERTO

¿Tampoco quiere bailar esta noche?

TURITO

A mí me ha prometido un vals y ha estado más amable que nunca.

JAIME

¡Ejem, ejem!

CASILDA

Es natural. No habéis inventado vosotros eso de apuntarse para el primer vals... Después de casada...

TURITO

¿Pero tú crees que es verdad lo que dicen?

CASILDA

Lo que dicen... Lo que vemos. Ya habéis visto esta noche.

TURITO

Lo que no hemos visto es que Enrique sea casado.

CASILDA

Pregúntale á Carlos y á Félix, que le conocen de antiguo y conocen á su mujer que vive en Burdeos con otro.

JAIME

¿Con otro? De modo que el pobre...

CASILDA

O la pobre... Vaya usted á saber. Yo creo que cuando una mujer falta á su marido es porque el marido le ha dado antes muchos motivos.

TURITO

O muy pocos motivos, que es peor.

JAIME

¡Ya lo creo! En el matrimonio, como en el Código penal, son delitos ó faltas...

ALBERTO

Las acciones y las omisiones. Es lo único que recuerdo de mis brillantes estudios. Pero Nené sabe...

CASILDA

¡Ya lo creo!... Como ella tiene ideas propias, como no la importa nada de lo demás...

TURITO

Pues á mí me cuesta trabajo creerlo.

CASILDA

¿A ti, verdad? No, si tú vas derecho...

TURITO

Nené, que ha despreciado los mejores partidos de Madrid...

CASILDA

Sin contarte á ti...

TURITO

O contándome á mí, como quieras. ¿Iba á enamorarse de pronto de un hombre que ni siquiera es de su clase?

JAIME

Que ni siquiera tiene buena figura.

ALBERTO

Que ni siquiera se viste bien.

CASILDA

Con ese modo de apreciar, ¡qué tranquilas van á vivir vuestras mujeres!

TURITO

¿Porqué?

CASILDA

Porque si no desconfiáis de los que no sean de vuestra clase ó no tengan buena figura ó no se vistan bien...

ya les queda donde escoger para pegárosla de lo lindo, sin que os deis por enterados...

TURITO

Sí, todo es posible. Pero comprendo que en las condiciones de Nené... ¡Enamorarse de un hombre casado! ¿Qué se propone? Vamos á ver. ¿Qué se propone?

CASILDA

Pregúntaselo á ella... Ahí la tienes.

ESCENA II

Dichos y NENÉ

NENÉ

Pero, Turito, ¿has olvidado nuestro vals?

TURITO

¿Es ahora? ¡Qué pronto!

NENÉ

¿Pronto? Muchas gracias... Te concedo una prórroga ilimitada.

TURITO

No, eso no; vamos ahora mismo.

NENÉ

No, no te sacrifiques. Te advierto que si me disponía á bailar contigo, era por no oir á papá. Está muy disgustado porque no bailo esta noche.

TURITO

Con razón. Si yo fuera tu padre, te diría lo mismo.

NENÉ

Como no lo eres, debes decir otras cosas más en tu carácter... cualquier tontería.

TURITO

¡Ah! ¿Te parezco tonto? Por eso te has acordado de mí. Sí, tienes razón, soy muy tonto, pero muy buen amigo tuyo; por eso, siempre que seas franca conmigo, estoy á tu disposición.

NENÉ

¿Para qué?

TURITO

Para disimular con tu padre, y que no tenga porqué reñirte. ¿Quieres que demos una vuelta por el salón? ¿Que nos vean hablando muy animados? ¿Que les hagamos creer que la alianza de nuestras familias puede estrecharse más todavía? ¿Que?...

NENÉ

¿Pero que estás diciendo?

TURITO

Te advierto que si alguien se siente celoso, no tengo inconveniente en tranquilizarle: «No pase usted mal rato, señor mío, todo esto es para disimular, en obsequio á usted, porque yo soy así, un buen muchacho, amigo de mis amigos y de los amigos de mis amigas... Me presto á todo. Usted no lo agradecerá, ¿verdad? Pero no faltará quien lo agradezca. Una buena acción

nunca se pierde, y tarde ó temprano halla su recompensa.»

NENÉ

Hablas en serio, ¿verdad?

TURITO

Tan en serio.

NENÉ

Ya se conoce, porque estás diciendo inconveniencias... ¿Qué has creído? ¿Qué has pensado?

TURITO

¿Yo? ¡Nada! Si lo tomas así... Solo me importaba hacer constar que no soy tan tonto como parezco; pero eso le sucede á mucha gente, que no es lo que parece.

NENÉ

No; yo soy lo que parezco. Amiga de mis amigos, amigos en la verdadera acepción de la palabra. Y la amistad no tiene porqué ocultarse, advirtiéndote que si fuera más que amistad, tampoco te lo ocultaría.

TURITO

¿Tienes el valor de tus actos?

NENÉ

No, el valor de los actos de los demás... Casilda, ¿no bailas tampoco?

CASILDA

No, estoy cansada.

NENÉ

Si esta noche apenas has bailado.

CASILDA

Es cansancio antiguo... Desengañada, si quieres.

ALBERTO

Mi rigodón con María Teresa debe de estar al caer.

JAIME

Sí, vamos, vamos... ¿Vienes, Turito? *(Salen Jaime y Alberto.)*

TURITO

Voy en seguida. *(A Nené.)* Si crees que te he dicho por molestarte lo que te he dicho, me juzgas muy mal; lo dije por decir, sin mala intención, para que supieras que lo sé todo, que estoy en el secreto, pero no es que me asuste ni que me importe.

NENÉ

Ya lo sé. *(Sale Turito.)*

ESCENA III

NENÉ y CASILDA

CASILDA

¿Has visto nada más antipático que estas criaturas? ¡Y pensar que es todo el muestrario que le presentan á una para escoger! Seguramente debe haber otra clase de hombres que una no conoce. ¡Llevamos una vida tan tonta! Sin salir del mismo círculo; desde que nos presentan en sociedad, á los cuatro bailes ya conoce una, frac más ó menos, á todos los que pueden ser nues-

tros maridos y á todos los que procuran no serlo y esperan á que otros se decidan... Porque ya le hacen á una declaraciones para después de casada, con un atrevimiento, que para antes lo quisiera una... A ti, como eres muy rica, naturalmente todos se acercarán con buen fin; no es decirte que solo vales por tu dinero, vales mucho, pero sabes como yo que no han de apreciarlo. Ya ves, toda la gracia que yo les hago, no es por lo que soy, sino por lo que parezco, y parezco una loca.

NENÉ

Y haces bien. Para los que pasan por nuestra vida indiferentes ó curiosos, no debemos mostrarnos nunca como somos, no debemos de dar entrada en nuestra vida á cualquiera... Debemos ser como esas hadas de los cuentos que viven encantadas, convertidas en viejas horribles, hasta que un príncipe enamorado las vuelve juventud y hermosura con su beso de amor.

CASILDA

¡Ay! ¿Pero dónde está ese príncipe? Si tarda mucho cuando llegue, si llega, me parece que por mucho que bese estaremos tan viejecitas que no habrá más desencanto posible que su desencanto.

ESCENA IV

Dichos, la MARQUESA DE CAÑAVERALES, el MARQUÉS DE CASTROJERIZ y ENRIQUE

ENRIQUE

Les advierto á ustedes que soy un detestable tresillista.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No importa. No crea usted que yo soy tampoco de mucha fuerza. La Marquesa, sí; la Marquesa nos ganará los cuartos.

MARQUESA

Usted perdone que me haya atrevido á invitarle, pero como reparé que usted no bailaba ni parecía divertirse gran cosa...

ENRIQUE

Es mi carácter. Pero les acompaño á ustedes con mucho gusto.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Pero, hija mía, ¿qué haces aquí? Parece que huyes de la gente...

NENÉ

Ya te dije que no me sentía bien; Pepita y Carlos están allí para hacer los honores; son los héroes de la fiesta, á ellos les corresponde...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Da una vuelta por el comedor, mira si está todo bien dispuesto...

NENÉ

Sí, sí, descuida; voy con Casilda, ella entiende mejor... (*A Enrique.*) ¿No le aburre á usted mucho la partida?

ENRIQUE

No... Esperaba ver á usted en el salón. ¿No ha querido usted bailar esta noche?

NENÉ

No.

ENRIQUE

¿Porqué?

NENÉ

No esperaba una pregunta, esperaba una contestación.

ENRIQUE

¿Cuál?

NENÉ

Gracias.

ENRIQUE

Sí, Nené, gracias. ¿Cree usted que no comprendo su delicadeza? Pero yo no quiero que nadie pueda comprenderla también para interpretarla maliciosamente... Vaya usted, atienda usted á todo el mundo... Yo no puedo exigir...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No entretengas á Enrique. Espera Eulalia.

MARQUESA

No, por mí, si usted tiene que hablar...

ENRIQUE

No, soy con ustedes... Hasta luego...

NENÉ

Hasta luego...

ESCENA V

NENÉ y CASILDA

CASILDA

Ten cuidado, Nené, ten cuidado.

NENÉ

¿De qué?

CASILDA

El amor es así, como el fuego; suelen ver antes el humo los que están fuera que las llamas los que están dentro.

NENÉ

¿Amor? Bien sabes que no es posible; amistad, sí, amistad tan leal, tan sincera, que no tengo porqué ocultártela... ¿Tú crees que si yo sospechara otros sentimientos en Enrique, si los sospechara en mí misma, hubiéramos vuelto á vernos? Era tiempo cuando supe la verdad... Y hoy no cambiaría esta verdad por ninguna ilusión... Un afecto seguro, sin celos, sin mentiras... Una verdadera amistad en la que puede confiarse siempre.

CASILDA

¡Ay, Nené! El amor con careta es más peligroso que con venda; suele dar bromas muy pesadas.

NENÉ

Sí, ya sé que amistades entre hombres y mujeres son siempre sospechosas... Para la mayor parte de las mujeres, y para esos hombres que nos rodean y solo se

acercan á nosotras para decirnos las mismas palabras necias que nos aburren con el mismo pensamiento grosero que nos ofende. Parece que todas las relaciones en sociedad han de limitarse á un solo objeto; combinaciones matrimoniales ó intrigas amorosas. Cualquiera que sea el pretexto que nos reune no se piensa en otra cosa, y cualquier conversación viene siempre á caer en lo mismo. Y en el fondo de esa eterna preocupación amorosa de hombres y mujeres... ¿dónde está el amor? Ya lo vemos; los matrimonios por interés, las intrigas por vicio; el verdadero cariño, que todo lo arrostra, que ni previene ni calcula, ¿dónde está? No es seguramente el de mi hermano Carlos, el de Pepita, que se casan... El, sin interrumpir siquiera antiguas relaciones con otra mujer, ella, enterada de todo, sin importarle nada, se casan por casarse, por disponer de una fortuna, por ser dueños de una casa bien puesta, en que recibir á sus amigos y lucir en sociedad... ¿Y Turito? Ya le has oído, dispuesto á casarse conmigo; alega como mérito que todo lo comprende y de nada se asusta, y más que un matrimonio propone una complicidad... Y tú, tan inteligente, con tu gran corazón, ¿qué pensarás de esos que se acercan á ti para decirte, poco más ó menos: «Me gusta usted mucho, estoy loco por usted; pero... cásese usted con otro?» Así se ofrecen á nosotras, y con distinto deseo, del mismo modo nos insultan con sus palabras, nos insultan solo con mirarnos .. ¿Y esa es la gente que no puede creer en un sentimiento noble porque no es capaz de sentirlo?... ¿Que es peligrosa mi amistad con Enrique? Ya lo sé; el peligro de que lleguemos á comprender que la verdad de nuestro cariño vale más que las mentiras que nos rodean, imponiéndonos el sacrificio de nuestro corazón... ¡El peligro de quererse demasiado! Un cariño que todo lo vence, que

á todo se sobrepone... Si es ese el peligro que me amenaza, dime si hay corazón de mujer que huya de ese peligro...

CASILDA

Sí, Nené, debes huir, porque si en un momento de pasión te olvidaras de todo, ¿quién te dice que ese cariño verdadero, por ser verdadero, ha de ser eterno? Y el día que ese cariño te faltara, ¡cómo pesará sobre ti todo eso que ahora te parece que nada significa, tu familia, el nombre que llevas, respetos sociales... todo eso que tú llamas mentiras, pero que es nuestra vida desde que nacimos, que no puede dejar de serlo!... No juegues con tu corazón, no te creas más fuerte de lo que eres... Hay algo más triste que ser engañados con la mentira, ser engañados por la verdad... No creas al corazón, que cuando quiere solo sabe decir: para siempre, por siempre... considera lo que es la vida que con más crueldad, porque no engaña, solo sabe decir: nunca, nunca.

NENÉ

¡Nunca! Tienes razón. ¡Qué triste vida!

ESCENA VI

Dichos, PEPITA, CARLOS y el MARQUÉS DE CAÑAVERALES

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Sin consultar con tu madre no puede ser, no acepto esa responsabilidad... no quiero oir á tu madre.

PEPITA

Pero papá, ¡qué tontería!

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Nada, nada. ¿Dónde está tu madre?

PEPITA

(A Nené.) Hay que venir á buscaros; os habíais propuesto desairarnos esta noche. Todo el mundo pregunta por vosotras.

CASILDA

Y nosotras aquí, charla que te charla...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Es impropio de vuestra edad ese retraimiento... Es que Nené no nos quiere, no nos mira como de la familia.

NENÉ

¡Pobre de mí!

CARLOS

Eso no; es que ahora nos ha dado por tratar de asuntos serios á todas horas. Altos problemas morales y sociales... El mejor día acabaremos por escribir novelas como cualquier solterona inglesa. ¿Discutíais las bases de alguna sociedad ó liga feminista?

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

¡El feminismo! No es que yo me ría del feminismo; en principio no debe uno reirse de nada; pero el feminismo es como todo, aceptable en algunos aspectos, inadmisible en otros, es como el socialismo, como...

CARLOS

(A Pepita.) Si toma la palabra tu padre... ¿No quieres tomar un helado, Pepita?

PEPITA

¡Ya lo creo! Me muero de sed.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

¿Un helado? De ninguna manera, no debes tomar helado, es una imprudencia. Carlitos, acostumbra á Pepita á que te obedezca, á ver si hace más caso de ti que de su padre... dile que no debe tomar helado.

PEPITA

Porque lo diga él, ¿ve rdad? como diciéndolo tú...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

En primer lugar, un helado no quita la sed y se explica; cuanto mayor es la diferencia de temperatura entre...

PEPITA

No seas pesado, papá; para todo has de largar un discurso.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

De bastante me sirven los discursos. Es verdaderamente desconsolador, cuando se ha reñido batallas en el Parlamento, cuando ha obtenido uno verdaderos triunfos oratorios en asuntos políticos, que despues de todo, no me importaban, ver cómo en el seno de la familia, en mi propia casa, no haya podido conseguir una vez siquiera que mi mujer y mis hijos me hagan el menor caso... Es verdaderamente desconsolador, pero es la verdad.

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE, después la MARQUESA DE CAÑAVERALES y el MARQUÉS DE CASTROJERIZ

CASILDA

¡Enrique!... Pronto ha terminado la partida.

ENRIQUE

Y lo peor es cómo ha terminado; la Marquesa se ha enfadado conmigo...

NENÉ

¿Con usted? ¿Porqué?

ENRIQUE

Porque hice una mala jugada, según ella.

CASILDA

¿Ganó usted?...

ENRIQUE

Sí...

CASILDA

Es á lo que la Marquesa llama malas jugadas.

ENRIQUE

Dice que la desbaraté todo su juego. Ya empecé diciendo que no era gran jugador.

NENÉ

No haga usted caso, siempre le sucede lo mismo.

CASILDA

¡Chits, que vienen!... *(Entran la Marquesa y el Marqués de Castrojeriz.)*

MARQUESA

Así no hay juego posible; si una está confiada esperando un juego y le salen con otro juego... eso no es jugar.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Tranquilízate, fué una distracción... Le has dicho cosas...

MARQUESA

Cuando no se sabe jugar no se juega en sociedad, no se juega así con una señora...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

El no quería, le invitamos nosotros, y todavía nos enfadamos...

MARQUESA

No se te olvide que te debo veinticinco pesetas; á mí se me olvidará seguramente.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

(A Pepita.) Ahora puedes decirle eso á tu madre...

PEPITA

¡Qué tontería! Ya sabes lo que dice.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Pues yo no acepto la responsabilidad, Eulalia...

MARQUESA

¿Qué quieres?

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Pepita ha convidado á su boda á los de Moncada, y quiero que lo sepas para que no digas después que es cosa mía, porque son de mi familia.

MARQUESA

¿A Estefanía y á Guillermina? ¡Imposible!

PEPITA

No he tenido más remedio. Como me han convidado ellas... Me han prometido un abanico de concha y encaje que fué de su abuelita, dicen que lo han dado á componer y por eso no me lo han enviado ya. Un recuerdo de familia, ya ves, después de esa atención...

MARQUESA

¡El abanico de su abuela! Siempre que regalan algo dicen que fué de su abuela. ¡Un saldo de cosas viejas y rotas que habrán comprado!

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

¡Mujer, que son de mi familia!...

MARQUESA

Porque no te has descarado con ellas.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Aunque me hubiera descarado no dejarían de ser de la familia.

MARQUESA

Cuando se ha dado tanto que hablar no hay familia que valga. Sobre todo, si vienen ellas, ya sabes que no vendrá tía Lola, y supongo que no querrás disgustarla.

PEPITA

Pues yo las he convidado ya...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Entonces...

MARQUESA

Entonces, tú que eres de su familia y tienes confianza con ellas, les explicas los motivos que tienes para que no asistan, pero no vayas á decir los verdaderos motivos, porque tú eres capaz...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Entonces... No sé que motivos voy á decir.

MARQUESA

Cualquiera; pero como cosa tuya, no vayas á ponernos en ridículo.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Descuida, me pondré yo solo. *(A Enrique.)* La Marquesa es muy nerviosa, ya habrá usted comprendido... Ha estado usted muy prudente.

ENRIQUE

No vale la pena.

PEPITA

(A Nené.) Supongo que en el cotillón sí me ayudarás... Y que bailaremos.

CASILDA

Sí, bailaremos. ¿Verdad, Nené? Todos bailan, hay que entrar en la danza.

PEPITA

Como que es una ridiculez. ¿Tú crees que la gente no se ha fijado esta noche? Carlos me lo decía.

NENÉ

Puesta á fijarse, la gente ha podido fijarse en muchas cosas.

PEPITA

La gente se fija con preferencia en las novedades, y cuando son extraordinarias...

NENÉ

Es verdad; lo antiguo no tiene nada de extraordinario, no vale la pena de preocuparse. Por eso á ti te preocupan poco.

PEPITA

¿Porqué me dices eso? Yo te quiero como á una hermana.

NENÉ

Sí, por serlo no reparas en nada.

PEPITA

(Echándose á llorar.) ¡Nené, Nené!

CARLOS

¿Qué es eso?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Qué ocurre?

MARQUESA

¿Porqué llora Pepita?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Qué ha sucedido?

CASILDA

¡Por Dios, Nené!

PEPITA

Nada, nada. Nené no me quiere como yo á ella, le hablo con cariño y me contesta de un modo...

CARLOS

¿Qué le has dicho á Pepita?

NENÉ

Todos pueden molestarme con advertencias y con consejos que ni pido ni necesito y yo no puedo defenderme... Cuando me molesta la gente no puedo contestar: Dejadme tranquila, no quiero bailar esta noche, ya lo he dicho. ¿Tiene algo de particular? ¿Lo comenta la gente? ¿Necesita una explicación?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Estás muy nerviosa; mañana llamo al doctor. Vamos, ven conmigo, pide perdón á Pepita...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Yo creí que era la única de la familia con quien simpatizaba, porque á los demás ya sé que nos quieres muy poco...

MARQUESA

Es una ingrata. Nosotros, que solo deseábamos que fuera también nuestra hija...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Haber celebrado en un mismo día las dos bodas. ¡El pobre Turito estaba tan ilusionado!

MARQUESA

Lo estará siempre. Era su ilusión desde chiquitito, como no nos oía otra cosa...

PEPITA

(A Carlos.) Le dije lo que hablábamos antes, que todo el mundo se fija, que sé pone en ridículo...

CARLOS

No es á ella á quien hay que advertir. Nené ha tomado en serio su carácter de hombrecito y por dársela de despreocupada... No hay que hacer caso. Yo hablaré con Enrique y verás qué pronto concluye esto.

PEPITA

No vayas á tener un disgusto.

CARLOS

¿Porqué? ¡Qué disparate, no somos dos chiquillos!

CASILDA

(A Nené.) Vamos, Nené; tu padre nos encargó que inspeccionáramos el comedor. Después bailaremos... Y á vivir... Nené, á vivir... Si no como se quiere, como se pueda... Vamos... *(Salen Nené y Casilda.)*

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Claro está, son los nervios.

MARQUESA

Y luego, esa chica, por lo mismo que no tiene madre en una edad tan crítica, ya debía haberse casado. Y tú debías aconsejarla. Tu hija tiene un carácter muy independiente que puede hacerla muy desgraciada.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Si yo lo comprendo. ¡Figúrate el día que yo la vea casada! ¡Qué tranquilidad para mí!

MARQUESA

Esta noche, verdaderamente... primero en el salón hablando todo el tiempo con Enrique, sin querer bailar, sin atender á nadie, después desaparece y nadie vuelve á verla... Y ahora ya ves qué escena. ¿Qué fué lo que le dijiste, Pepita?

PEPITA

Nada; no hablemos más de esto. No digáis nada á Nené; esta noche Carlos hablará con Enrique y concluirán esas tonterías, esa amistad romántica. Vamos, vamos. *(Salen todos menos Enrique y Carlos.)*

ESCENA VIII

ENRIQUE y CARLOS

CARLOS

Comprenderás mi intención al hablarte de este modo. No es que yo dude de ti; fuí el primero en invitarte para que no dejaras de frecuentar nuestra casa como antes, como siempre.

ENRIQUE

Ya ves si yo tenía razón al negarme á volver aquí.

CARLOS

Sabiendo la verdad, yo esperaba que mi hermana vería en ti un buen amigo, que no había inconveniente en que siguieras visitando nuestra casa, sin tener que dar

explicaciones á la gente, que de todo murmura. Pero Nené ha creído que basta con estar seguro uno mismo de su conducta para que los demás la juzguen irreprochable... Se vive de las apariencias, por ellas se juzga y por ellas se estima. Vosotros, en vuestra conciencia, estaréis muy seguros de vuestra amistad, pero los demás no podemos estarlo. Es como en el circo, cuando se ve un ejercicio peligroso, el artista sonríe porque está seguro de su habilidad, pero el público está con el alma en un hilo... Y amistad entre hombre y mujer, llevada á ese extremo, es un equilibrio muy peligroso... y el corazón es mal equilibrista.

ENRIQUE

Tienes razón; el corazón es muy traicionero; ocultando sus propios sentimientos nos lleva donde quiere. Que tu hermana y yo nos queremos... no es posible negarlo... La verdad confesada por mí lealmente pudo hacer que cambiara de nombre nuestro cariño, pero no que dejáramos de querernos. Era amistad, amistad... sí... nuestro corazón no le daba otro nombre, y éramos dichosos, porque la amistad nos unía... y el corazón esperaba... Es cierto, es cierto... esperábamos de la casualidad ó de nosotros mismos... esperábamos lo que hubiera llegado fatalmente, un momento de pasión, de olvido, lo inevitable... Y no hubiera sido culpa nuestra... Nunca nos hubiéramos visto, nunca nos hubiéramos querido... Pero la crueldad de la vida es así... No le basta con decirnos: nunca seréis felices. No; nos muestra lo que puede ser nuestra felicidad para decirnos cruelmente: esa es, ahí está... pero ya es tarde, ya es imposible.

CARLOS

¡Hubiérais sido tan dichosos!... Pero es la vida...

ENRIQUE

Me despedirás de todo el mundo... No, no me detengas otra vez en nombre de las conveniencias sociales. Si murmuran, que murmuren; si comentan, que comenten. No volveré á esta casa. Tan pronto como pueda me iré de Madrid. No volveré á veros, no me escribáis siquiera, no quiero saber nada. Un abrazo, Carlos, un abrazo de tu hermano del alma... del alma... Debíamos serlo... Adiós, Carlos.

CARLOS

Adiós, Enrique. *(Sale Enrique.)*

ESCENA IX

CARLOS, NENÉ, PEPITA, CASILDA, BEATRIZ, MARÍA TERESA, TURITO, JAIME y ALBERTO. Hablan á un tiempo.

TODOS

¡El cotillón, el cotillón!

PEPITA

Aquí están los juguetes. Vamos, ayudadme.

MARÍA TERESA

¿Hay muchos?

BEATRIZ

¿Hay figuras nuevas?

CASILDA

Para vosotros hay unas caretas de monos... muy parecidas...

TURITO

Vosotras no necesitáis careta.

ALBERTO

Vamos á verlas.

JAIME

Yo con tal de ocultar mi calva prematura...

PEPITA

Llevaremos todo al gabinete azul. Vamos, Carlos. Los señores graves están en el comedor; luego pasaremos nosotros, y en seguida empezaremos el cotillón.

NENÉ

¿Y Enrique?

CARLOS

Se ha despedido. Y esta vez para siempre.

NENÉ

Por ti, por ti. ¿No es verdad? Tú le has dicho...

CARLOS

Lo que debía decirle, lo que él ha comprendido.

NENÉ

Sí; os asustaba nuestra amistad, porque no podíais creer en ella, porque no podéis creer en nada noble y honrado. Y has sido tú, tú...

CARLOS

Sin voces, sin escenas. No he sido yo. Es él quien ha comprendido que los sentimientos no se disfrazan con palabras. Amistad, amistad... Tú no quieres ó no sabes

comprenderlo, pero lo hubieras comprendido demasiado tarde. El sí ha visto claro en su corazón. Huye de ti para siempre porque te quiere con toda su alma, ya lo sabes. Y comprende que tarde ó temprano... En fin... ya lo sabes... Ni una palabra más.

NENÉ

¿Te ha dicho?... (*Carlos entra en la «serre». Turito, Jaime y Alberto se han puesto unas caretas de mono. Todos ríen.*)

TODOS

¡Nené, Nené! ¡Qué graciosos! ¡Al cotillón, vamos, vamos!... ¡Vamos, Nené!

NENÉ

¡Con toda su alma!... ¡Tarde ó temprano!... ¡Voy, voy! ¡Con toda su alma!... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA PRIMERA

Don JUAN MANUEL y ROMUALDO.
Juegan á las cartas.

JUAN MANUEL

Veinte en copas.

ROMUALDO

¿En copas?

JUAN MANUEL

Sí, en copas, en copas; ¡sabré yo lo que digo!

ROMUALDO

Bien está.

JUAN MANUEL

Y juego de ellas. ¿Qué echas ahí?

ROMUALDO

El caballo de copas.

JUAN MANUEL

Es verdad, había cantado las veinte con el caballo

de espadas. ¿En qué estaría yo pensando? Haz cuenta que no he cantado las veinte. Pero tú no me acusas las cuarenta. Arrastro. . Vuelvo á arrastrar... Oye. ¿A qué hora tomé el chocolate?

ROMUALDO

¿El segundo chocolate?

JUAN MANUEL

¡Ah! ¿Pero he tomado dos veces chocolate?

ROMUALDO

Sí, señor, sí; dos veces. Como aquí no hace el señor más que lo que quiere... Hasta que tengamos un disgusto.

JUAN MANUEL

¡Disgusto, disgusto! Ya ves como estoy mucho mejor. Como que allí no me dejaban vivir. Me hubieran matado.

ROMUALDO

No diga esas cosas, señor. La pobre señorita Carolina está que se muere de pena. A cualquiera que se le diga que ha salido usted de su casa, de casa de una hija...

JUAN MANUEL

¿Y qué? Yo no tengo la culpa. ¿Era modo de tratarme? Lo que hay es que tú estabas allí más á gusto porque mangoneabas en todo y me tenías en un puño, y aquí no te vale... ¡fastídiate! ¡Bastante he aguantado!... Aquí no te vale; mi Nené defiende siempre á su abuelito. Mi Nené es la única persona que me quiere en el mundo. Se lo dejaré todo, y á los demás nada, para que rabien. Tú también rabiarás.

ROMUALDO

Bueno, señor, deje ahora eso. ¿Concluímos el juego?

JUAN MANUEL

No quiero jugar. Venga mi dinero. ¿Dónde está mi dinero? ¿Ya lo has cogido tú?...

ROMUALDO

Señor, si lo guardó usted en el bolsillo. Mire usted.

JUAN MANUEL

Sí... aquí está. ¿Y Nené? ¿Dónde está mi Nené?

ROMUALDO

Encerrada en su cuarto. Después del disgusto... Como no quiso ir á la boda...

JUAN MANUEL

¿Qué boda?

ROMUALDO

Ya no se acuerda.

JUAN MANUEL

¡Ah! Sí. Pero, ¿era hoy la boda?

ROMUALDO

¡Ya lo creo! El señorito estaba muy guapo con su uniforme do maestrante. La boda es en casa de la novia, en la capilla... Les echa las bendiciones un Obispo. Después tienen almuerzo. ¡Pero ya ve usted qué disgusto!... La señorita no ha querido ir, por más que el señor se puso por las nubes, y el señorito Carlos y todos... *(Nené ha salido y oye las últimas frases.)*

ESCENA II

Dichos y NENÉ

JUAN MANUEL

Tendrá razón; mi Nené sabe lo que hace.

NENÉ

No, abuelito; tu Nené no sabe lo que hace; tu Nené no sabe lo que le pasa.

ROMUALDO

¡Señorita!

NENÉ

Vete, Romualdo. Yo acompañaré al abuelito. *(Sale Romualdo.)*

JUAN MANUEL

Sí, ven aquí, á mi lado.

NENÉ

Estoy muy triste, abuelo; tu Nené está muy triste.

JUAN MANUEL

¿Porqué estás triste? ¿Quién tiene la culpa? ¿Tu padre? ¿Carlitos? ¿Quieres que nos vayamos los dos de esta casa? Los dos solitos... y les dejamos á todos. ¡Qué bien! Romualdo tampoco vendrá... Estoy de él... Estoy seguro de que le cuenta á Carolina todo lo que hago en vuestra casa... Y siempre me lleva la contraria... ¿Pues no quiere decirme que era mejor la cocinera de allí que la vuestra?... No lo creas... Allí no podía yo comer... Así estaba yo; si no me escapo me muero, me muero.

NENÉ

Eso no, abuelito. Ahora estás con nosotros todo el tiempo que tú quieras, para variar... Pero ya ves que tía Carolina está muy triste y puede creer que nosotros tenemos la culpa.

JUAN MANUEL

¿Os estorbo también? Bueno, me iré, me iré. No sirve uno más que de estorbo; los hijos, los nietos... ¡Todos iguales!... Y tú, tú, mi Nené.

NENÉ

¡Por Dios, abuelito! No llores. Yo que venía á contarte mis tristezas. Necesito contárselas á alguien. Me muero de pena, abuelito, me muero.

JUAN MANUEL

¿Porqué? ¿Qué tienes? Cuéntamelo todo. ¿Es cosa de amores? Confiésate con el abuelito. Vamos á ver, ¿quién es ese pícaro? ¿Es que no te quiere? ¿Es que á tu padre no le parece bien? Cuéntamelo todo. Tú verás cómo yo lo arreglo... ¡no faltaba más!

NENÉ

No, no... Nadie puede saberlo, no quiero saberlo yo misma... Pero le quiero, sí, le quiero con toda mi alma... Yo no pensaba, yo no creía que se pudiera querer así... Y él me quiere lo mismo; sin verle, sin saber de él, lo siento, siento su vida cerca de mí... No, no podemos dejar de querernos... Es nuestra vida... Sí, abuelito, perdona á tu Nené, pero yo no puedo vivir sin su cariño... Yo no sabía querer... Para mí, todo el cariño que puede tenerse en la vida era... el de esta casa, el de mi padre, el tuyo, sobre todo, que me hablaba más de mi madre...

Cariño bastante para mi corazón de niña... No comprendía más, no comprendía que pudiera quererse de otro modo... Otro cariño... eso que llaman amor... me parecía un nombre que no respondía á un sentimiento... En tampoco estimaba á los que me hablaban de amor, que de veras llegué á creer que el amor... era el nombre del pretexto para casarse cuando conviniera... ó para disculpar extravíos que yo tampoco comprendía. Pero sin pensarlo, fué otra vida de pronto, fué sentir alegría y tristeza que no había sentido nunca, por una palabra suya, por una mirada... solo por verle... Y querer penetrar en su corazón... y querer decirle todo lo que el mío sentía... y al verle... callar... y al no verle... desear que volviera para decirle todo lo que había callado. ¡Y he callado tanto y él no vuelve!... ¡Y no puedo vivir sin él, no puedo... mi corazón es suyo, mi vida es suya!... Y lo que él quiera será de mi vida... ¡Vendrá, abuelito, vendrá... Yo le he llamado, vendrá... Defiende á tu Nené, salva á tu Nené!... ¡Se ha dormido! ¡Dormido! No oyó nada... nada... Mi corazón buscaba un refugio en este cariño santo... Y mi corazón habló como siempre... Sin que nadie le oyera, sin que nadie pueda responderle.

ESCENA III

Dichos y CASILDA

CASILDA

¡Nené, Nené! ¿Dónde está?

NENÉ

¡Casilda!

CASILDA

Me dijeron que estabas encerrada en tu habitación; no te encontré. ¿Cómo estás? ¡Ah! Tu abuelito. Está dormido...

NENÉ

Sí, se duerme como un niño. Yo le contaba cuentos... como á los niños, y se quedó dormido. ¿Y qué es esto? ¡Tu aquí! ¿Ha terminado la ceremonia?

CASILDA

Sí, ya están casados... ¡Dios les haga felices! Todo el mundo ha corrido á cambiarse de traje para el almuerzo; la novia la primera, porque ya se sabe, el día de la boda la novia tiene que hacer de Frégoli. Como decía una criada de casa, hablando de una boda de rumbo entre artesanos: «¡Ay, señorita! ¡Qué lujo; la novia tres trajes... traje de boda, traje de café y traje de Vivero!»

NENÉ

¡Siempre de humor!

CASILDA

Esto no es nada. Ya te contaré. La boda graciosísima. Pepita muy serena; más que tu hermano. Eulalia ha llorado un poquito, pero la más patética ha sido Isabel; se ha desmayado; hemos tenido que darle azahar, agua por supuesto, no ha querido ser menos que la novia. ¡Y qué traje! Un hallazgo. Entre gala y medio luto. Las de Maseda, en cambio, ¡cómo se han presentado! De mantilla blanca con claveles encarnados; unos trajes de raso en *libertá*, como dice también mi criada. Más que á una boda parecía que iban á una corrida de Beneficencia: como tienen tan mala intención hay para escamarse. Pepita quería que no me separara de ella,

que me vistiera en su casa; pero yo no quería dejar de verte; me vestí corriendo y aquí me tienes. No me atrevo á decirte nada, pero puedes suponer si se ha comentado tu ausencia... ¡Has hecho una locura! Tú no sabes lo que es la gente; todo lo tolera, todo lo perdona, menos que se la desprecie, que sé la desafíe; quieren que vivamos con su permiso, de su tolerancia ó de su compasión. Pero aparte la gente, tu pobre padre me ha dado mucha pena. Me lo decía casi llorando: «Yo no quiero decirla una palabra, pero si viniera al almuerzo, si nos diera esa satisfacción...» Y debes venir, Nené, debes venir. Yo soy tu amiga, te aconsejo lealmente. ¿Qué te propones? Carlos y Pepita están ya casados, muy á su gusto y á gusto de todos. Llevan mucho adelantado para ser dichosos; no llevan ilusiones, mal pueden perderlas. ¿Qué adelantas con significarte no asistiendo á la boda?

NENÉ

No, si no protesto, si nada me importa, si tienen razón. Es que no quiero ver á nadie, es que no tengo fuerza para fingir delante de la gente, es que quiero estar sola, porque la única esperanza de mi vida es verme sola, sin que nadie pueda pedirme cuenta de mi vida; disponer de mi corazón libremente... Ser suya, suya para siempre, sea como sea, y cuando en mi corazón solo habla, solo vive este cariño inmenso, que nadie á mi alrededor puede hablarme de nada que pueda sobreponerse á este cariño... Y sois todos; mi padre, con lágrimas en los ojos, en nombre de mi madre santa; mi abuelito, solo con su presencia, que me habla del respeto que debo á su nombre, el nombre de mi familia. Tú, mi amiga del alma, que sin hipocresía, con verdadero cariño, me dices el respeto que me debo á mí misma. Todo, todo pesa sobre mi corazón y le sujeta á

pesar mío... ¡Ah, si no oyera á nadie, si no viera á nadie!... ¿Crees tú que no sería muy dichosa?

CASILDA

¡Pobre Nené! No has podido olvidarle. Él tampoco, ¿verdad? ¿Lo sabes?

NENÉ

¡Sí, lo sé! Ya verás. Sin vernos, sin saber uno de otro... estamos seguros de nuestro cariño. Yo sé que piensa en mí siempre, que no intenta siquiera olvidarme, porque sabe que yo no puedo olvidarle.

CASILDA

Juraría haberle visto en la calle, cerca de casa de Pepita. Tal vez esperaba verte.

NENÉ

No; sabía que yo no iba.

CASILDA

¡Ah! ¿Lo sabía? ¿Por ti?

NENÉ

Sí; no quiero engañarte... Y hoy le veré, dentro de poco...

CASILDA

¿Qué vás á hacer?

NENÉ

No temas... Aquí, en mi casa... Es por última vez ó para siempre. Mi corazón es suyo; que él disponga de mí.

CASILDA

¡Nené! ¡Es una locura!

NENÉ

¡Locura! Me confío á su lealtad, á su corazón. Si me quiere como yo le quiero, su cariño será la verdad de mi vida. Vence el cariño... pues á quererse para siempre, para toda la vida. Vence el deber... si el deber es que no debemos querernos, pues aceptaré el sacrificio y viviré resignada para su recuerdo. Viviré para rezar para hacer bien; para algo tan grande como este cariño... para lo único que puede vivir una mujer como yo, que no es capaz de vender su corazón ni su conciencia para olvidar que pudo ser feliz en la vida, y por cobarde ó por fuerte... ¿qué sé yo, quién lo sabe? renunció para siempre á la felicidad.

JUAN MANUEL

(Despertándose.) ¡Nené, Nené! ¿Quién está? ¡Ah, sois vosotras!...

CASILDA

Se ha despertado...

NENÉ

¡Abuelito! ¡Buen sueño has echado!

JUAN MANUEL

No lo creas. Lo he oído todo, todo lo que me has dicho, y no debes de estar triste; serás muy dichosa porque eres muy buena. Convenceremos á tu padre, te casarás con quien tú quieras, no como tu hermano. Y á tu boda iré yo, de uniforme, con todas mis cruces y mis bandas... ¡Ya verás, ya verás!...

NENÉ

¡Abuelito, abuelito!

JUAN MANUEL

Oye. ¿A qué hora almorzamos hoy? Como no he tomado chocolate...

NENÉ

Es muy temprano todavía... Hoy almorzaremos los dos solos... ¡Nos han dejado solos!...

JUAN MANUEL

¡Mejor, mejor!

CASILDA

Calla... Oigo á tu papá y al Marqués... Eso es que vienen por ti... No les disgustes.

NENÉ

¡Qué tormento!

ESCENA IV

Dichos, el MARQUÉS DE CASTROJERIZ y el MARQUÉS DE CAÑAVERALES

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Casilda! Muchas gracias. Ya veo que quieres á Nené... Has venido...

CASILDA

Ya ve usted, á convencer á Nené de que debe acompañarnos.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Casilda te dirá el deplorable efecto que ha causado tu ausencia.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Yo no digo nada... No quiero decir nada .. Por mí no hubiera venido. Ha sido un desprecio que por mi parte podría perdonar... Pero se trata de mi hija... Está inconsolable. Este día, que debía ser el más feliz de su vida, es un día de llanto y de desolación. Tu dirás si Pepita merece ser tratada de esta manera... Es tu hermana.

NENÉ

Yo dejé de ir á la boda porque no estoy buena... estoy muy nerviosa... nada más. Quiero á Pepita, y ella no tiene la culpa de nada... Pero dejadme, déjenme ustedes, se lo suplico...

JUAN MANUEL

¿Qué tienes, mi Nené? No hagas caso de nadie... Tú, conmigo, los dos solitos...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Solo te faltaba el abuelo!

JUAN MANUEL

¡Ah, el abuelo!... El abuelo tiene la culpa de todo. ¡Pobre de mí!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Estamos bien!... ¡Si cuando empieza un día!...

JUAN MANUEL

¡Me iré, me iré! ¡Soy un estorbo en esta casa! Ya oyes á tu padre, yo tengo la culpa de todo, de todo... ¡Romualdo, Romualdo! ¡Me iré, me iré!...

NENÉ

¡Abuelito!

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Pero papá Manuel... (*Entrando Romualdo.*)

ROMUALDO

¿Qué mandan los señores?

JUAN MANUEL

Mi equipaje. Nos vamos á casa de la señorita Carolina... en seguida... en seguida... Me han echado de aquí...

ROMUALDO

Pero señor...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No haga usted caso.

ROMUALDO

¿Qué va á decirme el señor Marqués? Vaya, señor, venga conmigo, dígame todo lo que le pasa.

JUAN MANUEL

Tenías razón... Nos vamos, nos vamos...

ROMÁN

Sí señor, sí; nos iremos. (*Bajo al Marqués.*) Sí, se le pasará...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No, no importa que no se le pase.

JUAN MANUEL

Ya lo ves, Nené; tu padre dice que yo tengo la culpa... No puedo estar aquí... Me iré, me iré... (*Salen don Juan Manuel y Romualdo.*)

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

No hagan ustedes caso... Siempre está así...

CASILDA

¡Por Dios, Marqués... á su edad... ya sabemos cómo está el pobre!

NENÉ

¡Pobre abuelito!

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Con que Nené, yo nada te digo: Pepita y Eulalia querían venir á buscarte, pero había gente en casa para el almuerzo... No puedes figurarte el disgusto que tienen... ¡Si hubiéramos sabido!...

CASILDA

Déjenla ustedes... Yo la convenceré... Irá al almuerzo... Pero es verdad, Nené no está buena... Una temporada fuera de Madrid la convendría mucho...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Ese es mi tema, pero no puedo con la dichosa boda.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

¿Qué quieres decir con eso de dichosa?

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Nada, hombre. No sé qué quieres que diga.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Como he notado que siempre que hablas de la boda dices lo mismo... esa dichosa boda... En un tono... ¿Porqué es dichosa?, vamos á ver.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¿Pero qué tono ni?... Es un modo de decir... ¡Dichosa!... No creo que tenga nada de particular.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Es que si alguno podía decir algo de la boda... seríamos nosotros... Si crees que la boda nos satisface...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Pues, señor, quisiera yo saber á gusto de quién ha sido la dichosa boda.

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Si las cosas se hicieran dos veces...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Si se pensara una siquiera!...

CASILDA

¡Señores!...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

¡Ay, hija mía! Estamos todos nerviosos. Ya lo ves, Nené, por ti.

CASILDA

La ceremonia ha estado brillante. ¡Qué plática más sentida ha pronunciado el Obispo! ¡Qué buen señor parece!

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Excelente. Muy campechano y muy abierto al espíritu moderno, muy liberal, como me gustan á mí los reaccionarios. A mí me quiere mucho, como yo á él; á pesar de mis ideas políticas respeto todas las tradiciones. Es lo que él dice: «Querido Marqués, parece usted de los nuestros»; así me gustan á mí los liberales.

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Así nos gustamos todos tanto... Como ya no hay ideales, ni principios, ni...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Con que, Nené, por última vez, ya ves que Joaquín ha venido á rogarte.

CASILDA

Irá conmigo, ¿verdad, Nené? Ya no te dejo, no debo dejarte... Tengo miedo por ti... Vayan ustedes...

MARQUÉS DE CAÑAVERALES

Turito también quería venir. ¡Pobre Turito! Para él este día ha sido muy triste, cuando piensa que también para él pudo haber sido de felicidad...

CASILDA

¡Marqués!...

MARQUÉS DE CASTROJERIZ

Vamos; Casilda es muy buena, veréis cómo la convence...

ESCENA V

NENÉ y CASILDA

NENÉ

¡Ah! ¡No me dejarán! ¿Qué falta les hago? ¿Para qué me quieren? Si no es que proteste, si lo acepto todo, esa farsa de boda en que todos se engañan y todos son cómplices. Ya lo has oído. No serán más felices, ni más ricos siquiera; se han unido dos vidas insignificantes, dos

aburrimientos. ¡Y dirán que han constituído una familia? ¡Tendrán hijos, nodrizas y ayas cuidarán de ellos! ¡Sangre de extraños, espíritu de extraños! ¡Otra familia como las nuestras! Unida por el nombre, por recuerdos, porque así vivieron los padres y así vivieron los abuelos... y otros antes... y así quieren que vivamos nosotros, encadenados á lo que fué, á sus conveniencias, á sus respetos, á su vida de siempre. En vez de comprender ellos la nuestra, de facilitar nuestro camino hacia lo porvenir, que es la verdadera vida, la única por la que se lucha, la única porque se vive.

CASILDA

¿Porqué sabes tanto, Nené? ¿Porqué te has dado á pensar tanto? ¿Porqué has querido ser un hombrecito? Si todo eso que dices te parece verdad, no porque lo piensas, sino porque es la disculpa de lo que quieres.

ESCENA VI

Dichas y un CRIADO

CRIADO

Señorita, este caballero desea saludar á usted. Dice que la señorita ya sabe...

CASILDA

Es...

NENÉ

Sí... Que pase...

CASILDA

Nené... Es una temeridad. No te dejo.

NENÉ

Quiero saber la verdad, busco la verdad.

CASILDA

¿En tu corazón? Puedes perderlo.

NENÉ

No, en su corazón. La única que puede salvarme... Déjanos... *(Sale Casilda.)*

ESCENA VII

NENÉ y ENRIQUE

NENÉ

¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE

Aquí estoy... Como llegó á mí tu carta llamándome á tu lado, vengo aquí sin pensar en nada, olvidándolo todo, como tú me has escrito, porque no puedo vivir sin ti... ¿No es eso lo que quieres decirme? ¿No es esa la verdad que nos une para siempre?

NENÉ

¡Enrique, Enrique! Sí; mi vida es tuya... Solo tú puedes salvarme y defenderme. Todo lo olvido por ti, nada me acobarda; pero dime que tú no debes olvidarlo, dime si hay algo en el mundo que valga más que nuestro cariño y podré creerlo... Sé fuerte por los dos, para querernos ó para luchar contra nuestro cariño; dime lo que siente tu corazón. ¿Qué quieres que sea de mi vida? De

ti lo acepto todo. . Tu cariño para siempre... El sacrificio de nuestro corazón, el de mi vida, todo, todo... lo que tú quieras, lo que tú digas; pero cariño, olvido, alegría, tristeza, vida ó muerte... de ti solo, por ti solo, por ti. ¡Mi vida es tuya!

ENRIQUE

Y al oirte, ¿crees que haya nada en el mundo que pueda compararse á esta felicidad? La vida entera por este instante de mi vida. No hay tristeza que no quede compensada; no habrá alegría que pueda ser mayor que esta alegría. Por eso me asusta, sí, Nené... Soy yo el cobarde, el que tiembla por ti, el que te estrecha entre sus brazos y sus brazos tiemblan porque saben que estrechan la felicidad y temen destrozarla... Sí, Nené, tú lo dices, soy yo el que debe ser fuerte, luchar por los dos, vencer. ¿Y cómo? ¿Qué razones contra nuestro cariño? Te diré... lo que tú habrás pensado también... lo que nada ha podido para evitar que nuestro cariño pueda más que todo... Sí, yo quiero pensar, decirte que la vida no es hoy, ni mañana; son muchos días muy largos y muy tristes... que no debo sacrificar hoy tu vida cuando no puedo responder de mañana. Mañana será mi cariño, mi cariño por siempre, pero acaso será tu tristeza, lejos de todo lo que fué tu vida, en lucha contra todos... Piensa, Nené, en tu padre, en tu familia, en tu posición, el respeto que te rodea... En cuanto sacrificas por mí y que yo acaso no merezco, en que puedes hallar otro cariño más digno de ti... en lo que yo no quiero leer nunca en tus ojos, una tristeza, un remordimiento por mi culpa... porque mía sería la culpa, mía solo, eso sí, porque tú lo dices, soy el fuerte, el que debe luchar por los dos, el que debe vencer este cariño que, sin darnos cuenta, te ha traído á mis brazos, ¡pobre niña, que no sabe

mentir, que entrega su pureza con más lealtad que otros la defienden!... Pero yo sería cobarde, infame, si no te arrancase de mis brazos para decirte... lo que has oído... Piénsalo, Nené, piensa; razona como yo... ¡Mentira, mentira! ¡Sí, solo deseo que mis razones nada valgan, que solo me responda tu corazón, sin pensar en nada, como me llamaste, como yo he venido, para querernos siempre, siempre... ¿No es verdad, Nené, no es verdad?

NENÉ

¡Siempre, siempre!

ENRIQUE

¡Juntos, juntos! Hoy mismo.

NENÉ

¡Dios mío!

ENRIQUE

¿Tiemblas? ¿Te falta valor?

NENÉ

Ahora sí... No para quererte... Pero mi padre... mi casa... No puedo, no puedo... No soy el hombrecito... mi corazón no es fuerte para luchar... luchar contra todos...

ENRIQUE

Entonces...

NENÉ

Ya sé que nada vale más que nuestro cariño, es la única verdad de nuestra vida y lo será, lo será siempre. Tuya mi vida... tuya para siempre. ¡Silencio!... ¡alguien viene! Que no te vean... que no te encuentren... Sal por aquí... al jardín .. Luego... ya sabes.

ENRIQUE

¿Quién es?

NENÉ

No sé... Que no te vean. Es nuestro primer engaño... No será el último... La mentira para todos... la verdad solo nuestra. Toda la vida para querernos... Hasta mañana, Enrique...

ENRIQUE

Hasta mañana.

ESCENA ÚLTIMA

NENÉ, CASILDA, PEPITA y la MARQUESA DE CAÑAVERALES

NENÉ

Eulalia, Pepita... ¿Venís por mí? Sois demasiado buenas... Perdonadme.. Tenéis razón... fué una locura... Un béso, Pepita; el primero de hermana; voy á vestirme; voy con vosotras. Venid, venid... No sé qué traje ponerme... Quiero ir muy elegante, vosotras me diréis.

MARQUESA

¿De modo que vendrás?... Así me gusta.

PEPITA

Ya decía yo... Si Nené es muy buena, por eso no he dudado en venir... Vamos, vamos pronto, que no esperen los invitados...

NENÉ

No.. no... Me visto en seguida, venid conmigo.

CASILDA

¿Qué te sucede?... ¿Qué te sucede, Nené?... ¿Qué ha sucedido?...

NENÉ

Nada... que he aprendido á vivir... como todos... y ya lo ves... acepto la vida... *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

MADEMOISELLE DE BELLE-ISLE

COMEDIA DE A. DUMAS (PADRE) EN CINCO ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Gran Teatro Calderón de la Barca,
de Valladolid, el 29 de Octubre de 1903,
por la Compañía de Don Francisco Morano.

TRADUCCIÓN

REPARTO

ACTORES	PERSONAJES
GABRIELA DE BELLE-ISLE.	Srta. Moreno.
MARQUESA DE PRIE.	Sra. Lasheras.
MARIETA..	Srta. López-Burillo (I).
CABALLERO DE AUBIGNY.	Sr. Morano.
DUQUE DE RICHELIEU. . .	» Viñas.
DUQUE DE AUMONT.	» Ramírez.
CABALLERO DE AUVRAY.	» Ruiz Tatay.
CHAMILLAC..	» Florit.
GERMÁN..	» Cernadas.
UN LACAYO..	» Aguado.

MADEMOISELLE DE BELLE-ISLE

ACTO PRIMERO

Un salón.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA DE PRIE y MARIETA, abriendo una porción de cartas.

MARQUESA

No leas más que la firma, sé de memoria todo lo que pueden decir esas cartas.

MARIETA

La señora Marquesa está hoy muy indiferente.

MARQUESA

¿No comprendes que todas estas protestas de amor no se dirigen, ni á la hija del tratante Pleneuf, ni á la mujer del Marqués de Prie, sino á la favorita del Duque de Borbón, sucesor del Regente y primer ministro de Su Majestad Luís XV? ¡Quema, quema!...

MARIETA

Monsieur de Noré...

MARQUESA

Quema.

MARIETA

Monsieur de Duras...

MARQUESA

Quema.

MARIETA

El Duque de Aumont...

MARQUESA

Quema.

MARIETA

¡Lástima que tanto amor se convierta en humo!

MARQUESA

¿No hay más?

MARIETA

No hay más.

MARQUESA

¿Ninguna del Duque de Richelieu?

MARIETA

Ninguna.

MARQUESA

¡Es extraño!

MARIETA

La señora Marquesa me permitirá decirle que me tiene intranquila.

MARQUESA

¿Porqué?

MARIETA

Porque la señora Marquesa está en peligro de enamorarse de verdad.

MARQUESA

¿Del Duque?

MARIETA

Del Duque.

MARQUESA

¿Tú lo crees?

MARIETA

Lo temo. En vuestro lugar me pondría en cura.

MARQUESA

¿En qué has notado que estoy de peligro?

MARIETA

En los síntomas: inquietud cuando no hay carta suya, indiferencia cuando hay carta de los demás; desde hace tres semanas fidelidad completa. La enfermedad está en el tercer grado, último período.

MARQUESA

¿Y si yo te dijera una cosa que te sorprendería?

MARIETA

¿Qué es ello?

MARQUESA

¡Curiosa!...

MARIETA

Perdone la señora Marquesa, pero hace tiempo que no me sorprende nada.

MARQUESA

Pues bien, el Duque me es fiel.

MARIETA

Me permitirá la señora Marquesa que lo dude.

MARQUESA

Dúdalo si quieres. Yo estoy segura.

MARIETA

¿A pesar de su viaje á París?

MARQUESA

A pesar del viaje.

MARIETA

¿La señora Marquesa le ha dado algún filtro?

MARQUESA

No; pero tengo su palabra.

MARIETA

En ese caso...

MARQUESA

¿Ves esto?

MARIETA

Media moneda de oro.

MARQUESA

El Duque de Richelieu no me ha enviado todavía la otra mitad.

MARIETA

¿Y eso qué quiere decir?

MARQUESA

Que me ama todavía.

MARIETA

Si no me dáis la explicación...

MARQUESA

Es muy sencilla. Más que no ser amado cuando se ama, lo que nos hace desgraciados en amor es ser amados cuando ya no se ama.

MARIETA

Cuanto dice la señora Marquesa es muy profundo.

MARQUESA

Cuando reanudé mis relaciones con el Duque de Richelieu, á su regreso de Viena, convinimos en que no habíamos de atormentarnos con nuestro cariño, y partiendo esta moneda quedamos en que el primero que dejara de querer al otro le enviaría la mitad, sin que al recibirla pudiera hacer el menor reproche. El Duque no me ha enviado su mitad, luego me ama todavía.

MARIETA

¡Es muy ingenioso! Puede que sea costumbre en Austria, y hablaría muy alto en honor de la civilización tudesca. *(Entra un lacayo.)*

LACAYO

El señor Duque de Richelieu desea saludar á la señora Marquesa...

MARQUESA

¿El Duque de Richelieu?

LACAYO

Llega de París en este momento y pregunta si puede ver á la señora Marquesa.

MARQUESA

Que pase. *(Sale el Lacayo.)* Por eso no he tenido carta.

MARIETA

Es milagroso. ¿La señora Marquesa quiere estar sola?

MARQUESA

Dentro de un rato. Se notaría demasiado si me dejaras sola en seguida.

ESCENA II

Dichas y el DUQUE DE RICHELIEU

RICHELIEU

¿No tenéis inconveniente en recibirme en traje de camino?

MARQUESA

¿Temíais que no os recibiera?

RICHELIEU

Sin vanidad, responderé que no.

MARQUESA

¿Permitís que mi doncella acabe de peinarme? ¿Llegáis de París?

RICHELIEU

Diez minutos há.

MARQUESA

¿Qué hay de nuevo?

RICHELIEU

Procesiones con el cuerpo de Santa Genoveva.

MARQUESA

¿Para qué?

RICHELIEU

Para que cese la lluvia.

MARQUESA

¿Y los parisienses se dirigen á Santa Genoveva para eso?

RICHELIEU

¡Qué queréis! No saben que está aquí el verdadero sol de Francia.

MARQUESA

A propósito... ¿Habéis visto á Madame Dallainville?

RICHELIEU

Sí, varias veces.

MARQUESA

¿Qué hace?

RICHELIEU

Adelgazar.

MARQUESA

¡Qué exageración!... ¡Si ya era impalpable!...

RICHELIEU

Ahora es invisible... ¿Y por aquí?

MARQUESA

Nada que valga la pena. El Duque de Borbón siempre de caza, yo siempre esperándole, y así hemos pasado el tiempo.

RICHELIEU

¿No está Auvray en Chantilly?

MARQUESA

Sí, aquí está.

RICHELIEU

¿Persigue algún duelo en su calidad de presidente del Tribunal de honor?

MARQUESA

Que yo sepa no.

RICHELIEU

¿Ha venido solo?

MARQUESA

Con el Duque de Aumont.

RICHELIEU

¡Ese pobre Duque!... ¡Siempre tan descuidado! Parece que se lava la víspera y se afeita la semana antes.

MARQUESA

(A Marieta.) Está bien. Puedes retirarte. *(Sale Marieta.)*

ESCENA III

La MARQUESA y el DUQUE DE RICHELIEU

RICHELIEU

Ya estamos solos.

MARQUESA

Después de ocho días de ausencia, cuando dijísteis que solo serían cinco.

RICHELIEU

¡Ocho días!... ¿Es mucho teniendo que reconciliarme con el Rey, después de dos años de destierro en Viena?

MARQUESA

¿Y teniendo que saludar á tantas amigas?...

RICHELIEU

¿Son celos?

MARQUESA

¿Qué diríais si lo fueran?

RICHELIEU

Que os quejáis antes de que yo pueda quejarme.

MARQUESA

¿De qué?

RICHELIEU

Durante estos ocho días, ni una sola carta, ni una palabra de cariño. A cualquiera que se le diga que no conozco vuestra letra...

MARQUESA

¡Ay, Duque! Para ser diplomático no estáis muy hábil, que digamos... ¿Creéis que la favorita del primer ministro puede escribir á su amante, sobre todo si su amante es el Duque de Richelieu? Demasiado sabemos el partido que sacáis de tales documentos.

RICHELIEU

¿Lo decís por las cartas de la Duquesa de Berry? ¡Vais á motejarme por la más bella aventura de mi historia amorosa!... ¿Os hablo yo del Duque de Aumont, que se ha aprovechado de mi ausencia para venir de tapadillo á Chantilly?

MARQUESA

Yo no diré que sea por mí, pero la verdad es que está medio loco.

RICHELIEU

Le hacéis gracia de la mitad. ¿Me queréis todavía?

MARQUESA

¿Y vos?

RICHELIEU

Con locura. A propósito; aunque sois tan enemiga de escribir, discretísima hermosura, os ofrezco este libro de memorias; es el regalo más nuevo y más digno de vos que he encontrado.

MARQUESA

No creáis ganarme por la mano... Permitid, mi leal caballero, ya que aseguran que os habéis vuelto económico, que os ofrezca este bolsillo bordado por mí.

RICHELIEU

Sois encantadora, Marquesa, encantadora.

MARQUESA

¡Mis armas! No hay duda, es para mí.

RICHELIEU

¡Mis cifras! No hay engaño. No le abráis delante de mí.

MARQUESA

¿Ya me dejáis?

RICHELIEU

He de saludar al Duque.

MARQUESA

¿Sabéis que parte mañana?

RICHELIEU

Lo sé. Está invitado á la cacería de Rambouiliet.

MARQUESA

Monseñor el obispo Frejus está en baja. Y aún somos los reyes de Francia.

RICHELIEU

Beso la mano á S. M.

MARQUESA

Hasta muy pronto.

RICHELIEU

¿Si queréis? *(Aparte.)* Todavía me ama. ¡Pobre Marquesa! *(Sale.)*

MARQUESA

¡Pobre Duque! Más enamorado que nunca. Leamos el libro; traerá algún madrigal, algunos versos de amor. ¿Qué veo? ¿La media moneda?

RICHELIEU

(Volviendo á entrar con la otra media moneda en la mano.) ¡Marquesa!

MARQUESA

¡Duque!

RICHELIEU

Está visto que nuestros corazones han nacido para comprenderse.

MARQUESA

Verdaderamente es un caso de simpatía maravilloso.

RICHELIEU

¿Con que ya no me amáis?

MARQUESA

Sí, aún os amo. ¿Y vos?

RICHELIEU

También yo.

MARQUESA

¿Como amiga?

RICHELIEU

Como amiga.

MARQUESA

Pero amáis á otra como amante.

RICHELIEU

Y vos á otro.

MARQUESA

¡Oh! Y estoy perdidamente enamorada...

RICHELIEU

¿De veras? ¿Vais á contarme esa historia?

MARQUESA

Confidencia por confidencia.

RICHELIEU

Es muy justo. Además yo cuento con vos.

MARQUESA

¡Ah! Me ofrecéis el papel de mademoiselle de Villars. Pues bien, lo acepto. Ya veis si soy buena. Contad.

RICHELIEU

Primero vos. ¿Quién es él?

MARQUESA

Un caballero bretón, que por mi recomendación ha pasado del regimiento de Champagne á la guardia del rey.

RICHELIEU

¿Por influencia del Duque de Borbón?

MARQUESA

Por la de Montrain de Fournaise.

RICHELIEU

¡Ah! Ese buen capitán... No me acordaba... ¿Siempre hecho un mozalbete?

MARQUESA

Desde que ha cumplido sesenta años.

RICHELIEU

¿Y el nombre de mi rival?

MARQUESA

El caballero de Aubigny.

RICHELIEU

De muy buena famiiia. ¿Y sabe que le amáis?

MARQUESA

Nada sabe. Pensará que las charreteras le han caído del cielo.

RICHELIEU

Pensará que algún hada buena es su madrina. ¿Y dónde se halla, si no soy indiscreto?

MARQUESA

Aquí. Su destacamento está de guarnición en Chantilly.

RICHELIEU

Lo que me extraña es que no me hayáis enviado antes el bolsillo.

MARQUESA

¡Si ha sido hoy cuando ha llegado!

RICHELIEU

Entonces no habéis perdido mucho tiempo.

MARQUESA

Ahora, contad vos, ya veis que he sido franca.

RICHELIEU

Seguiré vuestro ejemplo. Figuráos una joven encantadora.

MARQUESA

No lastiméis mi amor propio. Yo no os hice el retrato de mi caballero.

RICHELIEU

Perdonad. Es una provinciana.

MARQUESA

¿Que habéis encontrado?...

RICHELIEU

En casa de Monseñor de Frejus, primero, después en Palacio.

MARQUESA

¿Alguna La Vallière?

RICHELIEU

De ningún modo. Es de noble familia. Viene de Bretaña á solicitar el perdón de su padre y de sus hermanos, encerrados en la Bastilla. Monseñor de Frejus la recomendó al rey y el rey al Duque de Borbón. De modo que debe haber llegado aquí una hora antes que yo.

MARQUESA

¿También está aquí?

RICHELIEU

Como vuestro caballero. Ya veis si la casualidad es extraordinaria.

MARQUESA

¿Y el nombre de esa joven encantadora?

RICHELIEU

Mademoiselle de Belle-Isle.

MARQUESA

¿Y no sabéis, Duque, que los Belle-Isle son enemigos míos? El padre está comprometido en el asunto Leblanc y los hijos están acusados de asesinato.

RICHELIEU

¿Y quién hace caso? Esas cosas se dicen cuando se quiere encerrar á alguien en la Bastilla. Todo el mundo las cree hasta que se le ha encerrado. Después, después... se le deja allí aun cuando ya nadie crea en el motivo. Será porque yo he estado tres veces en ella, pero me da mucha lástima de todos los que entran, y sobre todo de los que no salen.

LACAYO

(Anuncia.) Mademoiselle de Belle-Isle.

MARQUESA

¿Porqué anunciáis á nadie sin saber si puedo recibirlo?

LACAYO

La señora Marquesa dijo que hoy por la mañana...

MARQUESA

Sí, daba audiencia. Pero no á todo el mundo.

RICHELIEU

Marquesa, yo os lo suplico.

MARQUESA

No puedo negaros nada, querido Duque... Que pase.

RICHELIEU

Sois adorable.

MARQUESA

Empieza mi lucido papel.

ESCENA IV

Dichos, y GABRIELA DE BELLE-ISLE

GABRIELA

Señora...

MARQUESA

Acercáos.

GABRIELA

¡Cuánta bondad la vuestra, señora, en recibirme apenas me presento!

MARQUESA

No es á mí, es al Duque de Richelieu á quien debéis agradecerlo.

GABRIELA

Señor Duque...

MARQUESA

Me ha dicho que el asunto que os trae es urgente y no admite dilación.

GABRIELA

Gracias al señor Duque de Richelieu, primeramente. Ya había tenido la dicha de hallarle en mi camino para abrirme las puertas de Versalles. Veo que tampoco me abandona en Chantilly. Pero también debo daros gra-

cias, señora. Vuestra hermosura y vuestra bondad son un feliz augurio para mí.

MARQUESA

Decidme en qué puedo serviros.

GABRIELA

Mi nombre os ha dicho quien soy, mi tristeza la gracia que solicito. Mi padre y mi hermano están en la Bastilla, hace tres años, acusados injustamente. Durante ellos esperé, al lado de mi madre, que se les hiciera justicia, pero mi madre ha muerto y he quedado sola en el mundo, entre una tumba y una cárcel. Y sola vengo sin otra protección que mi desgracia.

MARQUESA

¿Y qué pretendíais?

GABRIELA

Ver á Monseñor Frejus; postrarme á los pies del rey.

MARQUESA

¿Y no lo conseguísteis?

GABRIELA

Todos me rechazaron, señora. Monseñor de Frejus dice que los asuntos políticos no le incumben. El rey, distraído en los placeres propios de sus años, ignora hasta la existencia de los perseguidos en su nombre. Por último, me enviaron al Duque de Borbón, y antes acudo á vos, señora. ¿Porqué? Por instinto, porque sois mujer. Y yo, pobre provinciana, extraña en la Corte, temiendo á cada paso cometer alguna torpeza, solo me creo segura en presencia de una mujer.

RICHELIEU

Y tenéis razón. La señora Marquesa hará lo que pueda por vos. Yo os lo prometo en su nombre.

LACAYO

(Anuncia.) El señor Duque de Aumont... El caballero de Aubray...

RICHELIEU

¡Al diablo los importunos!

MARQUESA

Ya lo veis. Por mucho interés que me inspire vuestra solicitud, debo recibir á mis amigos. Más tarde proseguiremos nuestra conversación.

GABRIELA

¡Ah, señora! ¡Quién sabe si más tarde os hallaré tan propicia á escucharme! ¡Quisiera deciros tantas cosas que han de persuadiros y conmoveros juntamente!... ¡Quién sabe si podré siquiera volver á veros, si los enemigos de mi familia no habrán hecho mañana una enemiga de la que ahora se me presenta como ángel protector!

MARQUESA

Quisiera escucharos, pero...

RICHELIEU

Hay un medio de conciliarlo todo. Pasad á otra habitación y yo recibiré á esos señores en vuestro nombre.

MARQUESA

Hoy estoy obligada á no negaros nada. Haced los honores en mi lugar... Venid.

GABRIELA

¡Ah, señora! El cielo me ha inspirado al venir á veros. El cielo os recompensará á los dos por vuestra bondad. Yo solo puedo agradecerlo. *(Salen la Marquesa y Gabriela.)*

ESCENA V

El DUQUE DE RICHELIEU, y después el DUQUE DE AUMONT y el CABALLERO DE AUVRAY

RICHELIEU

¡Admirable! Libraré al padre y á los hermanos de la Bastilla. Y como una buena acción siempre halla su recompensa, seré recompensado, ó no hay justicia en la tierra. Haced entrar á esos señores. *(Entran el Duque de Aumont y el caballero de Auvray.)* Buenos días, Duque...

AUMONT

Buenos días, Duque.

RICHELIEU

(Al caballero de Auvray.) ¡Ah, caballero!... No os había visto desde el día en que me disponía á matarme con el Conde de Baviera, y vos me detuvísteis cumpliendo con vuestro deber en nombre de los mariscales de Francia... Todo olvidado.

AUVRAY

¿Todo olvidado? Pronto lo habéis dicho. Comprendo que me perdonéis el haberos evitado de andar á estocadas; pero falta saber si nosotros os perdonamos una hora

que lleváis á solas con la Marquesa, mientras nosotros suspirábamos por besar siquiera la fimbria de su falda.

AUMONT

¿Te ha dado poderes para recibirnos en su nombre?

RICHELIEU

Sí. Y me aprovecho para darte un consejo.

AUMONT

¿A mí?

RICHELIEU

A ti. Escucha, Aumont. Dios te hizo hombre, el rey duque y par, la Duquesa de Orleans cocinero, tu mujer te ha hecho... capitán de la guardia... Yo te hice caballero de San Luis á riesgo de tener que besarte ese día... ¿No puedes hacer en cambio algo por nosotros? Hazte la barba.

AUMONT

¡Qué quieres, amigo! Es una tradición de la Regencia; entonces gustábamos así. Y si han cambiado las mujeres, nosotros no hemos cambiado... ¡Al diablo la moda! Todo el mundo no sabe como tú acomodarse á las circunstancias y prestarse á todo. Pero ya veremos cómo te las arreglas ahora que las costumbres han mejorado tanto.

RICHELIEU

¿Pero es verdad, caballero, que ahora somos tan santos como asegura el Duque?

AUVRAY

¡No me habléis! En otro tiempo todas las mujeres tenían un confesor y dos amantes; hoy, al contrario, tienen un amante y dos confesores.

RICHELIEU

¡Bah! Siempre habéis sido misántropo...

AUMONT

No; es la verdad. Está muy enterado. Se lo ha dicho su mujer.

AUVRAY

Te equivocas. Me lo ha dicho la tuya.

AUMONT

Entonces puede creerse. Ya lo ves. En cambio de tu consejo, voy á darte otro mejor: que vuelvas á Viena.

ESCENA VI

Dichos y el CABALLERO DE AUBIGNY

LACAYO

(Anuncia.) El caballero de Aubigny.

RICHELIEU

(Aparte.) Mi rival... No puede negarse que la Marquesa tiene buen gusto. *(Alto.)* ¿Y porqué volver á Viena?

AUMONT

Porque aquí no hay nada que hacer.

RICHELIEU

Habláis por vosotros.

AUVRAY

Hablamos por todos.

RICHELIEU

Ya lo veremos.

AUMONT

Francamente, Duque. Creí que no podías ser más fatuo de lo que eras, pero la querida del príncipe Eugenio te ha perfeccionado. Te crees un gran táctico porque habéis combatido en el mismo campo de batalla. Vuelve á Viena, querido, Vuelve á Viena.

RICHELIEU

Una apuesta...

AUVRAY

¿Sobre qué?

RICHELIEU

Necesito mil luises. Tú eres tan avaro, que no me los prestarías; vos sois tan pródigo, que no podríais prestármelos... Os ganaré quinientos á cada uno.

AUMONT

Me parece muy bien.

AUVRAY

Y á mí.

RICHELIEU

Aseguráis que durante mi ausencia todas las mujeres se han dado á la virtud.

AUMONT

Es nuestra opinión.

RICHELIEU

Pues bien; yo, el Duque de Richelieu, os apuesto, óyelo bien, Aumont; oidlo bien, Auvray, que de la primera casada ó soltera que veamos, sea aquí mismo, ó

al salir del palacio, conseguiré una cita dentro de estas veinticuatro horas.

AUMONT

Fijemos las condiciones. ¿Una cita de amor?

RICHELIEU

Naturalmente. De otra clase de asuntos se encarga mi mayordomo.

AUVRAY

¿Y dónde será esa cita?

RICHELIEU

En su misma habitación.

AUMONT

¿Y á qué hora?

RICHELIEU

A media noche, si os conviene.

AUMONT

¿Y cómo sabremos?...

RICHELIEU

Muy fácil; os arrojaré un billete por su ventana.

AUVRAY

Aceptado.

AUMONT

Aceptado.

RICHELIEU

Ya lo sabéis. La primera mujer que veamos, sea en el palacio, sea al salir. Con una sola condición...

AUMONT

¿Cuál?

RICHELIEU

Que sea hermosa.

AUVRAY

Por supuesto.

LACAYO

(Anuncia.) La Marquesa de Prie.

RICHELIEU

Esta no se cuenta; sería robaros el dinero.

ESCENA VII

Dichos y la MARQUESA

MARQUESA

Perdonad, señores. He tenido que hacer, y ahora debo ir á misa. Mañana os espero; hay recepción en palacio.

AUMONT

Marquesa...

MARQUESA

(Al Duque.) Volved dentro de una hora, tengo que hablaros.

AUVRAY

¿Y no podréis recibirnos mañana por la mañana para compensarnos de nuestra crueldad de hoy?

MARQUESA

Imposible. Mañana acompaño al Duque á París y no

volveré hasta la hora de la recepción. Adiós, Duque; adiós, señores. (*Sale la Marquesa.*)

AUVRAY

¿Qué os decíamos? ¡La Marquesa oye misa en día de trabajo! Si esto sigue, madame de Parabiere morirá en las Carmelitas. (*Mademoiselle de Belle-Isle pasa por la galería del fondo.*)

AUMONT

¡Señores, señores, que no habíamos visto!...

RICHELIEU

Mademoiselle de Belle-Isle.

AUVRAY

Parece que os contraría.

AUMONT

Ahora sí que no nos robarás el dinero...

RICHELIEU

No; pero os lo ganaré.

AUVRAY

Van, pues, mil luises.

AUMONT

Van.

AUBIGNY

Un momento, señores; yo soy quien debe sostener la apuesta.

RICHELIEU

¿Vos?

AUBIGNY

Yo, sí.

AUMONT

¿Y cómo?

AUBIGNY

Es mi derecho. Dentro de tres días debo casarme con esa mujer que el Duque de Richelieu pretende deshonrar antes de veinticuatro horas. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA y el DUQUE DE RICHELIEU

MARQUESA

¿Y habéis sostenido la apuesta?

RICHELIEU

La he sostenido.

MARQUESA

¡Qué locura!

RICHELIEU

¿Tengo yo fama de cuerdo?

MARQUESA

Dadla por perdida.

RICHELIEU

Tengo hasta las once de la mañana de mañana y todavía no son más que las cinco.

MARQUESA

¿Y con quién habéis apostado tan imprudentemente?

RICHELIEU

Ya os lo diré cuando haya ganado. Básteos saber que trabajo en favor vuestro, que soy fiel á mi palabra y exijo que lo seáis á la vuestra.

MARQUESA

¿A mi palabra?

RICHELIEU

Sí. Me habéis prometido ayudarme en cuanto me proponga.

MARQUESA

Es cierto.

RICHELIEU

Pues bien; cuento con vos.

MARQUESA

Y tenéis razón.

RICHELIEU

Lo decís de un modo...

MARQUESA

¿Cómo queréis que lo diga? ¿No tenéis mi palabra?

RICHELIEU

Adiós, Marquesa.

MARQUESA

¿Me dejáis?

RICHELIEU

Voy á reconocer el terreno.

MARQUESA

¿En dónde se hospeda?

RICHELIEU

En el hotel del Sol.

MARQUESA

Sí, me acuerdo, me lo dijo esta mañana.

RICHELIEU

El hostelero es un buen hombre, que lleva robándonos tres generaciones, de padres á hijos, y se prestará á servirme.

MARQUESA

Volved pronto. Ya sabéis que el Duque tiene que entregaros unos despachos.

RICHELIEU

Y además tengo que daros noticias.

MARQUESA

Hasta la vista. *(Sale el Duque.)*

ESCENA II

La MARQUESA y MARIETA

MARQUESA

¡Marieta! ¿Estabas ahí?

MARIETA

Pero no escuchaba.

MARQUESA

Eso quiere decir que lo has oído todo.

MARIETA

Sin querer.

MARQUESA

¿Qué me dices del Duque?

MARIETA

Que para estar tan enamorado de vos, se ha consolado bien pronto de haber recibido la media moneda.

MARQUESA

Estaba convenido.

MARIETA

¿La señora Marquesa le agradece que guarde con tanta fidelidad el convenio?

MARQUESA

No; dices bien.

MARIETA

Es natural, no seríais mujer.

MARQUESA

¡Fatuo! Contármelo todo, con la promesa de que no diré nada á mademoiselle de Belle-Isle...

MARIETA

Eso es desafiaros.

MARQUESA

¡Si cree que puede contar conmigo!

MARIETA

Se equivoca.

MARQUESA

Primeramente será una acción meritoria proteger á

una mujer sola, sin apoyo, sin experiencia, contra las asechanzas de un libertino como el Duque de Richelieu.

MARIETA

Cierto que será una acción meritoria. Y como una buena acción perdona dos malas, según dice monseñor de Frejus, yo, en lugar de la señora Marquesa, procuraría además burlarme del Duque de Richelieu, y aun sería mejor acción.

MARQUESA

Si no discurro otra cosa...

MARIETA

¿Y habéis encontrado?...

MARQUESA

Casi, casi.

LACAYO

(*Anuncia.*) Mademoiselle de Belle-Isle...

MARQUESA

A tiempo llega. Que pase.

ESCENA III

La MARQUESA y GABRIELA DE BELLE-ISLE

GABRIELA

Perdonad, señora, pero no he podido contener mi impaciencia. ¿Habéis hablado con el señor Duque de Borbón?

MARQUESA

Sí, ¡pobre niña!; pero no he sido muy afortunada.

GABRIELA

¿Qué decís, Dios mío?

MARQUESA

El Duque está muy mal prevenido.

GABRIELA

Si yo pudiera convenceros...

MARQUESA

No es á mí á quien debéis convencer, es al Duque de Borbón. Una persona hay que ejerce sobre él gran influencia, y si quisiera abogar por vuestra causa estoy segura de que la ganaréis.

GABRIELA

¿Y quién es esa persona? Decídmelo, señora, para que yo pueda hablarle.

MARQUESA

Aquí mismo le hallaréis. ¿Qué digo? Olvidaba que le conocéis.

GABRIELA

¿Su nombre, señora?...

MARQUESA

El Duque de Richelieu.

GABRIELA

Entonces nada temo. Ha sido tan bondadoso conmi-

go en Versalles, y aquí mismo esta mañana, ya os acordáis...

MARQUESA

Es verdad. Pues bien, debéis de escribirle pidiéndole una entrevista.

GABRIELA

¡Qué feliz coincidencia! Me aconsejáis lo mismo que yo había pensado; me he atrevido á escribirle.

MARQUESA

¿Y le habéis enviado la carta?

GABRIELA

No. Antes quería saber... preguntaros, si no es un atrevimiento en mí solicitar una entrevista con el Duque de Richelieu.

MARQUESA

El motivo es tan sagrado que nadie puede interpretarlo mal.

GABRIELA

Eso he creído.

MARQUESA

Y la entrevista puede ser aquí, en mi casa.

GABRIELA

¿Si lo permitís?...

MARQUESA

Y mejor todavía. Debió ocurrírseme antes. Estáis aquí sola, hospedada en un hotel, expuesta á cualquier lance desagradable...

GABRIELA

No conozco á nadie en Chantilly.

MARQUESA

Me conocéis á mí.

GABRIELA

¿A vos?

MARQUESA

Cuando yo me encargo de un asunto, no estoy contenta hasta haber triunfado. Necesitamos asediar al Duque de Borbón, un asedio constante, hasta vencer. Para lograrlo doy entrada al enemigo en la fortaleza. Viviréis aquí.

GABRIELA

¿Cómo pagaros tanta bondad? ¡Yo, que temía presentarme á vos!... Pero no debo aceptar vuestro ofrecimiento.

MARQUESA

¿Y porqué, si no me causa el menor trastorno? Os cedo estas dos habitaciones y esta sala y yo me quedo en estas de al lado. Una puerta por medio, como dos buenas amigas.

GABRIELA

¡Oh, señora Marquesa! Con vuestra protección estoy segura de triunfar.

MARQUESA

No perdamos tiempo. Volved á vuestro alojamiento y que os traigan aquí vuestro equipaje. Yo enviaré vuestra carta al Duque de Richelieu. (*Llama y sale un lacayo.*) ¿Hay un coche enganchado?

LACAYO

Sí, señora Marquesa.

MARQUESA

Ponéos á las órdenes de mademoiselle de Belle-Isle.

GABRIELA

No sé cómo agradeceros...

MARQUESA

¡Qué niñería!... Aquí me hallaréis. Hasta muy pronto. *(Sale mademoiselle de Belle-Isle.)*

ESCENA IV

La MARQUESA y después MARIETA

MARQUESA

(Después de leer la carta.) No hay nada más imprudente que la gratitud. Con dos palabras que se cambiaran en esta carta bastaría para que el Duque, con lo pagado que está de sí mismo, creyera que la dictaba otro sentimiento. ¡Ah, señor Duque! No conocéis mi letra y me alegro. Porque bajo el nombre de mademoiselle de Belle-Isle vamos á sostener una correspondencia muy divertida... ¿Marieta?

MARIETA

Señora Marquesa...

MARQUESA

Espera aquí. Si viene el Duque, le dices que no tardaré en volver. *(Sale la Marquesa.)*

MARIETA

¡Ya lo creo que le esperaré! Siempre se gana algo con esperar al Duque.

ESCENA V

MARIETA y el DUQUE DE RICHELIEU

RICHELIEU

¿Marquesa?...

MARIETA

Perdonad, señor Duque. No está, pero volverá pronto.

RICHELIEU

¡Ah! ¿Eres tú, Marieta?

MARIETA

Sí, señor Duque.

RICHELIEU

Si no me equívoco, me parece que nunca te he regalado nada.

MARIETA

Sí, señor Duque. No recordáis. Me dísteis veinticinco luises la primera vez que entrásteis por la puerta secreta.

RICHELIEU

¿Nada más?

MARIETA

Y esta sortija la última vez que salísteis.

RICHELIEU

Eso no es nada. ¿Cómo he podido portarme así? Toma, graciosa, toma. *(Dándole un bolsillo y un abrazo.)*

MARIETA

Muchas gracias, señor Duque; muchísimas gracias.

ESCENA VI

Dichos y la MARQUESA

MARQUESA

¿Qu acéis, Duque?

RICHELIEU

Me despido, Marquesa.

MARQUESA

(A Marieta.) Bien está. Déjanos. Por lo visto estáis muy contento.

RICHELIEU

¿En qué lo conocéis?

MARQUESA

No es uno tan generoso cuando está de mal humor.

RICHELIEU

Cierto que no estoy descontento.

MARQUESA

Pues aún voy á aumentar vuestra alegría. Mademoiselle de Belle-Isle ha venido, os buscaba...

RICHELIEU

¿Sí?

MARQUESA

Y como no os ha encontrado...

RICHELIEU

¿Qué?

MARQUESA

Ha dejado esta carta para vos.

RICHELIEU

¿Para mí?

MARQUESA

Para vos, pidiéndoos una entrevista.

RICHELIEU

¡Qué casualidad! Iba yo á escribirla.

MARQUESA

La fortuna se anticipa á vuestros deseos.

RICHELIEU

¿Y á qué debo este favor?

MARQUESA

A vuestros méritos, primeramente. Después, alguien le habrá dicho que vuestra influencia con el Duque de Borbón es grande...

RICHELIEU

Sí; ya he hablado con él. Pero no está muy bien dispuesto.

MARQUESA

Ya sabéis. Con insistencia se consigue de él todo lo que se quiere. El Duque de Orleans hacía, el Duque de Borbón deja hacer...

RICHELIEU

A propósito, ¿sabéis si me ha enviado á llamar?

MARQUESA

No; pero si tenéis que verle, esperadle aquí.

RICHELIEU

¿Me dejáis?

MARQUESA

Sí. Tengo que dar órdenes para una mudanza. Cedo estas habitaciones á una amiga.

RICHELIEU

No os detengo.

MARQUESA

Hasta luego, Duque. *(Sale la Marquesa.)*

ESCENA VII

El DUQUE DE RICHELIEU

Veamos lo que me dice mademoiselle de Belle-Isle... *(Lee.)* «¿Será tan amable el Duque de Richelieu que conceda á mademoiselle de Belle-Isle el favor de una entrevista?» *(Habla lo.)* ¡El favor es para mí! Estas provincianas son de un candor adorable... *(Lee.)* «Mademoiselle de Belle-Isle confía en vuestra generosa protección, y os promete en cambio eterna gratitud.» *(Hablado.)* Trato hecho. Obtendréis mi protección y yo obtendré vuestra gratitud. No revela cortedad esta carta para una joven. Veamos. Hay algo en la solicitud de la Marquesa por servirme que no me parece de buena ley... La carta me ha sido entregada por la Marquesa... Ante todo, debo asegurarme de que ha sido escrita por mademoiselle de Belle-Isle... Aquí está.

ESCENA VIII

El DUQUE y GABRIELA DE BELLE-ISLE

GABRIELA

Señor Duque de Richelieu...

RICHELIEU

¿Qué es esto? Estáis temblando...

GABRIELA

Perdonad, señor Duque. Pero al hablaros, no puedo dominar la emoción...

RICHELIEU

¿Cómo debo interpretar?...

GABRIELA

Es muy natural, señor Duque. Desde que tuve la dicha de encontraros, os veo como la persona destinada á poner término á mis desdichas. Los desgraciados somos supersticiosos, y yo sé que vos también creéis en los presentimientos.

RICHELIEU

Sería un ingrato si no creyera en ellos, sobre todo, desde que os he visto.

GABRIELA

¿Os ha entregado una carta de mi parte la señora Marquesa?

RICHELIEU

Me dijo que era vuestra. Mucho tengo que agradecer

á la Marquesa, que sin duda ha sido quien os ha indicado la idea de escribirme.

GABRIELA

No, señor Duque; voy á seros franca. Antes de que ella me lo dijera, había pensado en escribiros. Perdodad mi importunidad, pero afirman que sois muy poderoso; lo que yo solicito ya lo sabéis; es la libertad de mi padre, de mis hermanos... de vos depende la felicidad de mi familia.

RICHELIEU

Si de mí dependiera, no tardaríais en conseguirla. Pero depende de una voluntad más alta que la mía; yo solo puedo ser el intercesor entre el poder y la hermosura. Entregadme un memorial, escribidle como habláis, con toda vuestra alma, y hoy mismo se lo entregaré al Duque de Borbón. *(Entra un lacayo.)*

LACAYO

Los despachos que esperaba el señor Duque de Richelieu han llegado en este momento. *(Sale.)*

RICHELIEU

Ya lo veis. Debo dejaros un instante. Perdonad... Aquí tenéis recado de escribir. Pronto vuelvo.

GABRIELA

¿Cómo agradeceros?...

RICHELIEU

Contándome siempre como uno de vuestros amigos.

GABRIELA

¡Oh, señor Duque!

RICHELIEU

Escribid... *(Aparte.)* Así sabré si es suya la carta. *(Sale.)*

ESCENA IX

GABRIELA DE BELLE-ISLE, después la MARQUESA

GABRIELA

Y aseguraban que en la corte no hallaría más que envidiosos y malvados... Solo á dos personas me he dirigido, y hallé, en la Marquesa una verdadera amiga, en el Duque un hermano... *(Entra la Marquesa.)*

MARQUESA

¿Qué hacéis, amiga mía?

GABRIELA

Ya lo veis. Dirijo un memorial al primer ministro.

MARQUESA

¿Quién os ha dicho que empleéis ese medio?

GABRIELA

El Duque de Richelieu.

MARQUESA

¿Y entregaréis vos misma ese memorial?

GABRIELA

No; se ha ofrecido él á entregarlo.

MARQUESA

¿Cuándo?

GABRIELA

Ahora mismo. Vendrá á recogerlo.

MARQUESA

(Aparte.) Desconfía... *(Alto.)* Veamos cómo va. No es así, querida... Hay fórmulas de rúbrica que ignoráis...

GABRIELA

¿Seréis tan bondadosa que me indiquéis?...

MARQUESA

Dejadme, lo escribiré yo misma.

GABRIELA

¿Y si el Duque de Borbón conoce que habéis sido vos quien lo ha escrito?

MARQUESA

¿Teméis que eso pueda perjudicar á vuestra pretensión? Dejadme, y ved si llega el Duque de Richelieu. No le digáis que os hago este favor.

GABRIELA

Nadie viene.

MARQUESA

¿El nombre de vuestro padre?

GABRIELA

Carlos Luís Augusto Fouquet de Belle-Isle.

MARQUESA

¿Sus títulos?...

GABRIELA

Duque de Guisort, Marqués de Belle-Isle, Conde de Vernón.

MARQUESA

Y vuestros hermanos, ¿qué graduación tienen?

GABRIELA

El uno capitán y el otro subteniente.

MARQUESA

¿Y llevan en prisión?...

GABRIELA

Mi padre tres años, mis hermanos poco más de un año.

MARQUESA

Pondremos en libertad á los tres. Descuidad.

GABRIELA

¡Oh, si fuera cierto!

MARQUESA

Ya está con todos los requisitos de fórmula y de ceremonial. *(Entra Marieta.)*

MARIETA

Cuando queráis venir á vuestra habitación todo está dispuesto.

MARQUESA

En seguida... Déjanos ahora. *(Sale Marieta.)*

ESCENA X

Dichos y el DUQUE DE RICHELIEU

RICHELIEU

(Aparte.) ¡Las dos!

MARQUESA

Duque...

RICHELIEU

Perdonad si os hice esperar más de lo que pensaba...

GABRIELA

Concluyo ahora mismo de escribir mi petición. Si queréis encargaros...

RICHELIEU

Ya os lo dije.

GABRIELA

Aquí está.

RICHELIEU

(Aparte.) La misma letra. Era suya la carta. *(Alto.)* ¿Me permitiréis que hoy mismo vuelva á veros para daros noticias de lo que hayamos podido conseguir?

GABRIELA

Preguntad á la señora Marquesa. Ella es quien puede permitiros...

RICHELIEU

¿Cómo?...

GABRIELA

La señora Marquesa ha tenido la bondad de ofrecer-

me habitación en el palacio, mientras permanezca en Chantilly.

RICHELIEU

¡Ah!...

GABRIELA

Me ha dejado sus habitaciones.

RICHELIEU

Entonces, la amiga que esperábais era...

MARQUESA

Mademoiselle de Belle-Isle, Duque. No era decoroso ni prudente que permaneciera en un hotel.

RICHELIEU

Habéis hecho muy bien. Pero espero que esto no alterará lo convenido, y que me permitiréis volver á dar cuenta á mademoiselle de Belle-Isle de mis tentativas.

MARQUESA

Está en su casa y puede recibiros cuando guste.

GABRIELA

Venid cuando queráis, señor Duque. Siempre seréis esperado como un amigo y recibido como un protector.

RICHELIEU

Hasta muy tarde no podré ver al Duque de Borbón.

GABRIELA

¡He pasado tantas noches en vela, llorando, sin esperanza, que hoy me será más grato velar; dichosa, porque espero!

RICHELIEU

Hasta la noche, entonces.

GABRIELA

Hasta la noche, señor Duque.

RICHELIEU

Acaso tenga que deciros algo que nadie deba oir.

GABRIELA

Estaré sola, señor Duque.

RICHELIEU

Sois encantadora. (*Sale mademoiselle de Belle-Isle.*)

ESCENA XI

El DUQUE DE RICHELIEU y la MARQUESA DE PRIE

RICHELIEU

¿Es así como cumplís vuestra promesa?

MARQUESA

¿En qué he faltado á ella?

RICHELIEU

Prometéis ayudarme y desbaratáis mi primera combinación.

MARQUESA

Una combinación fundada en la complicidad de un

hostelero... ¡Bah! Era demasiado fácil, y por lo tanto, indigna de vos... Aquí, en hora buena, no habrá sorpresa ni traición. Aquí debéis obtener, porque os sería difícil robar... Por mi parte no dudo de que obtendréis...

RICHELIEU

Por la mía tampoco, si he de seros franco. Y os agradezco la ocasión que me presentáis de renovar mis antiguas hazañas; entre los alemanes me había enmohecido.

MARQUESA

¿De modo que no desesperáis de triunfar aunque yo me haya pasado al enemigo?

RICHELIEU

No, siempre que combatáis como yo: con lealtad.

MARQUESA

¿Y qué exigís de mi lealtad?

RICHELIEU

El mayor secreto, primeramente.

MARQUESA

Está prometido.

RICHELIEU

A las diez dejaréis sola á mademoiselle de Belle-Isle.

MARQUESA

Perded cuidado. Esta noche salgo para París. Precedo al Duque en vez de acompañarle.

RICHELIEU

No pido más.

MARQUESA

Ahora me toca á mí.

RICHELIEU

Es muy justo.

MARQUESA

No os serviréis de ningún criado del palacio para vuestro proyecto.

RICHELIEU

De ninguno.

MARQUESA

No os valdréis de filtros ni de narcóticos, como habéis hecho otras veces.

RICHELIEU

Renuncio á ese medio.

MARQUESA

Por último, me entregaréis lo llave de esa puerta secreta.

RICHELIEU

Con mucho gusto, Marquesa. Pero en la prisa por seguir á mademoiselle de Belle-Isle, me la he dejado olvidada en París.

MARQUESA

¡Ah!...

RICHELIEU

Como lo oís.

MARQUESA

¿Palabra de honor?

RICHELIEU

Palabra de Richelieu.

MARQUESA

¿Permitís que dé un recado á Marieta?

RICHELIEU

¿Permitís que dé órdenes á Germán?

MARQUESA

¡Marieta!

RICHELIEU

¡Germán!

MARQUESA

Que dispongan una silla de postas, la que no tiene mis armas, y que espere á la salida excusada del parque.

MARIETA

Está bien, señora Marquesa. *(Sale.)*

RICHELIEU

Revienta mis dos mejores caballos, y antes de las diez me traes aquí una llavecita que hallarás en París sobre la chimenea de mi dormitorio, en una copa de amatista.

GERMÁN

Está bien, señor Duque. *(Sale.)*

MARQUESA

¿Persistís en vuestro proyecto?

RICHELIEU

He ganado batallas más difíciles.

MARQUESA

Y contra mejores generales, ¿no es eso?

RICHELIEU

No digo tanto, porque en esta ocasión lucho contra la juventud aliada con la experiencia.

MARQUESA

Hasta la noche, pues, querido Duque.

RICHELIEU

Hasta la noche, querida Marquesa. *(Sale.)*

ESCENA XII

La MARQUESA

¡Ah, señor Duque! Yo os respondo de que perderéis. ¿Con que salísteis de París tan de prisa que olvidásteis la llave que era vuestro mayor cuidado en otros viajes? ¡Fatuo! A falta de esa llave, esta noche la pasaréis al raso, señor Duque. Estamos en Junio, el tiempo es caluroso y no puede sentar mal á vuestra salud, que á todos nos es tan preciosa.

ESCENA XIII

La MARQUESA y GABRIELA DE BELLE-ISLE

MARQUESA

Venid, amiga mía.

GABRIELA

¿Tenéis alguna noticia que darme?

MARQUESA

Acaso. Hace un momento, hablando con el Duque, pensaba en lo que tendréis que esperar todavía hasta ver realizados vuestros deseos.

GABRIELA

No me falta valor para esperar. ¡He esperado tanto!

MARQUESA

No os falta resignación. ¿Hace mucho tiempo que no habéis visto á vuestro padre?

GABRIELA

Tres años, señora; desde que fué encerrado en la prisión.

MARQUESA

¡Tres años! ¿Y no habéis solicitado un permiso para visitarle en la Bastilla?

GABRIELA

He rogado, he suplicado; nunca quisieron concederme esa gracia. ¡Negar á una hija el consuelo de abrazar á su padre! Seguramente no tenían hijos los que se negaron á mis súplicas.

MARQUESA

¿Y os alegraríais de ver á vuestro padre?

GABRIELA

¿Lo preguntáis?

MARQUESA

Y si alguien os proporcionase esa alegría, ¿podrá contar con vuestra discreción?

GABRIELA

¿Qué decís? ¿Podré ver á mi padre? ¿No me engañáis? ¡Entrar en su prisión cuando me cree lejos; entrar y arrojarme en sus brazos gritando: «¡Padre mío, soy yo, tu hija, aquí estoy!...» ¡Ah, señora, os lo pido de rodillas! ¿Qué debo hacer para conseguir ese inmenso favor?

MARQUESA

Escuchadme atenta. Ved que jugamos con la posición y acaso con la vida de alguien.

GABRIELA

Nada temáis; comprendo la gravedad.

MARQUESA

El gobernador de la Bastilla es amigo mío, y con esta carta...

GABRIELA

Para él... ¿Y con esta carta?...

MARQUESA

Veréis á vuestro padre. Necesitáis dos horas para llegar á París. Partiréis á las diez, llegaréis allí á las doce. Podéis permanecer con vuestro padre hasta las tres, y estaréis aquí de regreso antes de que nadie se haya levantado.

GABRIELA

¡Hoy mismo, esta noche, veré á mi padre! Voy á volverme loca de alegría.

MARQUESA

Todo con una condición.

GABRIELA

Decídmela.

MARQUESA

Pensad lo que arriesgo por vos. Se trata de franquear una prisión del Estado que no se abre sino ante una orden del primer ministro ó ante la firma del Rey. ¡Juradme que mientras el Duque de Borbón sea ministro nadie sabrá que habéis visto á vuestro padre! Para todo el mundo habréis pasado aquí la noche. Pensadlo bien. Una indiscreción, y vuestro padre está perdido.

GABRIELA

Señora, por lo más sagrado del mundo, por la vida de mi padre, os juro que mientras el Duque sea ministro nadie sabrá que he visto á mi padre y que por verle he salido de aquí esta noche.

MARQUESA

No hay más que hablar. Una silla de postas os llevará á París, y antes de las seis de la mañana estaréis de vuelta.

GABRIELA

¿Qué he hecho yo para merecer tanta bondad?

MARQUESA

Merecer mi cariño; eso es todo. Discreción...

GABRIELA

Perded cuidado. *(Sale la Marquesa.)*

ESCENA XIV

GABRIELA DE BELLE-ISLE y después el CABALLERO DE AUBIGNY

GABRIELA

¡Ver á mi padre, qué felicidad!... La Marquesa es un ángel para mí.

LACAYO

(Anuncia.) El caballero de Aubigny...

GABRIELA

Por primera vez debo tener un secreto para él... Hacedle entrar. *(Entra Aubigny.)* ¡Raul!

AUBIGNY

¿Qué tienes, Gabriela? ¡Parece que eres muy dichosa!

GABRIELA

¡Es la esperanza, Raul, es la esperanza! Salvaremos á mi padre, á mis hermanos... Ahora sí que nuestro amor será todo felicidad... Muestra alegría tú también para dar gracias á Dios, y no le ofendas con tus dudas. Yo creo y espero.

AUBIGNY

¿Porqué cuando te muestras tan confiada y tan dichosa parezco triste y receloso? ¡Tú esperas, yo temo!

GABRIELA

Mal haces en desconfiar de la Providencia.

AUBIGNY

¿Y en qué se fundan tus esperanzas? Quiero saberlo para esperar yo también confiado.

GABRIELA

En la Marquesa de Prie. Es tan buena conmigo... Me trata como á una amiga, como á una hermana. Ya lo ves. No ha permitido que siguiera en el hotel y me ha traído á su palacio, velando por mí, como una madre pudiera hacerlo por una hija.

AUBIGNY

Esa misma bondad de la Marquesa es para mí un motivo de inquietud. ¿Le has hablado de nuestro matrimonio?

GABRIELA

¿No es nuestro secreto?

AUBIGNY

A nadie lo reveles, y menos aquí. Sospecho que si la Marquesa llegara á saberlo, acaso no te protegiera como hasta ahora. Pero dime, ¿á nadie más que á la Marquesa has visto hoy?

GABRIELA

Sí, Raul. He visto á otra persona aún más decidida á protegerme que la Marquesa, porque no teme comprometerse como ella.

AUBIGNY

¿Puedo saber su nombre?

GABRIELA

No es un secreto: el Duque de Richelieu.

AUBIGNY

¿El Duque de Richelieu?

GABRIELA

¿Qué te sucede?

AUBIGNY

¿Le has visto hoy?

GABRIELA

No ha salido del palacio en todo el día.

AUBIGNY

¿Y esperas verle aún?

GABRIELA

Quedó en traerme noticias de sus gestiones con el Duque de Borbón.

AUBIGNY

¡Gabriela!

GABRIELA

¡Dios mío! Me asustas...

AUBIGNY

¿Conoces á ese hombre?

GABRIELA

Le conozco, como todo el mundo. ¿Quién no conoce al Duque de Richelieu?

AUBIGNY

¿Y conociéndole, crees que su protección puede ser desinteresada?

GABRIELA

¡Raul!... Acaso me engaño, pero lo confieso, yo no sé

ver el mal de ese modo, bajo apariencias de bondad. El Duque de Richelieu se ha ofrecido á favorecerme como un amigo. Si se presentara de otro modo... creo que confíes en mí lo bastante, para saber que por muy poderosa que sea la influencia del Duque, renunciaré á ella, si puede comprometer mi honor, que no es solo mío.

AUBIGNY

Es que en tu inocencia, ignoras aún quien es ese hombre. Para conseguir lo que se propone, no repara en ningún medio. Y alguno empleó en ocasiones, que á otro menos poderoso le hubiera costado caro. Gabriela, ten piedad de mí.

GABRIELA

¿Qué debo hacer?

AUBIGNY

Prométeme que no verás al Duque esta noche.

GABRIELA

Te lo prometo.

AUBIGNY

¿Me das tu palabra? Si faltas á ella, no sabes qué desgracias pueden caer sobre nosotros.

GABRIELA

¿Porqué?

AUBIGNY

Aún no puedo decírtelo. Tengo tu promesa.

GABRIELA

Una vez más te lo aseguro. ¿Estás tranquilo?

AUBIGNY

Sí.

GABRIELA

Ahora déjame.

AUBIGNY

¿Tan pronto?

GABRIELA

Es tarde. He de escribir unas cartas. Estoy rendida... Y no es tampoco decoroso que permanezcas aquí mucho tiempo.

AUBIGNY

¿No pensabas recibir al Duque de Richelieu, si hubiera venido?

GABRIELA

El Duque es un extraño; tú eres mi prometido.

AUBIGNY

¿Y me despides así, cuando podías concederme una hora más de estar á tu lado?

GABRIELA

¿Una hora más? ¡Imposible, Raul, imposible!... Te lo suplico.

AUBIGNY

¿Me suplicas para que me vaya? ¿Qué es esto, Gabriela, qué es esto?

GABRIELA

¡Qué ha de ser! ¿Estás celoso? ¿De quién? Nunca te he visto así... ¿Es tan extraño que después de una noche de viaje, de un día de emociones, desee descansar? Escucha... las diez.

AUBIGNY

Está bién. Te dejo.

GABRIELA

Eres muy cruel. Me ves gozosa, y como no estás

acostumbrado á verme así, mi alegría te inquieta y quieres que recobre mi tristeza de siempre. No te costará trabajo... Una sola palabra tuya de desconfianza ó de tristeza bastará para entristecerme de nuevo. Ya lo ves. Ya estoy triste como deseabas. ¿Estás ya contento?

AUBIGNY

¡Perdón, Gabriela, perdón! Te amo tanto, que no puedo creer en mi felicidad. Temo que todo se vuelva en contra nuestra, que todo el mundo pretenda separarnos. ¡Perdón, Gabriela, perdón!... Ya te dejo.

GABRIELA

Hasta mañana, Raul.

AUBIGNY

¿A qué hora podré verte?

GABRIELA

Tan pronto como quieras.

AUBIGNY

Adiós, Gabriela. ¿No verás al Duque?

GABRIELA

¿Aún no no estás tranquilo?

AUBIGNY

Adiós.

ESCENA XV

GABRIELA DE BELLE-ISLE y después la MARQUESA y MARIETA

GABRIELA

Dios sabe cuánto me ha costado dejarle salir sin revelarle la causa de mi alegría. Señora Marquesa...

MARQUESA

Aquí me tenéis. Esta es la carta.

GABRIELA

¿El coche?

MARQUESA

Ya os espera.

GABRIELA

¿Por dónde debo salir?

MARQUESA

Seguid á Marieta.

GABRIELA

¡Ah, señora! ¿Cómo pagaros?...

MARQUESA

Guardando el secreto.

GABRIELA

¿Podéis dudarlo?

MARQUESA

Si lo dudara no haría por vos lo que hago.

GABRIELA

Adiós, señora.

MARQUESA

Adiós. *(Sale Gabriela.)*

ESCENA XVI

La MARQUESA, después un LACAYO

MARQUESA

Las diez y media... Ya era tiempo de que se marchara. Estoy segura de que el Duque de Richelieu no estará muy lejos... *(Llama y entra un lacayo.)* Hay que prevenirse á la defensa. Cerrad la madera de estos balcones... nada más agradable que poder combinar una buena acción con una venganza... Ved si hay alguien en la calle.

LACAYO

Me parece ver un embozado.

MARQUESA

¿Un embozado en Junio? Debe ser él. Cerrad.

LACAYO

¿La señora Marquesa tiene que darme alguna orden?

MARQUESA

Mademoiselle de Belle-Isle es muy miedosa. Velaréis en la antecámara hasta que amanezca y no abriréis á nadie la puerta. *(Sale el lacayo.)*

MARQUESA

Para mayor seguridad atrancaremos la puerta. Queda la chimenea, pero está enrejada.

LACAYO

(*Dentro.*) El señor Duque de Richelieu sube por la escalera principal.

MARQUESA

No estoy para nadie. Está bien. Todos duermen. Ya se retira... No tardaré en oir algún ruido á esta ventana. ¡Señor Duque, no he faltado á mi palabra! Nada dije á mademoiselle de Belle-Isle. Estará sola desde las diez hasta las doce; no tenéis más que correr detrás de ella por esos caminos... ¿Qué es esto? ¿Pasos en la escalera secreta?... Sí, es él... Tenía la llave. (*Apaga las luces.*)

ESCENA XVII

La MARQUESA y el DUQUE DE RICHELIEU entrando por la puerta secreta.

RICHELIEU

Cuando una puerta se cierra, otra se abre.

MARQUESA

Si llamo gente daré un escándalo... El Duque de Borbón lo sabrá todo y estoy perdida. Para que él calle solo hay un remedio: callarme yo también.

RICHELIEU

Germán es un tesoro. Veinte leguas en dos horas y

cuarto... Dos caballos reventados por una llave. La noche obscura, que ni de encargo... A todo evento escribí la carta... Bajo la ventana he visto un embozado; debe ser mi hombre... Las diez y media... Él está en su puesto y yo en el mío. *(Abre la ventana.)* ¡Eh, caballero, el embozado! ¡Aquí! Si conocéis por casualidad al caballero de Aubigny, tened la bondad de entregarle este billete de parte del Duque de Richelieu. *(Cierra la ventana.)* Por el camino me he cruzado con el coche de la Marquesa... Mademoiselle de Belle-Isle está sola... Adelante... *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

El CABALLERO DE AUBIGNY y un LACAYO

LACAYO

Pero caballero, son las siete de la mañana y nadie se ha levantado todavía.

AUBIGNY

No importa. Para mí hay siempre entrada. He de hablar á mademoiselle de Belle-Isle tan pronto como se levante. *(Sale el lacayo.)* ¿Estará aquí ese hombre todavía? Le he esperado antes de amanecer y no le he visto salir. Quisiera creer que ha sido un mal sueño... Pero no, es realidad. Esta es la misma habitación en que nos despedimos anoche... Esta la ventana por la que me arrojó el billete... ¡No puedo creerlo! Engañarme Gabriela de un modo tan infame... ¡Es imposible!

ESCENA II

AUBIGNY y GARIELA DE BELLE-ISLE

GABRIELA

¿Eres tú, Raul?... Oí tu voz y me he apresurado á salir.

AUBIGNY

¿Tan pronto?

GABRIELA

¿No dijiste que vendrías muy temprano?

AUBIGNY

Es cierto... Pero como anoche tenías tanta prisa en alejarme, no pensé que tuvieras tanta en volverme á ver esta mañana...

GABRIELA

¿Todavía piensas en ello, Raul?

AUBIGNY

¡Qué quieres! No es uno dueño del pensamiento. He pensado toda la noche para atormentarme.

GABRIELA

¿Atormentarte? ¿Porqué?

AUBIGNY

Recordando tu emoción al alejarme de aquí.

GABRIELA

Estás inquieto... preocupado... ¿Porqué?... Dí...

AUBIGNY

No puedo creer lo mismo de ti. Pareces más alegre

que nunca... ¿Es que tienes nuevos motivos para creer realizadas tus esperanzas?

GABRIELA

Sí. ¡Un hermoso sueño!... He soñado que un genio protector me llevaba en sus alas y franqueaba los muros de la Bastilla. Veía á mi padre y me estrechaba sobre su corazón, me besaba y me hablaba de tí, Raul... de nuestro matrimonio, retardado por las desgracias de mi familia... Y mi padre se consolaba de su prisión, pensando que su hija hallaría en ti consuelo y amparo... ¡Oh, era un sueño dichoso!... Todavía, despierta, ha dejado mi corazón henchido de esperanza...

AUBIGNY

¡También yo, Gabriela, también yo he soñado!

GABRIELA

¿Y tu sueño ha sido triste?

AUBIGNY

Sí, porque he soñado que al alejarte anoche, á pesar de tu promesa, recibiste al Duque de Richelieu.

GABRIELA

¿Qué dices?

AUBIGNY

Nada, me cuentas tu sueño, yo te cuento el mío. Nada más.

GABRIELA

Sí. Algo más tienes que decirme.

AUBIGNY

En sueños siempre, me ví en esa calle frente á esta ventana, que se abrió de pronto y un hombre apareció en ella y arrojó un billete, y ¡cosa extraña! que hace

mi sueño más realidad que el tuyo, ese billete le hallé al despertar y aquí le tienes.

GABRIELA

¿Es ese?

AUBIGNY

Lee...

GABRIELA

(Leyendo.) «Son las once de la noche y estoy en la habitación de mademoiselle de Belle-Isle; mañana sabréis á qué hora he salido. El Duque de Richelieu.» *(Hablado.)* ¿Qué significa?...

AUBIGNY

Significa, que el Duque de Richelieu propuso ayer al veros pasar una apuesta infame y la ha ganado.

GABRIELA

¡No comprendo!...

AUBIGNY

Vais á comprenderlo. El Duque de Richelieu, á quien me habíais prometido no recibir, entró aquí, en esta misma habitación, apenas había yo salido... El Duque de Richelieu abrió esa ventana y arrojó este papel. ¿Comprendéis ahora?

GABRIELA

¿Qué queréis decir?

AUBIGNY

Lo que sabéis tan bien como yo, seguramente. Lo único que ignorábais es que yo pudiera saberlo. Que yo estuviera allí, frente á esa ventana y haya permanecido hasta el amanecer esperando que saliera. Porque vuestro honor vale todavía para mí lo bastante para que más de dos hombres puedan conocer vuestro secreto. ¡Esa era vuestra inquietud, vuestro deseo de alejarme por

quedaros sola! Creed, que si esperé fuera tanto tiempo fué porque no hallé una sola puerta franca, porque si hubiera podido llegar hasta aquí, creedlo, os hubiera dado muerte á los dos, aunque os hubiérais arrastrado á mis pies, de rodillas, con las manos en cruz, pidiendo que os perdonara.

GABRIELA

Es preciso que estéis loco para creer semejante impostura. ¿Que yo he recibido al Duque de Richelieu? ¿Que ha pasado aquí la noche? ¿Sois vos el caballero de Aubigny? ¿Soy yo mademoiselle de Belle-Isle? ¿Habláis así á vuestra prometida? ¿A quien ha de llevar muy pronto vuestro nombre?... ¡Es horrible, Raul, es horrible!

AUBIGNY

¿Y hubiera yo podido creerlo, si no lo hubiera visto por mis ojos?... ¡Y aun así!... ¡Os amo tanto, confiaba en vos tanto, que aún hubiera dudado!... ¡Pero este billete!... ¿Cómo explicaréis?...

GABRIELA

¿Qué queréis que responda? Yo tampoco puedo explicármelo... Alguien ha podido entrar aquí sin que yo lo sepa.

AUBIGNY

¿Sin ser oído? ¿Y quien le abrió las puertas? Están bien guardadas. Ahora mismo me impedían á mí la entrada... ¡Ah, Gabriela, Gabriela! Comprendo lo que ha sucedido y voy á decíroslo. El amor á vuestro padre ha podido más que mi amor. Entre dos hombres, de los cuales el uno podía dar libertad á vuestro padre, y el otro solo podía dar su vida por vos, el más poderoso puso precio á su protección...

GABRIELA

¡Oh, basta!

AUBIGNY

No digo que seáis culpable, Gabriela. Digo que no os habéis atrevido á negar al Duque la entrevista que solicitaba. Al despedirse de vos escribió este billete y lo arrojó por la ventana. Esto es lo que yo creo. Confesad que fué así y os perdono.

GABRIELA

¡Gracias, Raul, porque veo que me amáis tanto que aún queréis engañaros á vos mismo! Pero no acepto esa disculpa que me ofrecéis. Después de la promesa que os hice, si hubiera recibido al Duque de Richelieu no tendría perdón. Pero ni él ha solicitado esa entrevista, ni yo he vuelto á verle. Puedo probarlo hasta la evidencia.

AUBIGNY

¿Cómo?...

GABRIELA

¿Decís que ese billete es del Duque?

AUBIGNY

Él mismo lo arrojó por la ventana.

GABRIELA

Rogaré al Duque que venga. Os ocultaréis en esa habitación y oiréis nuestra conversación sin perder una sílaba. Y si el Duque de Richelieu me ha visto desde ayer á las ocho de la noche, podéis creerlo todo.

AUBIGNY

Yo no me hubiera atrevido á pediros esa satisfacción, Gabriela. Pero me la ofrecéis y yo la acepto. Acaso hay oculta una infamia en todo esto, que debemos esclarecer.

GABRIELA

Yo os lo aseguro. Pero os lo ruego, ni un movimiento,

ni una palabra que pueda infundir sospechas de que nos escucháis.

AUBIGNY

¡Por mi honor!

GABRIELA

¡Sois un loco!

AUBIGNY

No os costará mucho trabajo convencerme. No es posible que me engañéis y ya te creo.

LACAYO

(*Anuncia.*) ¡El Duque de Richelieu!...

GABRIELA

¡El cielo le envía! En seguida... (*Sale el lacayo.*) Ocúltate, Raul, y no olvides tu promesa.

AUBIGNY

Tu mano, Gabriela...

GABRIELA

Merecías...

AUBIGNY

Tu mano. (*Sale.*)

ESCENA III

GABRIELA DE BELLE-ISLE y el DUQUE DE RICHELIEU

GABRIELA

Llegáis á tiempo, señor Duque...

RICHELIEU

Saludo á mi encantadora amiga que se digna recibir-

me á tal hora, cuando me presentaba sin esperanza de veros...

GABRIELA

Me disponía á llamaros, señor Duque.

RICHELIEU

No creí ser tan dichoso.

GABRIELA

Señor Duque...

RICHELIEU

Decid.

GABRIELA

Perdonad, pero he de pediros una seria explicación de algo que atañe á mi honra.

RICHELIEU

¿Vuestra honra? ¿Quién osa ofenderla? Hablad... Yo estoy aquí para protegeros... Hablad.

GABRIELA

Se trata de una apuesta que hicísteis.

RICHELIEU

En efecto. Sí, lo confieso. Pero ya os amaba antes de esa apuesta. Desde que os ví mi corazón fué vuestro. Por eso os seguí á París, á Versalles; por eso vine aquí... Solo por vos; lo juro. Dos locos como yo me propusieron una apuesta, que yo acepté; pero sin que para nada se tratara de vos. Nadie pronunció vuestro nombre. Se trataba de la primera mujer que pasara... Pasásteis vos... Había empeñado mi palabra... La casualidad hizo que mi amor fuera cómplice de mi amor propio... Esta es la verdad, toda la verdad. Si cometí una falta fué involuntaria, y espero que me perdonaréis.

GABRIELA

Ciertamente, señor Duque, que os perdonaré, aunque habéis de convenir en que si he perdido la dignidad de mi rango y de mi fortuna y solo me queda un nombre honrado y sin tacha, es una crueldad ver que mi honra, que debía merecer el respeto de algo sagrado, pueda servir de juguete á ociosos cortesanos, que no pudiendo destruirla pretenden por lo menos empañarla. Agradecida por cuanto habéis hecho en mi favor, señor Duque, aunque ahora sepa la verdadera causa de vuestra benevolencia, que yo creí desinteresada, os perdono esa apuesta con una condición: que me expliquéis cómo este billete ha sido arrojado esta noche por esa ventana. Leed, señor, leed...

RICHELIEU

Es inútil, le conozco.

GABRIELA

¡Lo conocéis!...

RICHELIEU

¿No es de mi puño y letra? Aunque quisiera negarlo, ¿no es esta mi firma?

GABRIELA

¿Vos habéis escrito este papel?

RICHELIEU

Yo, sí, lo confieso.

GABRIELA

¿Y vos lo arrojásteis por esa ventana?

RICHELIEU

Por esa ventana.

GABRIELA

¿Y á quién?

RICHELIEU

¡Qué sé yo! A quien lo esperaba sin duda.

GABRIELA

¿Y estábais aquí, en esta habitación?

RICHELIEU

Ciertamente.

GABRIELA

¿Pero no estaba yo?

RICHELIEU

¿Que no estábais vos?

GABRIELA

¿Qué decís? ¿Que estaba yo aquí?

RICHELIEU

Sin duda.

GABRIELA

¿Yo?

RICHELIEU

Vos, sí, vos.

GABRIELA

Mentís, señor Duque.

RICHELIEU

¿Que yo miento?

GABRIELA

Sí, mentís, mentís infamemente.

RICHELIEU

Perdonad. Pero cuando es una mujer quien habla así á un hombre, no puede responder más que retirándose.

GABRIELA

¡Oh! no saldréis así. Porque os llaméis Richelieu, porque seáis dos veces duque y grande, no os está permiti-

do, por ganar una miserable apuesta, en que creéis comprometido vuestro honor, calumniar así á una mujer. Y cuando á esa mujer solo le queda en el mundo el cariño del hombre que ama, que por vuestra calumnia pierda el amor de ese hombre. Ved que invoco vuestro nombre, vuestra nobleza, vuestro honor... del que tendré derecho á dudar, señor Duque, si no decís la verdad. Y la diréis ahora mismo, delante de mí, á quien habéis ofendido. Y no dudaréis en decirla porque soy mujer y estoy sola y nadie podrá creer que es el temor el que os obliga á desmentiros de cuanto habéis dicho.

RICHELIEU

Tenéis razón. He debido fingir que he perdido. ¿Queréis que yo le escriba al caballero diciéndole que hallé cerrada esa puerta, y que por lo tanto la carta que escribí no significa nada? Confesaré que he perdido, estoy pronto á complaceros. No quiero que por mi loca vanidad perdáis un casamiento que os conviene. Por vuestra felicidad no vacilo en sacrificar la mía. Es lo menos que puedo hacer por vos.

GABRIELA

¡Señor Duque!... Es una maldad del infierno lo que decís. Nunca pensé que cupiera en corazón humano. No, no es una carta lo que yo pido, no es una mentira, es la verdad, la verdad ahora mismo. Confesad que cuanto habéis dicho es falso; que lo habéis dicho faltando á vuestro nombre, á vuestro honor... Que me habéis calumniado, sí, calumniado cobardemente... No mido las palabras, las digo como la indignación me las inspira. Sí, diréis todo eso, y aún no respondo de no despreciaros. Pero estad seguro de que os perdono.

RICHELIEU

(Bajo.) Comprendo... ¿Porqué no dijísteis que alguien nos escuchaba?

GABRIELA

Nadie nos escucha. Estoy yo sola. Respondedme á mí.

RICHELIEU

Si estáis sola, como decís, si es verdad que nadie nos escucha, solo puedo responderos que yo creía conocer algo á las mujeres, y estaba en un error, porque cada día aprende uno con ellas algo nuevo, y á vos muy señaladamente os estaba reservado el honor de darme la lección más completa que he recibido nunca.

GABRIELA

Basta, señor Duque. Salid...

RICHELIEU

Obedezco. Pero no pierdo la esperanza. Volveré esta noche á la misma hora que ayer, y acaso sea mejor recibido. *(Sale.)*

GABRIELA

¡Dios mío, Dios mío!

ESCENA IV

GABRIELA DE BELLE-ISLE y el CABALLERO DE AUBIGNY

AUBIGNY

¿Y ahora?

GABRIELA

¡Oh!...

AUBIGNY

Hice cuanto dijiste. Me oculté, he escuchado, lo he

oído todo y he podido cumplir mi palabra. ¿Estáis satisfecha?

GABRIELA

¡Raul!...

AUBIGNY

¡Dejadme!...

GABRIELA

Escuchad... Teníais razón en temer. Vuestros presentimientos eran fundados. La fatalidad nos persigue, tanto á vos como á mí, Raul, pero no me dejaréis así. Soy víctima de una infamia, de una maquinación, de un odio que me persigue y me envuelve y me ahoga... ¿Podéis creer que en una hora puede olvidarse toda una vida de virtud? ¿Que sea yo tan infame? ¡Oh! Si á mí me dijeran que habías cometido una infamia, un crimen, cualquiera que fuese el que me lo dijera, os lo juro, Raul, no lo creería.

AUBIGNY

Pero el Duque entró aquí; no podéis negarlo.

GABRIELA

No lo niego.

AUBIGNY

De esta habitación pasó á la vuestra.

GABRIELA

Es posible...

AUBIGNY

¡Ah, lo confesáis por fin!

GABRIELA

Sí; lo confieso. Pero no sabéis, no podéis saber...

AUBIGNY

Entonces queréis decir que no estábais aquí, que no pasásteis aquí la noche...

GABRIELA

¡Raul! He hecho un juramento sagrado, no puedo decíroslo, lo he jurado.

AUBIGNY

¿Y no habrá nadie que por compasión de vos y de mí os releve de ese juramento?

GABRIELA

¡Sí; decís bien! Ha sido una inspiración del cielo. Cuando esa persona sepa la infamia de que me acusan, permitirá que os lo diga todo. Entonces sabréis, lo sabréis... *(Llaman y sale Marieta.)* La señora Marquesa de Prie ¿dónde está? Decidla que deseo verla al instante, que yo se lo suplico.

MARIETA

La señora Marquesa marchó á París esta mañana con el señor Duque de Borbón, y no regresará hasta la noche. *(Sale.)*

GABRIELA

¡Es la fatalidad! Esperad á la noche, Raul. Esta noche sabréis todo; no os marchéis, yo os lo juro...

AUBIGNY

Sí; tenéis razón, es la fatalidad. Ayer dejásteis el hotel para instalaros en el palacio; acudo á veros y, por primera vez en mi vida, mi presencia es enojosa y solo deseáis que os deje... Me prometísteis que no veríais al Duque, y apenas había yo salido entraba él. Hace un instante negábais que hubiera venido, y ahora confesáis que es muy posible que haya permanecido aquí hasta la madrugada. Decís que no estaba en estas habitaciones, y no podéis decirme dónde estábais. Os liga un juramento, un juramento sagrado; me decís que una sola persona puede relevaros de ese juramento, una sola, y

esa persona no está aquí. Tenéis razón, es fatalidad. Fatalidad tan extraña, que no puedo creer en ella, y no os creo.

GABRIELA

¿Qué puedo deciros, Raul? Todo se vuelve en contra mía. Ya hubiera perdido la vida, si de mi vida se tratara como se trata de mi honor. Pero aun en peligro de muerte, no faltaría á mi juramento. Si no creéis en mí, dejadme, Raul, no os detengo.

AUBIGNY

Escuchad, Gabriela. Yo sé que ese hombre es capaz de todo, y ha podido conseguir su propósito por medios infames: por la violencia ó por la astucia. Confesadlo así y os perdono. Le mataré y quedaré satisfecho. Decidme que fué así y lo comprenderé todo; pero no me habléis de una ausencia imposible, de un juramento en que no creo. Decidme algo que tenga una apariencia siquiera de verdad. Algo en que yo pueda creer, si no queréis que me vuelva loco y muera desesperado maldiciendo de vos y de Dios. ¡Por piedad, Gabriela, os lo pido de rodillas, decidme la verdad, la verdad!

GABRIELA

No puedo deciros lo que no es. Desde ayer á las ocho no he visto al Duque de Richelieu.

AUBIGNY

¡Basta ya!

GABRIELA

¡Por piedad!

AUBIGNY

¡Dejadme, dejadme!...

GABRIELA

¡No saldréis!

AUBIGNY

Por última vez. ¿Confesáis la verdad?

GABRIELA

¡No puedo decirlo!

AUBIGNY

Entonces que Dios os perdone. Yo no podré nunca perdonaros. *(Sale.)*

GABRIELA

¡Dios mío, Dios mío! ¡Tened piedad de mí! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Otro salón en el palacio de Chantilly.

ESCENA PRIMERA

El DUQUE DE AUMONT, el CABALLERO DE AUVRAY, CHAMILLAC y algunos otros caballeros sentados á una mesa, juegan al «faraón». La MARQUESA DE PRIE y el DUQUE DE RICHELIEU pasean.

RICHELIEU

No lo comprendo... Lo cierto es que ha sostenido que no sabe lo que le quiero decir con un aplomo maravilloso.

MARQUESA

¿Pero cómo entrásteis hasta su habitación?

RICHELIEU

Por la puerta secreta.

MARQUESA

Me habíais asegurado bajo palabra de honor que no teníais la llave.

RICHELIEU

Y era verdad. Pero envié á buscarla.

MARQUESA

¿A París?

RICHELIEU

A París.

MARQUESA

¡En dos horas! ¡Es fabuloso!...

RICHELIEU

En dos horas y catorce minutos. Germán ha reventado mis dos mejores caballos. Mil luises me cuesta.

MARQUESA

Sois magnífico en todo.

RICHELIEU

¿Me permitís que os confiese una cosa?

MARQUESA

Decidme...

RICHELIEU

Todo lo doy por bien empleado.

MARQUESA

Es una confesión que no olvidaré nunca. Y ahora también voy á deciros algo.

RICHELIEU

Si no he concluído todavía...

MARQUESA

Perdonad...

RICHELIEU

Falta lo mejor de la historia.

MARQUESA

Yo creí que no podía faltar nada mejor.

RICHELIEU

Sí falta, sí. Porque la persona en contra de quien yo había apostado es...

MARQUESA

¿Quién?

RICHELIEU

El caballero de Aubigny.

MARQUESA

¿El caballero de Aubigny?

RICHELIEU

Esperad todavía...

MARQUESA

¡Pero es un cuento de las mil y una noches!

RICHELIEU

El cual caballero quería casarse dentro de tres días con mademoiselle de Belle-Isle.

MARQUESA

¿Es verdad eso?

RICHELIEU

Como lo oís.

MARQUESA

¡Cuando yo os decía que los Belle-Isle han sido siempre enemigos míos!...

RICHELIEU

Ya veis, Marquesa, cómo hacíais mal en procurar que yo perdiera mi apuesta, cuando solo trataba de favoreceros.

MARQUESA

¿De modo que debía casarse con el caballero?

RICHELIEU

Seguramente. Y ved cómo dispone la casualidad. Es probable que el matrimonio hubiera tardado en realizarse... El caballero no cuenta con patrimonio alguno, su graduación era insignificante, y como el Conde de Belle-Isle, aunque prisionero, exigía que su futuro yerno fuese algo más, los enamorados hubieran suspirado todavía, Dios sabe cuánto tiempo, si, un día, de improviso, sin que nadie sepa porqué, ni de dónde, el caballero no hubiera recibido el nombramiento de Capitán de los Guardias del Rey. Como veis, desaparecía el impedimento y con él se suprimía hasta la distancia, porque la novia en Versalles y el novio en Chantilly era cosa hecha. El mejor día vuestro limosnero los hubiera casado secretamente en la propia capilla de palacio, si yo no me hubiera interpuesto en su camino, lo que ya deploro, al ver que no sabéis agradecerlo, querida Marquesa. Esta es mi historia completa. Y vos, ¿no teníais también que contarme algo?

MARQUESA

Sí, pero ya no os lo cuento.

RICHELIEU

¿Y porqué habéis cambiado de idea?

MARQUESA

Porque todo está bien como está. Sería una lástima que no hubiera sido así. ¿Y el caballero, qué dice de lo sucedido?

RICHELIEU

Por las trazas lo ha tomado en trágico.

MARQUESA

¿De veras?

RICHELIEU

Sí. Durante el día se ha presentado tres veces á verme. Las tres veces ha dejado su nombre. Por desgracia yo estaba de caza; por cierto que he reventado otro caballo. Pero tan pronto como he regresado y he sabido que el caballero se había molestado en visitarme, me apresuré á corresponder á su cortesía. Pero estaba escrito que no habíamos de encontrarnos. Me dijeron que había salido, dejé mi nombre y espero... Y vos, Marquesa, ¿qué nuevas nos traéis de París?

MARQUESA

Ninguna. Apenas me he detenido. El Duque llegó con el tiempo justo para saludar á S. M., que salía en coche, y que más amable que nunca le ha rogado que no se hiciera esperar esta noche, que después de cenar se jugaría y le había designado para acompañarle en el juego... Los favores al Duque son cada día más señalados.

RICHELIEU

Tened cuidado con nuestro obispo... Si hay vendaval soplará de su lado. Respecto á mí, la última vez que le ví estuvo tan cariñoso que me asustó.

MARQUESA

¡Le calumnian! Es un buen señor que solo aspira á descansar, y desdeña las grandezas. ¿Olvidáis que á la muerte del regente él fué quién presentó al Duque á S. M.?

RICHELIEU

Es que si se hubiera presentado á sí mismo, la transición hubiera sido demasiado brusca.

MARQUESA

Os engañáis. La prueba es que, apenas hay señales de lucha, monseñor de Frejus deja el combate y se retira.

RICHELIEU

Sí. Y ya son dos veces las que se ha asegurado con ese recurso, de que su regio discípulo no puede soportar su ausencia. ¿Decís que ama el descanso, que desdeña las grandezas? Pues creedme: muy pronto le veremos primer ministro y cardenal. ¿No es verdad, Aumont?

AUMONT

¡Valiente juego!

RICHELIEU

Ya sabes el refrán... «Desgraciado en el juego...»

AUMONT

Yo pierdo en todo.

MARQUESA

Os quejáis en mala ocasión. Venía á invitaros á bailar conmigo la tercera pavana.

AUMONT

¡No es un lugar muy preferente!...

MARQUESA

Tengo comprometidas las dos primeras. ¡Señor Auvray!... Dejad vuestras cartas al Duque por un momento; tengo que hablaros.

AUVRAY

¿Seréis tan amable, señor Duque?

RICHELIEU

Con mucho gusto. Dadme las cartas.

AUVRAY

Hablad, señora. Ya os escucho.

MARQUESA

Esperad... No quiero que nos oigan.

AUVRAY

¿Es confidencial?

MARQUESA

No lisonjeéis vuestro amor propio. No se trata de lo que pensáis, al contrario. Si veis llegar al caballero de Aubigny, ya sabéis, un subteniente joven que ha entrado hace poco en la Guardia del Rey; no le perdáis de vista. Según mis noticias, entre él y el Duque de Richelieu hay concertado un desafío.

AUVRAY

¡Ese diablo de Richelieu!... Es para no tener sosiego... Creed que él solo me da más que hacer que toda la nobleza de Francia. ¿Porqué es ese desafío?

MARQUESA

No lo sé. Pero cualquiera que sea la causa, como representante de los mariscales de Francia, vuestro deber es impedirlo. Ahora, acompañadme al salón de baile; era todo cuanto tenía que deciros.

RICHELIEU

Ved Auvray lo que gano por vos.

AUVRAY

Muy bien. Continuad.

RICHELIEU

¡Cuando yo te lo digo, Aumont! Nunca debías jugar conmigo. (*Salen la Marquesa y Auvray.*)

ESCENA II

Dichos y de AUBIGNY

AUBIGNY

¡Por fin!

RICHELIEU

¡Ah! ¿Sois vos, caballero?

AUBIGNY

Sí, señor Duque. ¿Podéis oirme dos palabras?

RICHELIEU

Permitidme esta jugada y soy con vos.

AUBIGNY

Bien está. Esperaré.

RICHELIEU

Se acabó. Venga el dinero, Aumont. Muchas gracias. Chamillac, ocupad mi puesto, no os irá mal... Aquí me tenéis, señor.

AUBIGNY

Anoche os esperé en la calle hasta las cuatro.

RICHELIEU

Es posible. Yo salí por la puerta del parque.

AUBIGNY

Hoy me he presentado por tres veces en vuestra casa.

RICHELIEU

Lo he sabido y lo siento. Yo estaba de caza. Tan pronto como he regresado, ya os habrán dicho...

AUBIGNY

Sí, que os habéis molestado en pasar por mi alojamiento. Presumo que es inútil, señor Duque, deciros para qué os buscaba.

RICHELIEU

Cierto que es inútil.

AUBIGNY

Comprenderéis que cuando se atenta contra la repu-

tación de una mujer, y su padre y su hermano están en la Bastilla...

RICHELIEU

Es su prometido el que debe exigir una reparación. Es muy justo, caballero, y estoy á sus órdenes.

AUBIGNY

Excuso deciros que la verdadera causa de nuestro desafío no debe ser publicada.

RICHELIEU

Buscaremos un pretexto cualquiera, el que os parezca. Es igual. Buscaremos padrinos que se avengan á ello.

AUBIGNY

Sería preferible prescindir de ellos.

RICHELIEU

Como queráis. A una hora convenida estaréis en un sitio designado, yo pasaré por allí, y no será un desafío, será un encuentro.

AUBIGNY

¿Y qué sitio preferís?

RICHELIEU

Cerca del palacio.

AUBIGNY

¿En el paseo que conduce al bosquecillo de Silvia?

RICHELIEU

Perfectamente.

AUBIGNY

¿Hora?

RICHELIEU

La que vos indiquéis.

AUBIGNY

A las nueve de la mañana, si os parece.

RICHELIEU

Convenido. ¿Armas?

AUBIGNY

Nada tengo que deciros. Los dos somos caballeros, ceñimos espada. Nadie puede reparar, á nadie puede extrañarle.

RICHELIEU

Está dicho. *(Entra el caballero de Auvray.)*

AUVRAY

¡Alto ahí, señores! En nombre del Rey quedáis obligados, en término de ocho días, á comparecer ante los mariscales de Francia, demandados por el caballero de Auvray como presidente del Tribunal de honor.

AUBIGNY

Nos escuchaban.

RICHELIEU

¡Auvray!... ¡Que el diablo cargue con vos, caballero! No hay medio de tener la más ligera explicación sin que aparezcáis en seguida con vuestra varita negra.

AUVRAY

Sí, yo soy. ¡Pensadlo bien, Duque; pensadlo bien, caballero! No hablo de burlas; ya estáis prevenidos. Desde este instante están vuestras cabezas entre el hacha y el tajo del verdugo. Dadme palabra de que hasta el momento en que los mariscales de Francia decidan si hay motivo para el combate, no habrá entre vosotros desafío ni encuentro.

RICHELIEU

No soy yo quien debe responder, es el caballero de

Aubigny. Si él os da su palabra, contad con la mía. De otra suerte, estoy obligado á seguirle donde él quiera llevarme, aunque sea al cadalso.

AUBIGNY

Deseaba vuestra muerte, señor Duque, pero por mi mano. Un proceso sería inútil y los jueces están de más. Entre nosotros no puede haber otro juez que Dios. Tenéis mi palabra, señor de Auvray.

AUVRAY

¿Que no habrá entre vosotros desafío ni encuentro?

AUBIGNY

¡Por la fe de caballero!

RICHELIEU

¡Por la fe de Duque y Par!

AUVRAY

Fío en vuestra palabra. *(Entra un lacayo.)*

LACAYO

Un correo que llega de París solicita ver al señor Duque de Aumont, con urgencia, de parte de Su Majestad.

AUMONT

¿Permitís, señores?...

CHAMILLAC

Las órdenes del Rey, ante todo. *(El Duque de Aumont sale.)*

RICHELIEU

Deploro...

AUBIGNY

Nada se ha perdido, señor Duque. Porque pensaréis que yo no hubiera dado mi palabra, si no hubiera otra

solución; ¿creísteis que yo podía darme por satisfecho? En ese caso, me inferís una nueva injuria.

RICHELIEU

Al contrario, caballero. Confieso que me había sorprendido la facilidad con que dísteis vuestra palabra.

AUBIGNY

Debéis comprenderlo. La causa de nuestro desafío no puede ser llevada ante un tribunal. Cualquiera que haya sido la conducta de mademoiselle de Belle-Isle, su honor no debe ser discutido públicamente. Pero no creáis que por eso hemos terminado.

RICHELIEU

Ved que hemos dado nuestra palabra de honor.

AUBIGNY

De no tener encuentro ni desafío. Es verdad. Pero cuando se quiere verdaderamente vengar un insulto que se ha recibido; cuando nada se espera ya en el mundo y se está decidido á matar ó morir de cualquier modo, nunca falta un medio, señor Duque. Basta con haber hallado un adversario bastante leal, para comprender que nada puede negarse á quien se le ha despojado de todo.

RICHELIEU

Ese adversario leal, espero que lo habréis hallado en mí.

AUBIGNY

Creyéndolo he dado mi palabra. Contaba con vuestro valor, señor Duque.

RICHELIEU

Hicísteis bien. Y que pierda mi nombre si me proponéis algo que yo no acepte.

AUBIGNY

Pues bien, señor Duque. Aquí tenemos dados, un cubilete... Tres jugadas, y el que pierda...

RICHELIEU

¿El que pierda?...

AUBIGNY

Se levantará la tapa de los sesos. Es un duelo que no pueden impedir los condestables.

RICHELIEU

Es muy ingeniosa vuestra invención.

AUBIGNY

¿Vaciláis, señor Duque?...

RICHELIEU

La proposición es atrevida...

AUBIGNY

¿Rehusáis, señor Duque?...

RICHELIEU

No, lo pienso...

AUBIGNY

Señor Duque, oidme. Ya es la segunda vez que en el momento de batiros, sucede...

RICHELIEU

¿Qué sucede? Decid...

AUBIGNY

Hallarse á punto como si estuviera apostado el oficial de los condestables.

RICHELIEU

¿Eh?

AUBIGNY

Y pudiera creerse que es muy cómodo prevenir al señor de Auvray...

RICHELIEU

No lo dirá nadie. Acepto.

AUBIGNY

Lo esperaba de vos.

RICHELIEU

Solo os pido seis horas de plazo. En un caso así, siempre hay que disponer.

AUBIGNY

¡Seis horas!... ¡Sea!...

RICHELIEU

¿Permitís que entremos en vuestra partida?

AUVRAY

¿Vais á jugar?

RICHELIEU

Vamos á jugar, y fuerte. ¿Queréis ir á medias conmigo, Auvray?

AUVRAY

Con mucho gusto, pero no veo el dinero.

AUBIGNY

Jugamos bajo palabra. Vos...

RICHELIEU

De ningún modo. Primero vos.

AUVRAY

¡Cincuenta luises por Richelieu, Chamillac!

CHAMILLAC

Van en contra.

AUVRAY

Empezad...

AUBIGNY

Pues lo queréis, señor Duque... Cinco.

RICHELIEU

Ocho.

CHAMILLAC

Mi desquite...

AUVRAY

¿Pero continúan estos señores?

AUBIGNY

A vos corresponde, señor Duque.

RICHELIEU

Con eso cambiará el juego... Nueve.

AUBIGNY

No tenéis suerte, señor de Chamillac. Mal hicísteis en apostar por mí. Once. Me engañé.

CHAMILLAC

Estamos en paz.

RICHELIEU

Señor de Aubigny, ¿seguimos todavía?

AUBIGNY

¿Quién lo duda, señor Duque?

AUVRAY

Va lo mismo.

RICHELIEU

Siete.

AUBIGNY

Siete.

AUVRAY

No vale.

RICHELIEU

¿Dejamos aquí nuestra partida, caballero?

AUBIGNY

Esta es mi respuesta. Nueve.

RICHELIEU

Once.

AUBIGNY

He perdido, señor Duque.

CHAMILLAC

Aquí tenéis vuestros cincuenta luises. (*Auvray, Chamillac y los otros caballeros, después de arreglar sus cuentas, salen.*)

RICHELIEU

¡Caballero! Decidme... Espero que no habréis jugado en serio la partida.

AUBIGNY

¿Y porqué lo creéis, señor Duque?

RICHELIEU

¡Es imposible!

AUBIGNY

Si fuera imposible no la hubiérais aceptado.

RICHELIEU

Sí, pero siempre que yo hubiera perdido.

AUBIGNY

Si hubiérais perdido cumpliríais vuestra palabra como yo la cumpliré. Las deudas del juego son sagradas, señor Duque.

RICHELIEU

¡Oh! Yo os lo suplico.

AUBIGNY

Son las tres de la mañana, señor Duque. A las nueve estaréis pagado.

RICHELIEU

¡Estáis loco!... No lo haréis, no puede ser. *(Sale Aubigny.)*

ESCENA III

El DUQUE DE RICHELIEU

Lo hará como lo dice. Estoy seguro. ¡Oh, es un asesinato! ¡Y por una apuesta infame, que ojalá hubiera perdido cien veces! Si ese hombre se mata, ¡qué remordimiento para toda mi vida!

ESCENA IV

El DUQUE DE RICHELIEU y el DUQUE DE AUMONT

AUMONT

¡Es para volverse loco!

RICHELIEU

¿Porqué?

AUMONT

Por lo que me sucede.

RICHELIEU

¿También te sucede algo como á mí? En efecto, estáis muy agitado.

AUMONT

Hay para estarlo. ¿No sabes las noticias de París?

RICHELIEU

No.

AUMONT

Revolución completa en el Consejo.

RICHELIEU

¡Bah!

AUMONT

El obispo de Frejus, primer ministro.

RICHELIEU

¿Monsieur de Fleury?

AUMONT

El mismo.

RICHELIEU

¿Y el Duque de Borbón?

AUMONT

Preso.

RICHELIEU

¿Preso un príncipe de la sangre?

AUMONT

Preso.

RICHELIEU

¿Y cuándo?...

AUMONT

En el momento en que se disponía á subir en el coche para reunirse con S. M. en Rambouillet, para donde el Rey mismo le había invitado. Se presentó Charot á pedirle que entregara la espada.

RICHELIEU

¡No es posible!

AUMONT

Como lo estáis oyendo. Una verdadera conspiración de serrallo dirigida por un obispo. Y no es eso solo...

RICHELIEU

¿Hay más todavía?

AUMONT

He recibido una orden desterrando á la Marquesa á sus tierras.

RICHELIEU

¿Y porqué te la dirigen á tí?

AUMONT

Porque soy yo el encargado de cumplir la orden, como capitán de la Guardia.

RICHELIEU

¡Pobre Aumont! ¿Y qué harás en ese conflicto?

AUMONT

Tendré que obedecer.

RICHELIEU

¿Y esa orden concede algún plazo siquiera?

AUMONT

Ni un minuto. El correo que la trajo no debe regresar á París hasta que no nos haya visto partir.

RICHELIEU

Justamente aquí llega la Marquesa, que vendrá á buscarte para bailar contigo.

AUMONT

Quisiera estar siete estados bajo tierra.

ESCENA V

Dichos y la MARQUESA

MARQUESA

¿Qué hacéis ahí, Aumont? ¡Os espero!...

RICHELIEU

¿Qué hace, Marquesa? Preguntadle mejor lo que piensa hacer, porque estoy convencido de que él mismo no lo sabe.

MARQUESA

¿Qué queréis decir?

AUMONT

¡Marquesa, perdonadme! Pero soy muy desgraciado, estoy desesperado.

MARQUESA

¿Vos, Duque, desgraciado, desesperado? ¿Porqué?

RICHELIEU

Marquesa, si de algo puede serviros mi influencia, digo, ¡si no es que ya no sirve de nada como la vuestra!

MARQUESA

¿Que mi influencia no sirve de nada? ¿Qué decís? ¿Os habéis vuelto locos?

AUMONT

Sabéis señora, que es imposible desobecer al Rey.

MARQUESA

¿Y quién piensa en desobedecerle?

RICHELIEU

¡Quién ha de ser! Este pobre Aumont, que no desea-

ría otra cosa si pudiera, y que se ve obligado á cumplir sus órdenes.

MARQUESA

¿Y qué órdenes son esas? Hablad, ¡en nombre del cielo!... Hablad de una vez.

AUMONT

No debéis alarmaros. Todo ello será una desgracia pasajera.

MARQUESA

¿Una desgracia? Con tantos rodeos me tenéis más intranquila. Hablad. Tengo valor para saberlo todo.

RICHELIEU

Pues bien, Marquesa. El Duque ha sido detenido; vos estáis desterrada, y Aumont debe conduciros al instante al lugar de vuestro destierro.

MARQUESA

¡Imposible, Duque! ¡Ah, la firma del Rey!... Y no puedo ver al Duque de Borbón?

RICHELIEU

¿De qué os serviría, si está preso?

MARQUESA

Escribiré al Rey.

AUMONT

Es inútil. Monsieur de Fleury abriría la carta.

MARQUESA

A la Reina.

RICHELIEU

Eso es distinto.

MARQUESA

Sí, sí. La Reina recordará que fuí yo quien la trajo

del destierro para sentarla en el primer trono del mundo. ¿Pero quién le entregará mi carta?

RICHELIEU

Yo mismo.

MARQUESA

Gracias, Duque. Aumont, alcanzadme papel, pluma... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

RICHELIEU

¡Marquesa!

MARQUESA

¿Qué tenéis?

RICHELIEU

¡Marquesa! ¿Es esta vuestra letra?

MARQUESA

Sin duda. ¿Porqué esa pregunta?

RICHELIEU

¿Porqué? Porque entonces esta carta, este memorial, no son de mademoiselle de Belle-Isle, son vuestros, Marquesa, vuestros... Y si son vuestros, ¿quien me esperaba en esta babitación en que yo creía encontrarla?

MARQUESA

¡Ingrato!

RICHELIEU

¡Oh, Dios mío, Dios mío!

MARQUESA

¿Pero dónde vais así? Llevad mi carta.

RICHELIEU

¡Qué importa ahora vuestra carta!

MARQUESA

Qué sucede?

RICHELIEU

Sucede, que dentro de seis horas, uno de los mejores caballeros de Francia se habrá levantado la tapa de los sesos si yo no llego á tiempo... y seréis vos quien le ha asesinado. Eso es lo que sucede. (*Entra el caballero de Auvray y detiene al Duque.*)

MARQUESA

¡Está loco!

AUVRAY

Perdón, querido Duque; pero debéis entregarme la espada.

RICHELIEU

¿Cómo?...

AUVRAY

Orden del Rey.

RICHELIEU

¿Prisionero?

AUVRAY

Llamado á París por el Rey para darle cuenta de vuestra conducta.

RICHELIEU

¡Oh, señora, señora! Si por culpa vuestra sucede lo que temo, si muere ese hombre, no os lo perdonaré en mi vida. Vamos, señor de Auvray, vamos... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La misma decoración de los tres primeros.

ESCENA PRIMERA

GABRIELA DE BELLE-ISLE y un LACAYO

GABRIELA

¿Conocéis bien, no es verdad, al caballero de Aubigny? Un subteniente de la Guardia del Rey que estuvo aquí ayer y antes de ayer, y las dos veces le anunciásteis...

LACAYO

Sí, le conozco. No tengáis cuidado.

GABRIELA

Pues bien; buscadle hasta que deis con él. Acaso esté todavía en su casa. Si le halláis, entregadle esta carta y conducidle aquí. Es preciso que yo le hable al instante. Antes de salir, avisad á Marieta.

LACAYO

Ha salido esta noche de palacio con la Marquesa.

GABRIELA

¿La Marquesa no está en palacio?

LACAYO

Salió con el Duque de Aumont antes de que terminara el baile.

GABRIELA

¿Pero volverá pronto, hoy mismo?

LACAYO

Lo ignoro. Si deseáis saberlo, preguntaré.

GABRIELA

Sí. Pero antes llevad esa carta, es lo más urgente. *(Sale el lacayo.)* ¡Dios mío! ¿Qué sucede? Ayer me dijo que no podía recibirme, hoy se ha ausentado. ¡Sin saber nada de él! *(Vuelve el lacayo.)*

LACAYO

Alguien sube por la escalera principal... ¿Deseáis que se le admita?

GABRIELA

No estoy para nadie.

LACAYO

Perdonad, pero justamente...

GABRIELA

¿Qué?

LACAYO

Es el caballero de Aubigny.

GABRIELA

Que pase. Que pase al momento... y avisadme tan pronto como la Marquesa haya regresado. *(Sale el lacayo.)*

ESCENA II

GABRIELA DE BELLE-ISLE y el CABALLERO DE AUBIGNY

AUBIGNY

¿Mademoiselle de Belle-Isle?...

GABRIELA

Entrad, entrad... Os he escrito, os aguardaba, aunque no esperaba que viniérais.

AUBIGNY

Solo una circunstancia imprevista ha podido traerme.

GABRIELA

Cualquiera que sea, yo la bendigo. Solo á ella debo el volver á veros.

AUBIGNY

Sí. Vengo á pediros un favor.

GABRIELA

¿A mí? Hablad...

AUBIGNY

No tengo á nadie en el mundo, ni familia, ni amigos...

GABRIELA

¡A nadie!...

AUBIGNY

No tengo á quién confiar un depósito de importancia, si vos no queréis aceptarlo.

GABRIELA

¿Y ese depósito?...

AUBIGNY

Papeles de familia y de intereses.

GABRIELA

¿Y porqué os desprendéis de ellos?

AUBIGNY

He de partir, Gabriela.

GABRIELA

¿Partir?

AUBIGNY

Sí. Me separo de vos, y Dios sabe lo que puede durar mi ausencia.

GABRIELA

¿Qué me decís?

AUBIGNY

No os alarméis. ¿Pero quién puede prever los azares de la vida? Si alguien me hubiera predicho hace tres días lo que había de sucederme, le hubiera tratado como á un impostor. No quiero que la desgracia vuelva á sorprenderme.

GABRIELA

¡Ya lo veis! Os escucho y os dejo hablar, aunque cada una de vuestras palabras sea un puñal que me claváis en el corazón. Hablad si no os importa atormentarme, hablad.

AUBIGNY

Creed que á mí también me duele atormentaros. Pero aún debo deciros algo que importa, y os suplico que me escuchéis.

GABRIELA

Os escucho.

AUBIGNY

Como acaso no volvamos á vernos en la vida, no quiero separarme de vos sin pediros perdón de mis arrebatos de ayer. ¡No se pierde en un instante, de modo tan cruel, la vida que ha sido nuestra esperanza tanto tiem-

po sin destrozar el corazón! Pero después he reflexionado, y si he de morir lejos de vos, no quiero que penséis siempre que he muerto odiándoos, maldiciéndoos, y que esta idea os atormente mientras viváis. Quiero despedirme de vos, no como un amante de su amada, sino como un hermano de una hermana.

GABRIELA

¡Sois muy cruel, y acaso un día os arrepentiréis amargamente de todo!

AUBIGNY

¡Adiós, Gabriela!

GABRIELA

¡No, no os iréis!

AUBIGNY

Es preciso.

GABRIELA

¿Porque me creéis culpable? Pues escuchad. Lo juro por la salvación de mi madre, por la libertad de mi padre, por vuestra vida, que la mía nada vale. ¡No soy culpable, no lo soy!...

AUBIGNY

Ya lo dijísteis y no lo creí. También oí lo que dijo el Duque...

GABRIELA

Sí; su acento era el de la verdad. Y es lo que no puedo comprender. Pero á pesar de todo ha mentido, ha mentido, si no es como yo juguete de una astucia infernal... Pero escuchadme...

AUBIGNY

·Sí os escucho!

GABRIELA

Hago mal en deciros lo que vais á oir, porque he

jurado, he jurado... Pero no puedo callar más tiempo. Esta noche en que el Duque de Richelieu pretende que yo le he recibido, no la he pasado aquí...

AUBIGNY

¿Que no habéis pasado la noche en palacio?

GABRIELA

Salí á las diez de la noche y no he vuelto hasta las cinco de la mañana.

AUBIGNY

¿Y dónde estábais? ¡En nombre del cielo! ¿En dónde estábais?

GABRIELA

¿Dónde estaba? Eso es lo que solo la Marquesa de Prie puede autorizarme para que os lo diga. Ya he faltado en parte á mi juramento revelando que no estaba aquí. ¡Tened compasión de mí y no me preguntéis más, porque antes de veros partir lo diré todo, faltando á un juramento sagrado!

AUBIGNY

¿No estábais aquí? ¡Dios mío, Dios mío!...

GABRIELA

Ya os lo he dicho. No estaba aquí. Ahora solo os pido que esperéis, y si esperáis en vano, matadme de una vez ó abandonadme para siempre, que será mil veces peor que la muerte. Pero esperad á que vuelva la Marquesa, y yo la suplicaré de rodillas que os diga todo lo que yo no puedo deciros.

AUBIGNY

¡La Marquesa! ¿Pero no sabéis que no vendrá?

GABRIELA

¿Qué?...

AUBIGNY

Ha sido desterrada.

GABRIELA

¿Desterrada?...

AUBIGNY

Al caer el Duque de Borbón siguió su suerte. Me preguntáis lo que debéis saber tan bien como yo.

GABRIELA

¿El Duque de Borbón ya no es ministro?

AUBIGNY

No, Gabriela. Y vuestro padre será puesto muy pronto en libertad.

GABRIELA

¿El Duque de Borbón no es ministro?

AUBIGNY

Desde ayer.

GABRIELA

Por vuestro honor, ¿es verdad lo que me decís?

AUBIGNY

¿Qué os importa?

GABRIELA

¡Qué sabéis! ¡Os pregunto por vuestro honor, si es verdad que el Duque de Borbón no es ministro!

AUBIGNY

No lo es.

GABRIELA

Entonces puedo decíroslo todo, porque estoy libre de mi juramento.

AUBIGNY

¿Vos?

GABRIELA

Sí, Raul, estoy salvada.

AUBIGNY

Hablad...

GABRIELA

Esta noche, ¡oh, qué dichosa soy!

AUBIGNY

Concluid. Esta noche...

GABRIELA

Esta noche, merced á una carta de la Marquesa de Prie, salí de aquí en coche... Esta noche ¡desgraciada! porque no quiero pensar lo que tú pensaste, estuve en la Bastilla en brazos de mi padre, á quien no había visto desde hace tres años. Y si lo dudáis, Raul, mi padre, mi padre mismo te jurará por sus canas que digo la verdad.

AUBIGNY

¡Callad! ¡Oh, callad!...

GABRIELA

¿Comprendéis ahora mi emoción? ¿Comprendéis porqué deseaba por primera vez en mi vida que os alejárais? ¿Comprendéis porqué no había podido hablar hasta ahora? La Marquesa me había facilitado el permiso, ignorándolo el Duque de Borbón, y me obligó á jurar que mientras él fuera ministro había de guardar un secreto que podía perderla á ella y causar la muerte de mi padre al mismo tiempo. Tan pronto como salísteis de aquí marchaba á París, y acababa de regresar cuando os presentásteis al día siguiente.

AUBIGNY

¡Oh!

GABRIELA

Ya lo veis, sois el culpable y soy yo quien debe acusaros. Recordad lo que habéis creído, recordad cuanto

me habéis dicho, á mí, á vuestra Gabriela. ¿No sabéis que cuando os ví salir, acaso para siempre, cuando me sentí lejos de mi padre, abandonada de todos, solo pensé en morir?

AUBIGNY

¡Gabriela, Gabriela!

GABRIELA

Morir, sí, ya que no podía justificarme; acaso muerta hubiérais creído en mí, hubiérais pensado que si os amaba tanto, que moría por vos, no era posible que os hubiera engañado de un modo tan infame... Ahora, ¿quién debe perdonar?... ¿Erais vos ó era yo quien amaba?... Olvidemos lo pasado, pensemos solo en nuestro amor... Te amo, te amé siempre... ¿Y tú, Raul, y tú?...

AUBIGNY

¡Basta, basta! Mi razón se extravía; si no estabas aquí, si estabas en París, cuanto ha dicho ese hombre es mentira... ¡Mintió ese Duque, mintió como un miserable! Y media hora no más para encontrarle, para vengarme... ¡Media hora no más, Dios mío!

GABRIELA

No hables así, Raul; estoy á tu lado, te digo que no soy culpable, puedo convencerte, repito que te perdono, que te amo, y en vez de responderme piensas todavía en ese hombre; no pienses más en él, desprecia sus calumnias; obtendremos la libertad de mi padre, dejaremos París, volveremos á Bretaña y seremos dichosos, muy dichosos.

AUBIGNY

¿Dichosos, Gabriela? Tú no sabes, no sabes...

GABRIELA

¿Qué?

AUBIGNY

Déjame, déjame encontrarle antes de media hora.

GABRIELA

No saldrás... No sé lo que quieres decir, no sé lo que intentas, pero no saldrás, no saldrás... Llamaré, vendrá gente...

AUBIGNY

¡Morir, morir en este momento!... ¡Morir asesinado!... ¡Imposible!

GABRIELA

¿Pero qué dices?

AUBIGNY

Gabriela, ven aquí, dime que me amas, fué culpa mía, no debí dudar nunca de tí, antes de mí mismo, antes de todo; pero te creí culpable, pensé en que había de renunciar á ti para siempre... Tú, Gabriela, eres mujer, eres un ángel, y si hubieras creído que yo era un infame, solo hubieras pensado en morir y hubieras muerto perdonando, pero yo solo pensé en la venganza. No debías saberlo, pero busqué á ese hombre, le desafié, íbamos á batirnos...

GABRIELA

¡Dios mío!

AUBIGNY

El señor de Auvray nos detuvo, dimos nuestra palabra, no era posible el desafío sin explicar la causa ante un tribunal, y la causa era tu deshonra, Gabriela; era tu perdición y no era mi venganza... Entonces le propuse jugar su vida contra la mía...

GABRIELA

¡Raul!

AUBIGNY

Es un valiente y aceptó...

GABRIELA

¿Y?...

AUBIGNY

Y yo perdí: eso es todo.

GABRIELA

¡Ah! por eso has vuelto para decirme adiós, ¡era la muerte... ¡Por mí, por mí!... Pero morir porque me creías culpable... No lo soy, lo sabes y ya no puedes pensar en morir... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Porqué encontré á ese hombre en mi camino?

AUBIGNY

Ya ves que debo matarle...

GABRIELA

No, no saldrás; no te dejaré solo un instante...

AUBIGNY

Solo con su muerte puedo salvarme; muerto él nadie sabrá lo sucedido, nadie sabrá que... ¡Gabriela, Gabriela, ya lo ves, no dudaba en cometer una cobardía infame!... ¡Todo por ti, por ti, ya ves si te amo!...

GABRIELA

Sí, me amas, como yo á ti, es verdad, pero no tienes compasión. Si tú me rogaras, ¿qué no haría yo por tí? Mi honor, mi vida, todo lo sacrificaría gustosa... Los hombres solo concedéis al amor una parte de vuestro amor, lo demás al orgullo.

AUBIGNY

¡Por piedad, Gabriela, por piedad!

GABRIELA

Escucha...

AUBIGNY

¿Qué?

GABRIELA

Es su voz... es él, el Duque...

AUBIGNY

Es la justicia de Dios que le envía.

GABRIELA

No, no os dejaré.

AUBIGNY

Me arrastraré á tus pies...

GABRIELA

Lo que queráis, todo... si es vuestra salvación.

RICHELIEU

(Dentro.) Si digo que está aquí, que he de hablarle, y le hablaré...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y el DUQUE

AUBIGNY

Por fin os tengo.

RICHELIEU

Y yo á vos... Creí no encontraros, pero ya no os suelto.

AUBIGNY

¡Señor Duque, habéis mentido!...

RICHELIEU

Ya lo sé que he mentido, ya lo sé... Y solo por decíroslo he corrido diez leguas como un desesperado... Seis horas antes debíais de haberlo sabido si no me hubieran llevado preso á París, como á todo el mundo...

Por fortuna, me bastó ver al Rey para justificarme, y llego á tiempo.

AUBIGNY

¿Qué significa?

RICHELIEU

Significa, caballero, que si no aceptáis mis explicaciones no podré perdonarme nunca cuanto me ha ocurrido con vos; significa que he sido burlado, engañado como un tonto, por la Marquesa de Prie, que no ha comprendido la gravedad de su burla; significa que mademoiselle de Belle-Isle es pura como los ángeles del cielo y que debo arrodillarme ante ella para obtener su perdón por haberla insultado, porque la he insultado, la he insultado y nunca podré arrepentirme bastante de acción tan vergozosa y tan infame... ¿Estáis satisfecho con esta explicación, caballero?

GABRIELA

¡Ah, señor Duque! Todo ha terminado. Vuestro corazón es noble... *(A Aubigny.)* ¿Qué esperáis para dar gracias á Dios por vuestra dicha? *(Al Duque.)* No lo sabéis, quería matarse...

RICHELIEU

Caballero, jugamos dos partidas en contra... pero yo solo me acuerdo de lo que he perdido... ¿Hacemos las paces?

AUBIGNY

(Presentando.) Mademoiselle de Belle-Isle, mi esposa. El Duque de Richelieu, mi mejor amigo.

FIN DE LA OBRA

PORQUÉ SE AMA

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro Español
por la Compañía Guerrero-Mendoza
el 26 de Octubre de 1903.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA.	Sra. Guerrero.
DOÑA JACOBA.	Srta. Cancio.
MARÍA LUISA..	» Colorado.
ISIDORO.	Sr. Díaz de Mendoza (M.)
ANDRÉS.	» Díaz de Mendoza (F.)
ANTONIO..	» Cirera.
Dr. TRUJILLO.	» Medrano.

PORQUÉ SE AMA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

Doña JACOBA y don ANTONIO

D. ANTONIO

Muy buenos días, doña Jacoba.

JACOBA

Muy buenos, don Antonio. ¿De dar su paseito como todas las mañanas?

D. ANTONIO

Y de recoger el correo... Esperaba noticias de interés. ¿Y mi hija, por dónde anda?

JACOBA

Por allá dentro con Emilia. ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse un poco más lejos? Con los periódicos me asusta usted á los pajaritos.

D. ANTONIO

Usted perdone. Olvidaba que son las aves sagradas.

JACOBA

No se burle usted... Ya sé que no valen nada. Pero son animales desgraciados, que si yo no los cuidara no

los cuidaría nadie. ¿Ve usted estos cuatro jilgueros y este pardillo? Uno está ciego, otro cojito, á otro le salvé de las uñas de un gato... y se conoce que del susto padece accidentes como una persona. Otro se lo compré á unos granujas que lo arrastraban atado de un cordel.

D. ANTONIO

¡Esto no es una pajarera, es un hospital! Y además la perrita y los dos gatos, que también tendrán su historia lastimosa.

JACOBA

Sí señor. A mí los animales bonitos y bien cuidados no me llaman la atención. Pero éstos, si no fuera por mí... y ellos lo conocen y lo agradecen más que las personas, créalo usted.

D. ANTONIO

Sí; los animales no tienen muchos medios de manifestar su ingratitud. De seguro que no le han dado á usted nunca una mala contestación.

JACOBA

¡Ay, don Antonio! No me confunda usted con esas solteronas egoístas, que prefieren los animales á las personas. Yo he querido mucho en este mundo. Ya ve usted, he sido madre de cinco hijos. Tres viven todavía. ¿Sabré lo que es cariño?

D. ANTONIO

Lo ignoraba. Yo creí que era usted soltera, viuda sin familia.

JACOBA

No señor, no. Viuda desde muy joven con tres varones. ¡Y ya ve usted! Cuando á mis años estoy separada de ellos sirviendo de señora de compañía... Cada uno por su lado. A uno se le llevó el cariño de una mujer, á

otro el afán de hacerse rico, á otro sus estudios... Ellos hacia la vida, yo hacia la muerte... Egoísmo hubiera sido el mío en detenerlos; al contrario, yo misma los animaba... Sí, hijos míos, tenéis razón, hacéis bien en dejarme, esa es la vida... Y me dejaron alegres, sin remordimientos... Es natural. Ayer fué mi santo. De uno solo recibí un telegrama... ¡Ya ve usted, ni su letra, ni el consuelo de besar el papel en que puso los ojos y la mano! ¡Y con todo, lloré de alegría! Diga usted si no tengo derecho á poner un poco de cariño en estos animalitos...

D. ANTONIO

Sí señora. No volveré á burlarme de su hospital. Desde hoy me parece algo simbólico, como dicen ahora... Un pájaro ciego, otro cojo, otro desplumado... A cierta edad, nuestro corazón está como esa pajarera. Cuando pienso que mi hija también me dejará muy pronto, y tampoco yo tengo otro cariño en el mundo... ¡Diez y ocho años ya!... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pensar que un hombre cualquiera, un desconocido, significará más que yo en su vida!... Y si fuera un hombre digno, honrado... Pero váyale usted al corazón con razones y con advertencias. ¿Porqué se ama? Es un sentimiento en que no hay elección. No se ama la bondad, ni la inteligéncia, ni siquiera la hermosura, con ser más visible... Crea usted que cuando pienso que mi hija puede enamorarse del primer botarate que se presente, de su primo Isidoro, por ejemplo...

JACOBA

No tenga usted cuidado. No son esas mis noticias.

D. ANTONIO

Bonitas cosas me dicen de él en estas cartas... Hoy debe presentarse por aquí... Y él tontea con mi hija, no sé si lo habrá usted notado...

JACOBA

Pero esté usted tranquilo. María Luisa quiere á otro.

D. ANTONIO

¿Cree usted que eso me tranquiliza? ¿Quién es ese otro? ¿Algún sietemesino de los que veranean por aquí? ¿Alguno tan pillo como Isidoro y más tonto que él? Porque siquiera Isidoro tiene cierto talento, muy mal empleado, eso sí. ¿Le conozco yo? ¿Viene por aquí de visita?

JACOBA

Es un secreto, don Antonio. Un secreto que no debe usted saber, porque ni siquiera lo sabe su hija de usted... Y mucho menos el galán. Ya ve usted si la historia es complicada.

D. ANTONIO

¡Tan complicada! Y usted sola posee el secreto.

JACOBA

¿De qué me servirían mis cincuenta y ocho años? He sido espectadora de tantos amores... Conozco todo sus síntomas, todas sus manifestaciones y todos sus disfraces.

D. ANTONIO

Entonces puede usted ser especialista en enfermedades del corazón, como nuestro doctor Trujillo. Pues desde ahora le confío á usted la asistencia de María Luisa.

JACOBA

No será por mucho tiempo. Dentro de un mes volverán ustedes á Madrid...

D. ANTONIO

¿No le ha dicho á usted nada María Luisa?

JACOBA

¿Respecto?...

D. ANTONIO

Si mi sobrina Emilia se casa pronto, como es de suponer, y ya no necesita de usted, ¿quiere usted venir á nuestra casa, al lado de mi hija?

JACOBA

¿Pero usted cree que Emilia se casará tan pronto?

D. ANTONIO

¡Y qué ha de hacer! Viuda á su edad, sin hijos... aunque no fué muy dichosa con su primer marido, razón de más para probar fortuna con el segundo. No hay dos descarrilamientos seguidos en la misma línea. Sus relaciones con Andrés parecen formales. Un hombre de sus condiciones, de posición, de talento, que ha vivido durante dos años consagrado á los intereses de Emilia, defendiéndola en el pleito contra los hermanos de su marido, salvándola de la ruina... Y después de ganado el pleito poniendo en orden los asuntos de esta casa, bastante embrollados. Y por último, todo el mundo lo sabe, como los cuñados de Emilia son una gentuza, despechados por haber perdido el pleito, propalaban todo género de calumnias contra la reputación de su cuñada. y Andrés tuvo un lance con uno de ellos. Todo esto son cosas que comprometen, que obligan.

JACOBA

Eso sí. Y que don Andrés está locamente enamorado de Emilia.

D. ANTONIO

Y es un perfecto caballero.

JACOBA

Con un corazón excelente.

D. ANTONIO

Y un talento brillante. Es cuanto puede soñar una mujer.

JACOBA

Y muy buena figura, que suele ser con lo que más soñamos.

D. ANTONIO

Emilia estaría loca si no se casara con él. ¡Un automóvil!... ¡Ha parado aquí! ¡Calle! ¡Isidoro con el doctor Trujillo!... Viene acompañado porque sabe lo que le espera.

JACOBA

No se incomode usted, don Antonio. No ha de adelantar usted nada.

D. ANTONIO

Como vuelva á mirar á María Luisa... ¡No fataba más! Es una ganga el caballerito...

JACOBA

Dejo á ustedes. Me llevo á mis pobres al jardín. A la sombra de los árboles estarán tan ricamente. ¡Pío, pío! ¡Ay, qué rico! Mire usted... El cieguecito conoce mi voz y se acerca á besarme con su piquito... ¡Pobre, pobre!...

ESCENA II

ISIDORO, D. ANTONIO y el DOCTOR TRUJILLO

ISIDORO

¡Querido tío Antonio! *(Viendo que su tío no le contesta.)* ¡Queridísimo tío Antoñete!

D. ANTONIO

(Con sequedad.) ¡Hola! ¿Cómo va, doctor?

DOCTOR

No se lo diga usted á nadie, pero esta vida de campo y estos aires de mar no me prueban nada. ¡Yo, que se los recomiendo á todos mis clientes! ¿Y Emilia y María Luisa?

D. ANTONIO

No tardarán.

DOCTOR

¿Emilia, está mejor?

D. ANTONIO

Sí. En estos días no se ha quejado de las palpitaciones ni de los ahogos. Le sentó muy bien lo que usted le ha mandado.

DOCTOR

¡Si no le mandé nada! Quedamos en observar...

D. ANTONIO

Pues le sentó muy bien que no le haya usted mandado nada.

DOCTOR

Era nervioso, puramente nervioso. ¿Y usted, don Antonio, sin novedad?

D. ANTONIO

Estoy muy bien desde que seguí sus consejos.

DOCTOR

Ya se lo dije á usted: no trabaje usted tanto, deje usted los negocios, si no quiere usted morirse pronto...

D. ANTONIO

En efecto. Desde que hago otra vida y dejé de ir á Bolsa...

ISIDORO

Entonces ya sé lo que te dijo el doctor: la Bolsa ó la vida, y te presentó la cuenta.

D. ANTONIO

¡Qué gracioso! Parece mentira que tengas humor... No pensaba decirte nada y menos delante de gente, pero el doctor es de confianza. Lee esta carta de tu padre y esta de don Joaquín el apoderado, y esta...

ISIDORO

Tengo las duplicadas y no quiero leerlas. Me he propuesto no volver á tocar una carta.

D. ANTONIO

¡Echalo á broma! ¿Te parece bien, el dinero que te manda tu padre para recoger esas letras, perderlo así en un momento? ¿Y verte ahora en un compromiso? Porque tu padre me dice que no te dé un cuarto, aunque te vea en la cárcel ó sepa que vas á pegarte un tiro.

ISIDORO

Doctor, sal á mi defensa. ¿Qué me has recomendado? Que evite los disgustos y las emociones... No quieren creer que estoy enfermo del corazón... Digo, no creen siquiera que tengo corazón... ¡Vaya, tío, hoy que pensaba yo que habláramos seriamente!...

D. ANTONIO

¡Eres incorregible!

ISIDORO

Sí, es verdad... Jugarse el dinero de papá como un estudiante ó un cadete... ¡Pero qué remedio! Los acreedores me estrechan, me ahogan, salvo el apuro de hoy con el de mañana... ¡Si mi padre se convenciera de que solo deseo acabar de una vez con esta vida!... ¡Si de una vez me viera libre! Pero no. Desconfía de mí, de mi arrepentimiento, que ya no es arrepentimiento, es algo más seguro: cansancio, hastío... ¡Y después de todo, si

fuéramos á ver! Yo soy el que debía quejarse. Desde mi primera calaverada me considerásteis incapaz de enmienda... ¡Me habéis tratado como á enemigo!...

D. ANTONIO

¡No faltaba más sino que nos culparas!

ISIDORO

¿No le he pedido mil veces á mi padre que me empleara al lado suyo? ¿A ti, que me indicaras alguna ocupación, algún asunto? Y siempre me habéis contestado lo mismo: ¡si no sirves para nada! ¡Cualquiera se fía de ti!... ¡En buenas manos estaría! ¿No comprendes que he llegado á creer que soy una criatura inútil? ¿Que el único objeto de mi vida es heredar cuando muera mi padre? ¡Heredar! Cuando yo creo, ya ves si sois severo conmigo mismo, que no se hereda legítimamente, sino cuando se continúan, más que el nombre y la familia, las aspiraciones, el trabajo...

DOCTOR

Murmullos de aprobación.

D. ANTONIO

¿Porqué no te dedicas á la política? En lo de hablar bien y hacer mal, es para lo que revelas mayores aptitudes.

ISIDORO

¡Si no aspiro á nada, me doy por vencido! Pero no es mía toda la culpa. ¿Cómo me han educado? Como nos educan á todos en España, como nos gobiernan... Los padres y los superiores nos consideran siempre como á niños, como si siempre hubiéramos de vivir en tutela. Todos sus esfuerzos son para debilitar nuestra voluntad en vez de fortalecerla. La autoridad es una oposición constante en vez de ser un apoyo, y nos ha-

cemos hombres y somos niños todavía... Y nuestras niñerías ya parecen locuras ó delitos... Y entonces quieren juzgarnos como á hombres los mismos que no nos enseñan á serlo...

DOCTOR

Protestas, interrupciones... En la derecha, porque yo estoy conforme.

D. ANTONIO

¡Corriente! ¿Estás decidido á cambiar de vida? ¿Y cuándo empieza el arrepentimiento?

ISIDORO

¡Si no me arrepiento de nada!... He aprendido á vivir por mí mismo. ¡Dura enseñanza, pero provechosa! Lo único que deploro es la reputación que he logrado al adquirirla... Todo por la falta de seriedad de mis estudios... ¡Ah, la seriedad! ¡La ropa negra con que se va á todas partes!

D. ANTONIO

Pues por falta de seriedad no ha quedado. Tus niñerías, como quieras llamarlas, han sido bastante serias.

ISIDORO

No lo creas. Si en vez de perder mi dinero al azar del juego, lo hubiera perdido en operaciones bursátiles, meditadas sesudamente, hubiera logrado fama de hombre de negocios. Si en vez de hablar en broma de todo lo divino y lo humano en círculos y tertulias, hubiera hablado con gravedad en el Congreso ó hubiera publicado libros con prólogos autorizados, ya sería ministrable, academizable y siempre respetable. Si en vez de pagar caro amores baratos para que me llamen primo, me hubiera casado con una mujer rica, los mismos primos de mi mujer no se hubieran atrevido á llamár-

melo. Pero ya es tarde para rectificar; he perdido el crédito.

DOCTOR

Solo un buen matrimonio puede salvarte.

ISIDORO

¿Oyes, querido tío? Es receta del doctor... ¡Si tú fueras capaz de creer en mí todavía!... ¡Si supieras que estoy enamorado, aún podrías salvarme! Tío Antonio ¿porqué no había yo de casarme con María Luisa?

D. ANTONIO

¿Eh? ¿Qué dices? Ni en broma ni en serio vuelvas á decírmelo. ¡Vamos! ¡Con María Luisa! Hay cosas que no pueden oirse.

ISIDORO

¿Y si yo me propusiera?...

D. ANTONIO

¿Qué?

ISIDORO

Que llegara á quererme, que creyera en mí.

D. ANTONIO

No quiero incomodarme y te dejo. Darás lugar á que no vuelva á recibirte, ni vuelva á saludarte. (*Sale muy incomodado.*)

ESCENA III

ISIDORO y el DOCTOR

ISIDORO

¿Qué te parece?

DOCTOR

Don Juan ante don Gonzalo. ¿Pero es verdad que estás enamorado de tu prima?

ISIDORO

Como un bruto.

DOCTOR

Es sinónimo. ¿Y ella?

ISIDORO

Le habrán hablado siempre de mí como habla mi tío, como hablan todos en la familia... Así es que huye de mí, no sé si por antipatía ó por miedo. ¡Ojalá fuera por miedo!

DOCTOR

Sí, las mujeres pierden el miedo en seguida.

ISIDORO

Yo no desisto. La mala fama favorece siempre. Sobre todo cuando tiene leyenda como la mía. Lo difícil es responder á una leyenda de santidad... Nunca parece uno tan bueno ni tan malo como dice la gente... Y de malo á bueno siempre se gana algo... Si yo pudiera hablar á solas con mi prima... ¡Hablaría con tanta sinceridad! ¡La confesión de mis culpas sería tan completa! ¡Mis culpas!... ¡Parece que he cometido algún crimen! Que he derrochado mi dinero presente y futuro, pero mi dinero; que he sido espléndido con las mujeres, porque yo no soy como esos *amateurs* de objetos de arte que solo los compran cuando el vendedor está muerto de hambre y los ofrece por nada. A eso llaman saber comprar. Pues hay muchos que á eso llaman conocer á las mujeres. ¿Y qué más?

DOCTOR

Tu escándalo con la de Renovales, eso fué lo peor. ¡Escaparte con una mujer casada!

ISIDORO

¡Creimos amarnos para toda la vida, y me pareció

más digno huir con ella que seguir dando la mano de amigo al marido y convidado á comer en su casa! A la gente le hubiera parecido mejor esto, ya lo sé, y al marido también.

DOCTOR

Emilia y María Luisa... Si puedo facilitar tu entrevista con María Luisa cuenta conmigo. Es que me intereso por tu salud; es asistencia facultativa, no vayas á creer otra cosa. Porque de veras te digo que andas delicaducho.

ESCENA IV

Dichos, EMILIA y MARÍA LUISA

EMILIA

Muy buenos días.

DOCTOR

¿Cómo va esa hermosura? No pregunto por la salud, porque en un médico parece interesada la pregunta.

EMILIA

¡Hola, Isidoro! ¿Tú por aquí? ¿Has visto á tío Antonio?

ISIDORO

Sí. ¡Ya me ha dicho todo lo que tenía que decirme!... María Luisa, ¿no soy de la familia?

MARÍA LUISA

Ya te he saludado al entrar. ¡Si no te enteraste!...

ISIDORO

Es que me supo á poco el saludo.

MARÍA LUISA

¡Ya veo que estás bueno! Por tu vida no hay que preguntar... ¿Viene usted de San Sebastián, doctor?

DOCTOR

De allí venimos. Todo Madrid reuniéndose y apretándose cuatro veces al día en los sitios más reducidos que encuentra. Los madrileños han nacido para eso: para matar el tiempo y el espacio.

EMILIA

¿Mucha gente conocida?

DOCTOR

Y mucha que se va conociendo. ¡Hay una de francesas!

MARÍA LUISA

¿Cómo no ha venido Andrés con ustedes?

ISIDORO

¿Conmigo? ¡Si apenas me saluda!...

MARÍA LUISA

Tendrá sus razones.

ISIDORO

La razón de no estar muy bien educado.

MARÍA LUISA

¡Cuánto daría yo muchas veces por no tener educación!

ISIDORO

¿Para no saludarme? Gracias... ¡Ay! ¡María Luisa!

MARÍA LUISA

No me mires así.

ISIDORO

¿Pero en qué te ofendo?

MARÍA LUISA

En todo. Me ofendes con mirarme.

ISIDORO

¡Pero prima!...

EMILIA

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

Déjame en paz.

EMILIA

¡Pero María Luisa!...

MARÍA LUISA

No le puedo ver.

ESCENA V

Dichos, menos MARÍA LUISA

ISIDORO

Lo que oye á su padre, lo que oye á todos...

EMILIA

¿Pero qué es eso, primo? ¿En qué has ofendido á María Luisa? ¿Es odio ó es amor disimulado?

ISIDORO

¡Amor, amor! A mí no me quiere nadie.

EMILIA

Se te saltan las lágrimas...

ISIDORO

¿A mí? Es humo del cigarro... del cigarro del doctor.

DOCTOR

Si está apagado.

EMILIA

No reniegues de esas lágrimas. Y si son de amor mucho menos... ¿De veras quieres mucho á María Luisa? ¿Serías feliz si ella te quisiera?

ISIDORO

¡Si no es posible! ¡Tales cosas le han dicho de mí!...

EMILIA

Sí. No son para inspirar mucha confianza. Pero, ¿qué se yo? Si una mujer no se cree capaz de convertir á un hombre... ¡Es una ilusión tan dulce, aunque luego fracase, como todas las ilusiones!... ¿Quieres que yo interceda por ti? Pero has de darme alguna prueba de tu arrepentimiento para que yo pueda defenderte con cierta convicción. En San Sebastián llevas la vida de siempre... Aquí tenemos noticia de hora en hora.

ISIDORO

¡Ya! Por Andrés, que pone más empeño que nadie en desacreditarme...

EMILIA

¡Qué tontería! Justamente Andrés no habla nunca de ti.

DOCTOR

Se dice que la boda es irremediable...

EMILIA

No hay nada acordado.

DOCTOR

¡Se quieren ustedes tanto! De Andrés, por lo menos, respondo... No habla más que de usted.

EMILIA

Me quiere mucho, no puedo dudarlo. Es un hombre ideal, que no vive más que para mí, que no piensa más

que en mí. Que daría su vida por verme dichosa, estoy segura. ¡Me he dado tantas pruebas de su cariño!... Pruebas indudables... Me quiere mucho.

ISIDORO

Que le quieran á uno de ese modo debe ser la felicidad.

DOCTOR

Pues Emilia no parece muy convencida.

EMILIA

¿Porqué lo dice usted, doctor?

DOCTOR

Porque repite usted tanto: ¡Soy muy dichosa! ¡Me quiere mucho! ¡Yo también le quiero!, que más que por convencernos á los demás parece que lo dice usted para convencerse á sí propia.

EMILIA

Haría usted un buen confesor.

ESCENA VI

Dichos y D. ANTONIO

D. ANTONIO

María Luisa te llama; quiere hablar contigo.

EMILIA

¿Y no se atreve á venir aquí? ¡Ya es una ridiculez!

D. ANTONIO

Tiene razón.

EMILIA

¡Si tú lo apruebas! Voy. Con su permiso, doctor... *(A Isidoro.)* No me parece la ocasión más propicia, pero haré lo que pueda... Esas lágrimas que se te han saltado me han conmovido profundamente.

ISIDORO

No te burles...

EMILIA

No me burlo. Me intereso por ti y creo en tu arrepentimiento.

ISIDORO

Hay alguien que cree.

EMILIA

Quien menos importa, ¿verdad?

ISIDORO

Eso no.

EMILIA

Eso sí. Hasta luego. *(Sale.)*

ESCENA VII

Dichos, menos EMILIA

D. ANTONIO

¿Qué le has dicho á María Luisa? Ha venido á buscarme hecha un mar de lágrimas...

ISIDORO

¡Esto ya es intolerable y no lo tolero! No la he dicho nada, sobre todo, nada que pueda afligirla de ese modo. Si llora, será... ¡Vaya usted á saber porqué llora! Y tú

eres un majadero en venir á pedirme cuentas, como si yo tuviera la culpa de que María Luisa estuviera muy nerviosa y muy mal educada.

D. ANTONIO

Como no estás acostumbrado á tratar más que con cierta clase de gente...

ISIDORO

Con la que trata uno en presidio, de donde acabo de salir. ¿No es eso? Estamos conformes. Hemos concluído. Hasta nunca. *(Sale muy enfadado.)*

ESCENA VIII

D. ANTONIO y el DOCTOR TRUJILLO

D. ANTONIO

¿Qué le parece á usted?

DOCTOR

Que se ensañan ustedes con el pobre Isidoro. Yo le aseguro á usted que Isidoro está verdaderamente enamorado de María Luisa. Cuando habla de ella parece otro hombre.

D. ANTONIO

Sí. Es la solución más agradable que ha creído encontrar para que le paguemos las trampas y además le señalemos una renta. ¡Qué más quisiera él!

ESCENA IX

Dichos y ANDRÉS

ANDRÉS

¡Señores!...

D. ANTONIO

Adelante, Andrés, adelante...

DOCTOR

¡Querido amigo!

ANDRÉS

¿Tú aquí? ¿Está peor Emilia? ¿Te han llamado?

DOCTOR

Tranqulízate; es visita de amigo. He venido con Isidoro.

ANDRÉS

¿Isidoro está aquí? Entonces era él el que paseaba con Emilia por el jardín... Los ví desde el coche, á lo lejos...

D. ANTONIO

Avisaré á Emilia; no quiero que pase usted mal rato.

ANDRÉS

No, don Antonio. Precisamente deseaba hallar á usted solo. Tengo que hablar con usted.

D. ANTONIO

Usted dirá.

DOCTOR

Un momento... Andrés deseaba hallar á usted solo, y estoy yo aquí...

ANDRÉS

¿Te has molestado?

DOCTOR

¡Qué tontería! Estás enamorado. Para mí, el amor es una enfermedad como otra cualquiera... Y los enfermos no me molestan nunca.

ESCENA X

D. ANTONIO y ANDRÉS

ANDRÉS

Lo siento, pero me alegro. Así podemos hablar con más libertad. Emilia ¿le habla á usted de mí algunas veces?

D. ANTONIO

Muchas. Y siempre me demuestra que le estima á usted, que le quiere...

ANDRÉS

Sí, lo sé. ¿Pero no le ha indicado á usted nunca un plazo, una fecha, más ó menos próxima para nuestra boda?

D. ANTONIO

Todos suponemos que será muy pronto.

ANDRÉS

Emilia me responde con evasivas cuando le hablo de esto.

D. ANTONIO

¡Melindres femeninos! Pregunte usted con decisión y le contestará sin rodeos.

ANDRÉS

No somos dos chiquillos, y á nuestra edad y en nuestra situación, la gente podría interpretar mal unas relaciones prolongadas. Debemos poner término.

D. ANTONIO

¿Quién lo duda? Habla usted resueltamente y es cosa hecha... Si usted no se atreve yo me encargo de la comisión, en la seguridad de quedar muy lucido.

ANDRÉS

Si usted supiera... Me muero de impaciencia. Estoy seguro del cariño de Emilia; todos ustedes me distinguen con su simpatía...

D. ANTONIO

La que usted se merece.

ANDRÉS

No hallo contrariedad alguna, y sin embargo estoy desconfiado y receloso, como si presintiera un peligro imprevisto, de esos que burlan todas las esperanzas y todas las previsiones humanas. ¡Qué se yo! Una catástrofe cualquiera, la ruina, una enfermedad, la muerte...

D. ANTONIO

¿Por Dios, quién piensa en eso? Piensen ustedes en disponerlo todo para la boda, y nada más.

ANDRÉS

¡Si no pienso en otra cosa!... Nadie lo sabe, Emilia, menos que nadie. Es una sorpresa. He transformado mi casa por completo, mi casa, que yo quisiera convertir en un paraíso para ella... No le oí una vez á Emilia indicar una preferencia por un estilo de muebles, por un color, por un objeto de arte, que yo no recogiera muy atento, para que viera un día cómo los menores detalles son recuerdo de palabras suyas, que ella creerá olvidadas por insignificantes... Yo soy un chiquillo en el fondo, don Antonio. La vida no ha gastado mi corazón; yo no le ofrezco á Emilia desilusiones y cansancios. No. Son todas mis ilusiones, mis esperanzas, toda la juventud de mi alma... Su cariño es para mí algo igual á los

cariños más grandes y más santos de mi vida: al de mi madre, al de mis hermanos; así la quiero.

D. ANTONIO

¿Cómo no ha de quererle Emilia?

ESCENA XI

Dichos y EMILIA

ANDRÉS

Emilia... ¿Cómo está usted? ¿Está usted mejor?

EMILIA

¡Sí, no fué nada! ¿Y usted, Andrés?

ANDRÉS

¡Figúrese usted! Un día sin vernos... De todos modos, debe usted cuidarse.

D. ANTONIO

(Bajo á Andrés.) ¿Se atreve usted ahora? Les dejo solos.

ANDRÉS

Sí. Es preciso.

D. ANTONIO

¿Qué te quería María Luisa?

EMILIA

Nada. Ya la he reñido seriamente. Su conducta con Isidoro, y la tuya también, permíteme que te lo diga, no es caritativa... El pobre muchacho no merece esos desprecios...

D. ANTONIO

Emilia no sabe... ¡Eres de una tolerancia y de una bondad!... Tengamos lo que sucedió con esas señoras

del hotel contiguo... Si Andrés no te advierte á tiempo que eran unas trapisondistas, ya les hubieras franqueado tu casa.

EMILIA

¡Eran tan agradables, tan cariñosas!... ¡Si se fuera á hacer una información para cada persona que se saluda y se trata, y hubiera que responder de los actos ajenos...

ANDRÉS

Ha sido usted siempre demasiado tolerante para admitir á ciertas personas en su intimidad. Y en la situación delicada de usted...

EMILIA

Yo sé que he conseguido quedarme sin amigos, gracias á la selección escrupulosa de usted.

ANDRÉS

¿No lo agradece usted, Emilia?

EMILIA

Sí, agradezco y comprendo su interés...

ANDRÉS

Yo no quisiera que ni con el pensamiento pudiera nadie manchar á usted.

D. ANTONIO

Isidoro ha dado en visitarme con demasiada frecuencia. Ya sabemos que no viene por ti, sino por María Luisa, pero con su reputación es un hombre que compromete.

EMILIA

Está bien. Despídanle ustedes, díselo de mi parte, que no vuelva á poner los pies en esta casa...

D. ANTONIO

De tu parte, no; de la mía. Verás qué pronto.

ESCENA XII

EMILIA y ANDRÉS

EMILIA

¿Está usted contento?

ANDRÉS

No, Emilia, no me hable usted así, como quien se resigna, como quien soporta. Yo quiero que usted comprenda que es por cariño, por el interés que usted me inspira... don Antonio tiene razón; no le conviene á usted la intimidad con Isidoro.

EMILIA

¡Pero ya es injusto el ensañamiento! Yo no sé que haya cometido ningún crimen.

ANDRÉS

No, Emilia. Yo solo hablo de lo que á usted se refiere. Le considero como un galanteador de oficio... Considero que las gentes juzgan por apariencias...

EMILIA

¿Y las apariencias son de que él me galantea y de que yo admito sus galanteos?... ¿Quiere usted decir eso?

ANDRÉS

No, Emilia.

EMILIA

Hablemos de otra cosa. Se lo suplico...

ANDRÉS

¿Se enfada usted conmigo?

EMILIA

Es que hay advertencias que ofenden, porque indican desconfianza.

ANDRÉS

En usted no, en los demás.

EMILIA

Los demás no debían importarle, si estuviera ested seguro de mí.

ANDRÉS

Usted sabe que de los demás han estado pendientes su tranquilidad de usted, su reputación...

EMILIA

Y mi fortuna. No lo calle usted por delicadeza. Lo sé. Y á usted se lo debo todo.

ANDRÉS

No, Emilia. Me responde usted siempre como si la gratitud contuviera sus palabras. Y yo quiero que me hable usted como usted sienta: con indignación, con enojo, con desprecio... pero con verdad.

EMILIA

¿Con verdad? Pues bien; sé que nadie me ha querido, que nadie me querrá como usted. Pero sé que no es usted feliz queriéndome de ese modo; se atormenta usted de continuo. Por eso es mi tristeza. Si estima usted en poco el cariño que yo puedo ofrecerle, quiérame usted menos, si es posible, porque no me resigno á ser dichosa, si por quererme es usted desdichado.

ANDRÉS

Veo que no comprende usted mi cariño.

EMILIA

Comprendo que estoy destrozando su vida, que no

piensa usted ni vive usted más que para mí... Que soy para usted una inquietud constante, que se mortifica used aún más de lo que manifiesta, por temor á parecerme enojoso. Y crea usted; yo sé que el corazón no sabe callar, que todos esos disgustillos, esos recelos, esas inquietudes que va usted guardando, hablarán un día con violencia, con odio acumulado... Sí, acabará usted por odiarme.

ANDRÉS

¡No me hable usted así! ¿Que yo puedo odiar á usted? ¿Puede usted pensarlo, puede usted temerlo?

EMILIA

Del corazón lo temo todo. No es que engañe, es que nos engaña; ese es el peligro.

ESCENA XIII

Dichos y MARÍA LUISA

MARÍA LUISA

Creí que estabas sola... ¿Estorbo?

EMILIA

No, querida. Al contrario...

ANDRÉS

¿María Luisa?...

MARÍA LUISA

¿Cómo está usted, Andres? Ayer no vino usted á vernos, á ver á Emilia...

ANDRÉS

Estuve muy ocupado.

MARÍA LUISA

Me lo dijo Emilia.

ANDRÉS

A propósito. No hemos hablado; el asunto de la expropiación está resuelto.

EMILIA

¿Tan pronto? Todos decían que era tan difícil!...

ANDRÉS

Sí lo era. Era de justicia, y por lo mismo había que conseguirlo por favor.

MARÍA LUISA

Para usted no hay nada imposible.

ANDRÉS

Tiene usted que firmar esta exposición que enviaré hoy mismo á Madrid con unas cartas mías.

EMILIA

¿Dónde firmo?

ANDRÉS

¡Aquí!... ¿Me permite usted? *(Se sienta á escribir.)*

MARÍA LUISA

¿Tiene usted buena luz?

ANDRÉS

Gracias.

MARÍA LUISA

Está usted muy incómodo en esa silla, es demasiado baja...

ANDRÉS

No.

MARÍA LUISA

¿Quiere usted otra?

ANDRÉS

Gracias.

MARÍA LUISA

¿Le estorban á usted esas flores?

ANDRÉS

¡Por Dios!...

MARÍA LUISA

Usted perdone, le he tropezado. ¡Dios mío! usted perdone...

ANDRÉS

Sí, hija, sí...

MARÍA LUISA

(A Emilia.) ¿Porqué te ríes?

EMILIA

Por nada... ¿Recuerdas la canción de *Carmen?* «*L'amour est enfant de Bohème, il ne connait pas de loi...*»

MARÍA LUISA

¿Porqué lo dices?

ANDRÉS

¡Ay!...

EMILIA

¿Qué le pasa á usted?

MARÍA LUISA

¿Qué es eso? ¿Qué tiene usted? ¡Está usted muy pálido!...

ANDRÉS

Nada, un mareo... Nunca me ha sucedido.

EMILIA

¿Pasó ya?

ANDRÉS

Sí, se me fué la vista...

MARÍA LUISA

¿Quiere usted una taza de te? ¿Caldo con jerez?... Y que venga el doctor... ¿Está ahí?

ANDRÉS

No, por Dios, no den ustedes importancia...

MARÍA LUISA

Voy corriendo. *(Sale.)*

EMILIA

¿Qué ha sido?

ANDRÉS

No se lo diga usted. Pero fué esa criatura que me ha mareado con tanta solicitud... Cuando escribo no puedo soportar que ande nadie á mi alrededor...

EMILIA

Somos ingratos, sin saberlo.

ANDRÉS

¿Porqué lo dice usted?

EMILIA

Porque á usted le parece que yo no sé apreciar bastante su cariño, y usted no se ha enterado siquiera del gran amor que tiene usted tan cerca.

ANDRÉS

¿Yo?

EMILIA

Sí; María Luisa... ¿no lo ha conocido usted?

ANDRÉS

¡Qué tonterías! Son bromas de usted...

EMILIA

Como usted quiera... Yo soy leal en advertírselo. Ya sabe usted dónde tiene la felicidad.

ANDRÉS

¿Sin usted? No lo diga usted, ni de burlas, Emilia. (*Vuelve María Luisa.*)

MARÍA LUISA

Huela usted... Aspire usted... son sales inglesas...

ANDRÉS

No, deje usted... Si no necesito nada, y el olor me molesta...

MARÍA LUISA

¡Muchas gracias!

EMILIA

¡Andrés, vamos... es interés por su salud!... ¿Qué trabajo le cuesta? Aspire usted, aspire usted... Y salga usted al jardín con María Luisa... que le dé á usted el aire... Yo también tengo que escribir una carta... Acompaña á Andrés.

MARÍA LUISA

¿Yo?

EMILIA

(*Bajo á Andrés.*) Sea usted amable.

ANDRÉS

(*Bajo á Emilia.*) No se burle usted de mí...

MARÍA LUISA

Andrés no quiere separarse de ti.

EMILIA

Si yo voy en seguida.

MARÍA LUISA

No tardes.

ANDRÉS

(*Bajo á Emilia.*) ¡Como usted quiera! Basta que le divierta á usted...

EMILIA

Sí me divierte... me divierte mucho... Vaya usted, vaya usted... *(Salen Andrés y María Luisa.)*

ESCENA XIV

EMILIA, y después ISIDORO

ISIDORO

¿Emilia?

EMILIA

Me disponía á escribirte.

ISIDORO

¿Tú? Yo venía á hablarte. Tío Antonio me ha dicho...

EMILIA

Que no volvieras por aquí, ¿no es eso? Eres terrible... Parece ser que comprometes á las mujeres solo con mirarlas... ¡Qué fama te has ganado, primito! ¡Y pensar que entre todas tus conquistas no habrá una que valga la pena!

ISIDORO

Puedes jurarlo.

EMILIA

Y que muchas veces habrás sido tú el seducido...

ISIDORO

La mayor parte. Pero comprende que la historia de José, aparte lo sagrado del texto, ya nos hacía reir en el colegio.

EMILIA

Y á nosotras también.

ISIDORO

Pero tío Antonio me ha dicho que tú...

EMILIA

Que yo le había dado el encargo de decirte que no volvieras. ¿Es eso?

ISIDORO

Así es. Y como la única persona que me ha tratado con algo de simpatía en la familia... la verdad... me extraña...

EMILIA

Es que lograron ponerme nerviosa. Por eso te escribía. Y siento que hayas venido... Hubiera preferido decirte por escrito lo que deseaba, porque es algo muy serio, muy serio...

ISIDORO

¿Han conseguido indignarte conmigo?

EMILIA

No. Han conseguido que haya hecho cuestión de amor propio demostrar á todos que no mereces ser tratado de esa manera, que tu arrepentimiento es sincero, que estás decidido á cambiar de vida, á ser otro hombre... Ya ves si es empeño el que tomo á mi cargo. Ahora falta que tú me dejes mal.

ISIDORO

¡Emilia!

EMILIA

Para que en nadie, ni en nosotros mismos, cupiera recelo al interpretar mis sentimientos, bien sabe Dios que en este instante quisiera ser tu padre, tu hermano, ó tu mejor amigo, pero un hombre...

ISIDORO

Estás muy bien así...

EMILIA

Es que no sé cómo decirte... ¡Malditas conveniencias!... Y yo quiero salvarte á pesar tuyo, á pesar de todos, digan y piensen lo que quieran.

ISIDORO

Nadie me ha hablado así.

EMILIA

Dime, Isidoro, ¡quisiera preguntarte tantas cosas!... Dime ante todo, porque yo no te creo un malvado... En cuanto he oído decir de ti no hallé nada que te hiciera aborrecible ni despreciable.

ISIDORO

¿Verdad que no?

EMILIA

Pero he llegado á creer que hay algo que no pueden decirme, que tú no me confesarás tampoco, alguna grave falta en tu vida, alguna aventura de serias consecuencias... ¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!... No sé cómo decírtelo.

ISIDORO

Ya entiendo, Emilia... Voy á confesarme contigo. Sí, algo hubo en mi vida, y eso es precisamente lo que ignoran... Una aventura, como tú dices, de serias consecuencias; la única... Una mujer, ya apenas me acordaba de su nombre, me llamó un día á su lado; una criatura dormía en sus brazos... Pude dudar de lo que aseguraba, como otros muchos en mi caso, por no perturbar su vida y la tranquilidad de su conciencia... Aunque hubiera dudado, no vacilé... Verdad ó mentira, nunca he sentido tan honda emoción como ante el sueño de aquella criatura que nadie había llamado á la vida, en quien nadie había pensado... Más desvalido, más in-

defenso entre los hombres que el último animalillo al nacer... Toda la responsabilidad de aquella vida pesó sobre mi corazón en un momento... Nada dije... Fuí á besarle, y antes que mi primer beso dos lagrimones lo despertaron al caer sobre su carita... Vivió poco tiempo, quizás porque era mi mayor cariño, y la única razón de vivir que comprendí en mi vida... Y ya ves, cuando puedo contártelo á ti, que nada sabías, que nunca lo hubieras sabido, es porque puedo recordarlo sin remordimiento, seguro de haber cumplido con mi deber. Que si puede la conciencia reprocharme muchas ligerezas, no puede acusarme de ninguna infamia.

EMILIA

Sí, eres bueno...

ISIDORO

¿Lloras?...

EMILIA

No sabes cuánto agradezco esa confesión. Ahora ya puedo hablarte con franqueza. Si de una vez te vieras libre de trampas vergonzosas, si hallaras una situación decorosa en que emplear tu vida...

ISIDORO

No deseo otra cosa. Pero tú lo sabes, nadie confía en mí, nadie me prestaría apoyo...

EMILIA

Cuenta contigo mismo primero. Piensa que lo difícil no es emprender, sino perseverar.

ISIDORO

Ayer acaso no me hubiera atrevido á responder de mí. La hostilidad, la desconfianza de todos, nos hacen perder la propia estimación; hoy cualquiera ocupación, cualquier trabajo, serían gustosos para mí.

EMILIA

¿Has pensado en algo?

ISIDORO

¡En tantas cosas!

EMILIA

¿Con qué cuentas?

ISIDORO

Precisamente pocos días antes de venir á San Sebastián encontré en Madrid á un amigo, un muchacho muy emprendedor y muy inteligente... Me habló de un negocio; una fábrica inglesa de maquinaria le ofrecía la representación en España en condiciones excelentes. Pero él no contaba con capital, me propuso el asunto... Yo le dije cuál era mi situación, me indicó que le hablara á mi padre... ¡Figúrate!... Contestaría lo de siempre...

EMILIA

Yo pongo á tu disposición cuanto necesites.

ISIDORO

¿Tú? No, Emilia, no puedo aceptarlo.

EMILIA

¿Porqué?

ISIDORO

El que no hayas pensado porqué me prueba lo sincero de tu ofrecimiento, que agradezco... no sabes cómo lo agradezco. Pero yo sí debo pensar... No es posible, no puedo aceptarlo.

EMILIA

¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!

ISIDORO

No. Solo una mujer como tú es capaz de tan noble desprendimiento... Tan generoso, tan sin calcular, que no has pensado siquiera que comprometes tu reputación.

EMILIA

¿Porqué? ¿No soy dueña de mis acciones?

ISIDORO

Hay alguien que tiene derecho á juzgarlas y que ya juzga mal en que me recibas en tu casa. No puedo ofenderme, pero menos puedo aceptar de ti nada que él no consienta. Y mucho menos si él lo consintiera.

EMILIA

¡Oh, el sentido moral de los hombres! Si nuestra conciencia está tranquila, ¿qué mala interpretación puede importarnos? Si yo estuviera casada con Andrés, si como por tantas otras sintieras el capricho de enamorarme, seguramente no atenderías á tantas consideraciones, ni á engañar su amistad, ni á comprometer mi reputación, ni á desafiar la murmuración de las gentes. ¿Y para lo bueno y honrado hemos de ser más cobardes cuando todo lo más arriesgaremos lo mismo y siquiera nosotros podremos despreciar á los que murmuren?

ISIDORO

No, Emilia. La lógica del corazón no es la lógica de la vida. No puedo aceptarlo, no insistas.

EMILIA

Está bien; mal respondes á mi confianza. Al rehusar es que temes obligarte.

ISIDORO

No lo estaría más de ningún modo. Te debo la única satisfacción de mi vida en mucho tiempo. Viviría eternamente, y el día de hoy no se borraría nunca de mi memoria. Emilia, ¡un día dichoso!...

ESCENA XV

Dichos, MARÍA LUISA, ANDRÉS y el DOCTOR TRUJILLO

MARÍA LUISA

¡Podíamos esperarte!...

ISIDORO

¿Cómo va, Andrés?

ANDRÉS

Bien, gracias.

EMILIA

¿Está usted mejor?

ANDRÉS

Ya lo ve usted.

DOCTOR

Trabaja demasiado, ya se lo digo.

ISIDORO

¿Pero tú no tienes otra receta? Que no se trabaje, que se distraiga uno, que no se tome uno disgustos, que viaje, que se divierta... Esa receta no se despacha más que en el Banco de España... ¡No tendrás consulta para los pobres!

DOCTOR

Los pobres enferman seriamente, no tienen tiempo para otra cosa y les receto en serio. Pero á los ricos con darles el pretexto para hacer su gusto, ya están contentos... En verano, balnearios y playas, las más alegres y donde más se juegue... En invierno, ruletas más templadas y salones más abrigados... A los padres les aconsejo: ¡Que no estudien mucho estos chicos! ¡Casen ustedes á estas chicas!... A los casados aburridos

les recomiendo distintos climas. A los políticos, una vida activa: ministerios y direcciones... A los artistas, vida de sociedad y poco trabajo; á ellos les luce más y también al arte.

ISIDORO

Pero eso es descubrir la trampa.

DOCTOR

No importa. La tontería de la humanidad se renueva diariamente... Más antiguo es el timo de los perdigones, y todos los días llegan forasteros.

EMILIA

¿Qué te ha dicho Andrés?

MARÍA LUISA

Ha estado muy amable conmigo. ¡Es natural! ¡No le he hablado más que de ti! Es el modo de tenerle contento... ¡Ya puedes estar ufana!

ANDRÉS

(Al doctor.) Tengo que pedirte un favor. Llévate á Isidoro con cualquier pretexto, tengo que hablar con Emilia.

DOCTOR

El pretexto mejor es llevarme á María Luisa...

EMILIA

(A María Luisa.) Vas á hacerme un favor. Por una vez sé amable con Isidoro, dile que te acompañe con cualquier pretexto, tengo que hablar con Andrés.

MARÍA LUISA

¡Por ti solamente! Pero me servirá el doctor, yo no se lo digo...

EMILIA

Como quieras...

MARÍA LUISA

¿Doctor?...

DOCTOR

¿María Luisa?...

MARÍA LUISA

¿Qué quiere usted?

DOCTOR

No, usted primero...

MARÍA LUISA

De ningún modo.

DOCTOR

¡No faltaba más!

MARÍA LUISA

Como usted quiera. Necesito que me acompañe usted á dar una vuelta por el jardin... Y usted, ¿qué quería decirme?

DOCTOR

Eso mismo.

MARÍA LUISA

Pues hemos estado perdiendo el tiempo... Pero haga usted porque venga Isidoro.

DOCTOR

¿También usted? Está visto, es mi especialidad... *(Alto.)* ¡María Luisa! ¿No dijo usted que iba usted á enseñarme?... *(Bajo.)* ¿Qué digo?

MARÍA LUISA

(Bajo.) Lo que á usted le parezca...

DOCTOR

Eso no...

MARÍA LUISA

¡Ah, sí! El acuarium... Venga usted... venga usted...

DOCTOR

Isidoro, ¿no has visto el acuarium? Ven. ¿Hay muchos peces, verdad?

MARÍA LUISA

¡Preciosos!

DOCTOR

Ya lo oyes. Nunca habrás visto tantos peces juntos.

ISIDORO

Sí, voy... ¿Si no le molesta á María Luisa?

MARÍA LUISA

¿A mí? ¿Cuándo me has molestado? ¡Qué cosas dices!... ¿Molestarme, tú?...

ISIDORO

¿Qué vientos han soplado?

MARÍA LUISA

Hasta luego... *(Salen María Luisa, el doctor é Isidoro.)*

ESCENA XVI

EMILIA y ANDRÉS

EMILIA

¡Si no necesita usted hablar!... Pues elige usted muy mala ocasión, porque estoy muy alegre, contenta de mí misma, en uno de esos momentos en que nos importa muy poco la opinión de los demás, porque estamos seguros de haber hecho bien. ¡Y esa seguridad la tiene uno tan pocas veces!

ANDRÉS

¡Más vale! Siendo usted dichosa...

EMILIA

¿Se convenció usted de lo que le dije?

ANDRÉS

¿Qué me dijo usted?

EMILIA

Que María Luisa está enamorada de usted.

ANDRÉS

¡Mal pude conocerlo! No me habló más que de usted en todo el tiempo...

EMILIA

Por serle á usted más agradable... Ese es el verdadero amor, el que solo procura la felicidad del ser amado.

ANDRÉS

Ya lo sé. Pero yo prefiero que me atormenten.

EMILIA

¡Atormentar! El papel de inquisición no le va á mi carácter.

ANDRÉS

Si lo que deseaba usted era cambiar de conversación...

EMILIA

¿Dónde dejamos la que á usted le interesa?

ANDRÉS

En saber porqué era su alegría después de haber hablado largamente con Isidoro.

EMILIA

¡Ah! Ya se va usted explicando... En efecto, con Isidoro...

ANDRÉS

¡Sí! Cuando entramos parecían ustedes muy emocionados... No había sido una conversación indiferente...

EMILIA

No me interrogue usted con los ojos más que con las palabras. ¡Si no hay secreto! Todo lo sabrá usted por mí. Me he propuesto salvar á Isidoro, casarle con María Luisa; me he convencido de lo injustos que son todos con él.

ANDRÉS

Se ha propuesto usted jugar con el peligro.

EMILIA

¡Qué peligro! ¡Pobre Isidoro! ¡Si usted lo hubiera oído!...

ANDRÉS

¡Ya! Le contó á usted alguna triste historia; la historia de Otelo... Y para usted, como para Desdémona, ya no hay negrura que valga...

EMILIA

¿Pero no sabe usted que Isidoro quiere á María Luisa? ¿Que yo le tengo sin cuidado? No se apasione usted al juzgarle.

ANDRÉS

Quien se apasiona por él es usted.

EMILIA

Por él, no. Me apasiono por la verdad. Piense usted lo que dice.

ANDRÉS

¿Por la verdad? ¿Quiere usted saberla? Los demás solo juzgamos por apariencias, usted sola conoce á Isidoro... ¡Sí, su primo es digno de que usted le quiera y le proteja!... ¡Sí, debe usted casarle con María Luisa... ya que no se case con usted como él pretendía!...

EMILIA

¿Quién? ¡Ah, no!

ANDRÉS

Nunca debí decirlo... Es una indignidad; pero por usted me olvido de todo. Usted sabe que Isidoro era antes gran amigo mío... Usted no pensará que nuestra amistad haya podido entibiarse porque á mí me importen sus calaveradas... Algún motivo más serio debe usted suponer... Ese motivo es usted, sí, usted... Cuando yo me encargué de defender á usted en el pleito con sus cuñados, Isidoro, Isidoro... una ligereza suya... En el fondo no es malo...

EMILIA

¡Acabe usted!

ANDRÉS

Un día, siempre en broma, me dijo: «procura ganar ese pleito, porque entonces mi prima será un gran partido y puede ser mi salvación.

EMILIA

¡Oh!

ANDRÉS

Poco después, repitió la broma por escrito en una graciosísima carta... Yo las conservo todas, si quiere usted leerla enviaré por ella á Madrid, y se convencerá usted de que Isidoro merece toda su consideración y todo su cariño... Porque su maldad es forma... pura forma... Pero en el fondo, ¡oh!, en el fondo...

EMILIA

(Rompiendo á llorar.) ¡Dios mío!

ANDRÉS

¿No se indigna usted? ¡Llora usted, Emilia! Cree usted conocer á los demás, y á sí misma no se conoce. ¡Si lo sentía desde hace tiempo! El cariño es algo que se respira, que nos envuelve. Y por instinto sentimos

cuándo se aleja... Su cariño de usted se alejaba de mí, quizás sin que usted misma lo advirtiera... Pero yo sí. Por eso mi inquietud, mis celos, que yo no podía fijar en una persona determinada, porque usted tampoco había fijado su cariño... Pero ahora sí; ahora ya no dudo.

EMILIA

Andrés, ¿qué dice usted? ¿Usted cree?... ¿Entonces ha sido por celos por lo que ha dicho usted lo que me ha dicho?

ANDRÉS

¡Ah! ¿Prefiere usted que sea invención mía? ¿Un recurso de amante despechado para desengañar á usted? Verá usted esa carta; sabrá usted lo que significa usted para ese hombre.

EMILIA

¡No, Andrés! Muchas pruebas me ha dado usted de cariño... Pero esa prueba no; se lo suplico.

ANDRÉS

¿Porque es indigna de mí, no es verdad? Fué una confianza de amigo á que no debí hacer traición...

EMILIA

¡No, Andrés! Es que no debió usted dudar de mí. No le agradezco á usted esa verdad.

ANDRÉS

No agradece usted nada, ya lo veo.

EMILIA

Ahora es usted el que habla de agradecer.

ANDRÉS

Sí, de agradecer. Porque su cariño era solo agradecimiento, ¡mezquino disfraz del amor!

EMILIA

Lo dije... Acabaría usted por odiarme. Yo hubiera dado mi vida por verle á usted dichoso con mi cariño; no lo era usted. Era natural que mi cariño huyese como huye el malhechor cuando hizo el daño. Si mi cariño solo sirvió para atormentarle, ¿qué importa que se aleje? Ya ve usted que no miento. Usted me dijo la verdad; con la verdad respondo. ¡Llegó su hora triste! Eso ha conseguido usted...

ANDRÉS

¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué triste verdad!

ESCENA XVII

Dichos y D. ANTONIO

D. ANTONIO

¿Se fijó la fecha? ¡Qué es esto! ¿Emocionados como dos chiquillos?... No es para tanto... ¿Qué les pasa á ustedes?

ANDRÉS

¡Déjeme usted, don Antonio, déjeme usted! *(Sale.)*

D. ANTONIO

Emilia, ¿qué le sucede á Andrés?

EMILIA

¡No me preguntes nada, tío Antonio, no me preguntes! *(Sale.)*

ESCENA XVIII

D. ANTONIO, doña JACOBA y después ISIDORO

JACOBA

Corre un vientecillo por el jardín... Recojo á mis inválidos.

D. ANTONIO

¡Isidoro anda por medio, no le quepa á usted duda! ¡Isidoro!...

JACOBA

¿Qué le pasa á usted?

D. ANTONIO

¡Isidoro! Allí le veo con María Luisa... Tendré que matarle... *(Llamándole.)* ¡Isidoro! ¡Isidoro! ¡Venga usted acá!

JACOBA

¡Por Dios, don Antonio, está usted muy alterado!

D. ANTONIO

¡No me contenga usted, doña Jacoba!

ISIDORO

(Entrando.) ¿Qué se te ofrece?

D. ANTONIO

Tú sabes algo... ¿verdad? No me lo niegues... El disgusto de Emilia y Andrés.

ISIDORO

Disgusto... ¿Dónde está Emilia?

D. ANTONIO

¡Ah! ¿Qué le decía yo á usted? Mira, Isidoro. Toma el portante ahora mismo, si no quieres...

ISIDORO

No te contesto como debía, porque es más grave de lo que piensas eso que me has dicho.

JACOBA

¿Que Emilia y Andrés han tenido un disgusto? ¿Qué me dice usted?

D. ANTONIO

Acaban de marcharse cada uno por su lado, llorando como dos criaturas... Y no era de alegría como yo creí.

ISIDORO

¿Y no te ha dicho Emilia?...

D. ANTONIO

Nada. Tú eres el que vas á decírmelo.

ISIDORO

(Llamando.) ¡Emilia! ¡Emilia!

D. ANTONIO

No. A ella no. A mí ahora mismo.

ISIDORO

Déjame... ¡Emilia!

JACOBA

¡Ay, don Antonio! ¡Qué disgusto tengo!

ESCENA XIX

Dichos y EMILIA

EMILIA

¿Porqué me llamas?

ISIDORO

¿Es verdad lo que me ha dicho tu tío Antonio? ¿Has tenido un disgusto con Andrés? ¿Por culpa mía?

D. ANTONIO

¡Tenía que ser!

ISIDORO

Haz el favor de callarte. Contesta, dime... ¿Por culpa mía?

EMILIA

¡Por culpa tuya, sí! No por lo que tú crees. ¿Recuerdas haber hablado de mí con Andrés algunas veces?

ISIDORO

¡Tantas veces!

EMILIA

¿Recuerdas todo lo que pudiste decirle?

ISIDORO

¿Porqué lo preguntas?

EMILIA

¿Recuerdas una carta en que le comunicabas un proyecto de boda?

ISIDORO

¡Ah! Te ha dicho...

EMILIA

¡Era verdad! Así me estimabas...

D. ANTONIO

¿Qué significa?...

ISIDORO

¡Te lo dijo por celos! Fué por celos... ¡Y lloras!... No. El miserable soy yo, sí, yo, que no merecí nunca que te compadecieras de mí... ¡Emilia, Emilia, no me perdones! ¡Nunca me despreciarías lo que yo me desprecio!

D. ANTONIO

¿También éste llora?

JACOBA

¡Y yo también, sin saber porqué!... ¡Pero en viendo llorar!...

ESCENA XX

Dichos y ANDRÉS

ISIDORO

¡Ah! ¿Tú?

ANDRÉS

¿Qué quieres?

EMILIA

¡Isidoro!

ISIDORO

Sé cuanto debo á tu amistad...

ANDRÉS

¿Tu amistad?... No la invoques. Solo valía mi traición, si traición te parece.

ISIDORO

¡Por mí, no! Porque ofendiste á Emilia con tus celos.

ANDRÉS

¿Y eres tú quien debe pedirme satisfacción?

EMILIA

No. Ni usted exigirla. Porque ya no tiene usted ningún derecho para juzgar mis actos. Usted, celoso, supo leer en mi corazón mejor que yo misma... Demos por terminadas nuestras relaciones.

D. ANTONIO

¡Emilia!

JACOBA

¿Oye usted?

D. ANTONIO

¡No es posible!... Piensen ustedes...

ANDRÉS

No... Dice bien... He visto claro en su corazón. Emilia quiere á otro hombre... El es quien puede pedirme explicaciones... Estoy á tu disposición.

ISIDORO

¿Andrés?

D. ANTONIO

¡No es posible... no se irá usted!... ¡Emilia!

ANDRÉS

Ya lo ve usted. Ni una palabra. Ni cariño, ni gratitud... El amor arrojó su disfraz. *(Sale.)*

ESCENA XXI

Dichos menos ANDRÉS

D. ANTONIO

¿Pero has pensado? ¿Es posible?... ¡No puede ser, no será!

EMILIA

¡Júrame que no tendrás un duelo con Andrés!

ISIDORO

¡Si él no desiste!...

EMILIA

Aunque se obstine. Solo así podré perdonarme.

ISIDORO

¿Perdonarte tú?

EMILIA

Sí. Perdonarme la ingratitud de mi corazón, que bien merece otra ingratitud.

ISIDORO

No. ¡Mi vida y mi alma entera por merecer tu estimación!

D. ANTONIO

¿Ha visto usted, doña Jacoba?... ¡Tenía razón Andrés!... ¡Es que se ha enamorado de ese bandido!... ¡Vea usted!

JOCOBA

¿No preguntaba usted porqué se ama?

D. ANTONIO

¡Pero doña Jacoba!... Entre uno y otro... ¡Es preciso estar loca!

JACOBA

¡Ay! El corazón no es el reino de la justicia, y el de la mujer mucho menos. Las mujeres preferimos siempre hacer limosnas á dar premios. ¿No es verdad, Emilia?

EMILIA

¿Qué?

JACOBA

Que no se ama á los que nos hacen dichosos, sino á los que nosotros podemos hacer que lo sean.

ISIDORO

¿Entonces?...

EMILIA

Ya lo oiste. Sé muy dichoso... ¡Comprenderás porqué se ama!... *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

ÍNDICE

Págs.

Los favoritos (comedia en un acto).. 7
El hombrecito (comedia en tres actos).. 39
Mademoiselle de Belle-Isle (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre). 137
Porqué se ama (comedia en un acto). 257

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro). *Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or what you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto). Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en dos actos).

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Porqué se ama* (comedia en un acto).

EN PRENSA

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*No fumadores* (entremés en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Teatro fantástico. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

EN PREPARACIÓN

En Madrid y en varias casas (novela).

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano, López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabó la impresión de este
tomo VIII, en el Establecimiento
tipográfico de Fortanet,
el 30 de Noviembre
de 1904.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.8
c.1
ROBA